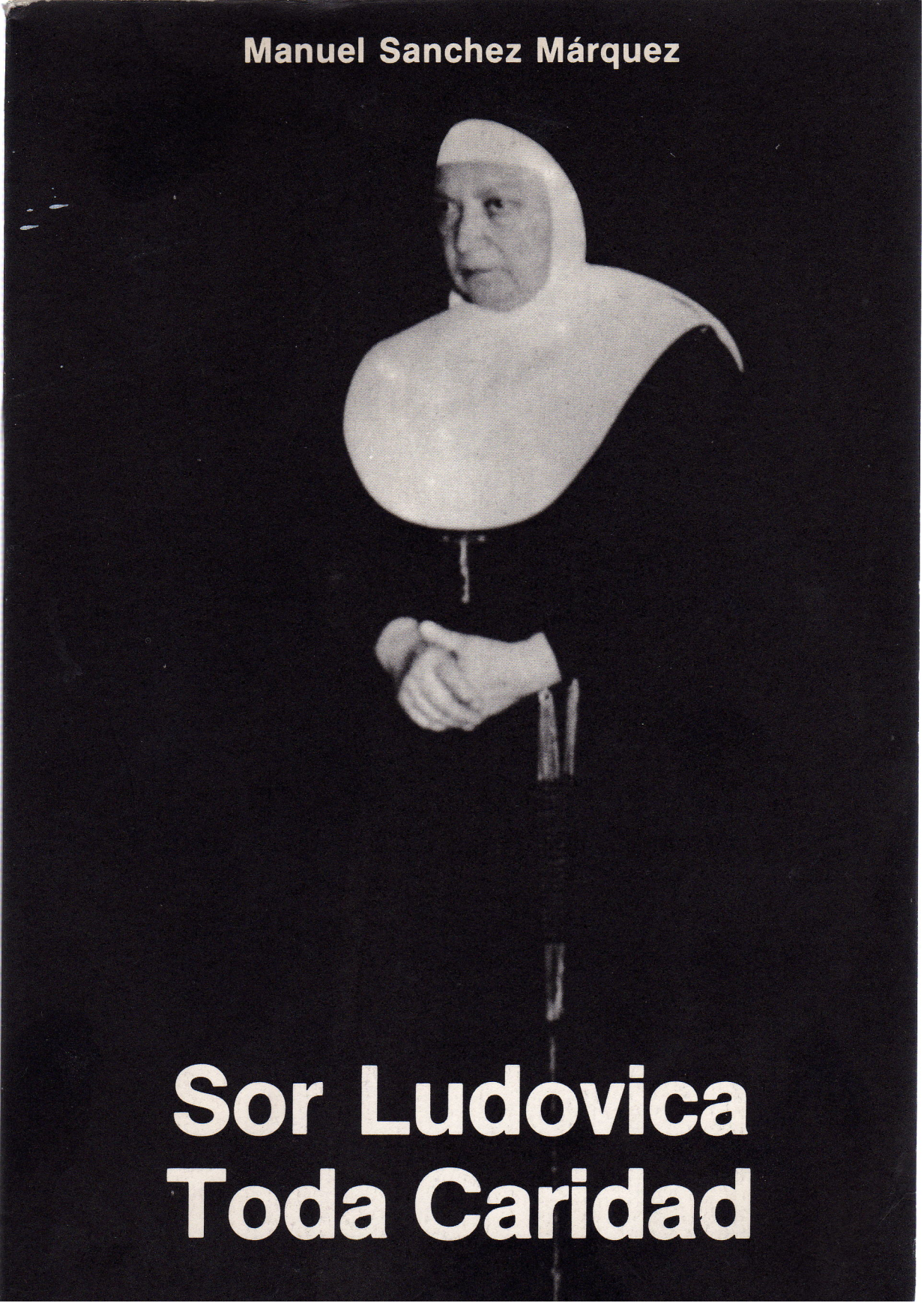
Manuel Sanchez Márquez



Sor Ludovica
Toda Caridad

Nihil obstat

Mons. Andrés E. Miori

Censor "ad hoc"

17 de junio de 1986.

IMPRIMATUR.

† S. E. Antonio Quarracino

Arzobispo de La Plata

La Plata, 29 de junio de 1986.

A las Hijas de Ntra. Sra. de la Misericordia, en cuya Congregación vivió heroicamente la caridad Sor Ludovica, para que sigan difundiendo como ella el amor al prójimo en el mundo.

INDICE

Introducción 13

CAPITULO I

Sus raíces 17

CAPITULO II

Sin niñez 23

CAPITULO III

El llamado de Dios 27

CAPITULO IV

Su consagración religiosa 31

CAPITULO V

Adiós a la Patria 37

CAPITULO VI

Hijas de la obediencia 41

CAPITULO VII

Su humildad 45

CAPITULO VIII

El Hospital de Niños: su obra material 51

CAPITULO IX

Su amor a los niños 61

CAPITULO X

Su desvelo por los enfermos 67

CAPITULO XI

Madre de caridad 77

CAPITULO XII

Su piedad 87

CAPITULO XIII

Su celo por la Iglesia 95

CAPITULO XIV

Adivinadora de necesidades 103

CAPITULO XV

Amiga y consejera 113

CAPITULO XVI

La incomprensión y el dolor 121

CAPITULO XVII

El tránsito al Padre 131

CAPITULO XVIII

El homenaje de la ciudad 145

Retrato de Sor María Ludovica 153

Oración 155

INTRODUCCION

Las biografías antiguas de los santos están plagadas de lo misterioso y convertidas en algo mítico, muchas veces nimbadas tanto de lo sobrenatural que sus figuras parecen inalcanzables y por tanto inimitables.

Los santos no nacieron tales, aunque en muchos de ellos es evidente, desde el día de su nacimiento o aun antes, la mano de Dios. Los santos se hacen con su esfuerzo y con la gracia de Dios. Todos somos llamados a la santidad y por ello todos contamos con las mismas facultades e idéntica ayuda del Señor.

Lo que distingue a los santos es que aprovecharon todos los instantes y la gracia de Dios, se despojaron de sí mismos, se entregaron a los llamados divinos y alcanzaron la corona dispuesta por el Señor para todos los que durante su vida terrena lo amaron enteramente.

Por ello, a muchos santos modernos hasta nos extraña verlos tan humanos, tan parecidos a nosotros. A Jesús lo veían así sus contemporáneos: "¿No es este el hijo de José el de Nazareth?" (Lc., 3, 22).

Tienes en tus manos, querido lector, una biografía de Sor María Ludovica De Angelis, religiosa hija de Nuestra Señora de la Misericordia, que vivió la mayor parte de su vida en La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires, en la República Argentina, con muchos admiradores que la conocieron y trataron.

Mi intento es poner ordenados los datos de su vida y los juicios de los que cruzaron en su camino, recibiendo de ella su ayuda material, moral y espiritual.

No quiero ni hacer un mito de cada uno de sus actos, ni santificarla. Mi intervención en nada puede ayudarla. Sólo a los ojos

de Dios se es o no santo. Por ello dejamos a la Santa Madre Iglesia el juicio definitivo a este respecto.

Sin embargo, es preciso que alguno ponga en orden sus recuerdos y anécdotas y ponga por escrito la impresión que dejó en sus contemporáneos. Esta es mi pequeña tarea.

Dios quiera que edifique a muchos y los mueva a seguir los pasos de esta santa mujer, de esta extraordinaria alma que Dios suscitó entre nosotros.

A ojos de sus contemporáneos "santa" es el calificativo y "santa" es lo que nos parece a sus biógrafos.

¡Quiera Dios clarificar este nuestro provisorio apelativo o intuición para mayor gloria Suya y bien de las almas!

La Plata, 30 de marzo de 1986.

FUENTES

1. "Boletín de la Arquidiócesis de La Plata".

2. "City Bell. Revista mensual al servicio de la Comunidad". Director Raúl Romero.

3. Diarios "El Día" y "El Argentino" de la ciudad de La Plata.

4. SANCHEZ MARQUEZ, M. Historia de la Arquidiócesis de La Plata, 1978, 2ª ed.

5. "Testimonios" directos de quienes la conocieron, reunidos por la Congregación de las Hijas de Ntra. Sra. de la Misericordia o presentados voluntariamente.

6. VELAZQUEZ, Luis Horacio. "La Madre Ludovica. Semblanza de una religiosa inolvidable". La Plata, 1950.

CAPITULO I

SUS RAICES

Son los Apeninos la espina dorsal de Italia peninsular y de éstos, los Apeninos centrales, en los Abruzzos, están flanqueados por el "Gran Sasso", cuyo monte Corno, de 1914 metros, es la altura mayor del sistema.

A la sombra del Gran Sasso surge en 1880 una niña, hija de esa dura tierra, de nombre Antonina, que es la protagonista de nuestra biografía.

En las estribaciones del sur del Gran Sasso, a 586 metros de altura, apenas a once kilómetros de la capital, L'Aquila, se halla un pueblito hoy, ayer caserío, llamado San Gregorio, en pleno campo, en una encrucijada de caminos que toman en ese punto viniendo de la capital, a la izquierda en dirección a Poggio Picenze, Barisciano y Popoli, y a la derecha hacia San Demetrio y Fossa.

San Gregorio fue la cuna de Antonina De Angelis, un 24 de octubre.

Sus padres, Ludovico y Santa Colaiani, que eran también de la misma región, recibieron a su primogénita con alegría y el mismo día le daban con el bautismo la gracia santificante que la hacía asimismo hija de Dios y que, por los rasgos externos que conocemos de su vida, nunca dejó de serlo.

Ludovico era hijo de José Antonio y de Ana Antonia. Había nacido también en San Gregorio el 17 de febrero de 1854 y había sido bautizado a las pocas horas por el Vicario Ecónomo de la Parroquia, Sacerdote Eusebio Pietropoolo.

Santa era hija de Francisco Colaiani y de Agata. Nació el 7 de enero de 1855 en el pueblito colindante de Onna, pero bautizada asimismo en San Gregorio por el mismo sacerdote al día siguiente, el 8 de enero. Fue en la ocasión su madrina Ana Bernardina Mastrosa. En la misma Parroquia, el 16 de mayo de 1867, recibió la confirmación de manos de Mons. Luis Filippi, Obispo de 'Aquila, siendo su madrina Ana Dominga Cinque.

No sabemos si Santa seguía viviendo en Onna o si se había trasladado a San Gregorio. De todas maneras Ludovico y Santa eran primos, pues en la partida de matrimonio aparece la dispensa en cuarto grado de consanguinidad dada por la Santa Sede.

Se unieron bajo la ley italiana en matrimonio civil el 16 de diciembre de 1879 en el Registro de Paganica, vecina localidad, más al noreste (Acta 18, parte 1ª).

Eran tiempos difíciles. Poseemos una carta del 19 de noviembre de 1880 de la Madre María Josefa Rossello, Fundadora de la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, en la que luego va a ingresar Antonina años más tarde. En dicha carta cuenta expresamente a una Hermana recién llegada a la Argentina: "Los tiempos en Italia, y más aun en Francia, son cada vez más tristes, en especial para los religiosos. En Francia han expulsado a los Jesuitas y a todos los religiosos; y en Roma, o se reúne en una sola casa a órdenes diversas o se les da orden terminante de abandonar sus casas. ¡Quién sabe en qué terminará esto! ¡Basta! Confiemos en el Señor y recemos".

Sin embargo, para la gente de esta tierra la verdadera boda era la religiosa y así se unieron ante Dios, Ludovico y Santa, en la Iglesia de San Gregorio, el 23 de diciembre de dicho año, siendo sus testigos Antonio De Angelis y Aquiles Pieri. El sacerdote fue quien los había bautizado a ambos, Eusebio Pietropoolo.

Este matrimonio cristiano fundó un hogar de familia numerosa, aunque no era un denominador común en esa región, una de las de menor crecimiento demográfico de Italia y, por tanto, de las menos pobladas.

La razón era, sin duda, los duros tiempos aquellos en que era difícil el trabajo y poco el rendimiento, como en otras zonas meramente rurales.

De todas formas, aunque esta familia se autodenominaba pobre, sabemos que poseía bastante tierras con que poder vivir, como revela el propio testamento de Ludovico De Angelis, que tendremos ocasión de citar en otro lugar.

Lo que no sabemos es si éstas le venían a la familia en herencia o si parte, al menos, la incrementaron con los años de trabajo y esfuerzo.

Fértil fue la familia De Angelis-Colajani, que vio llegar al mundo ocho hijitos.

Ya al año siguiente del enlace matrimonial, les nació una hija, fuerte y robusta, a la que a las pocas horas bautizaban con el nombre de Antonina.

El nacimiento ocurrió la noche del 23 al 24 de octubre (Cfr. Registro Civil de Paganica, Acta 132, parte 1ª) y, en las horas de tarde, era bautizada en la Iglesia Parroquial de San Gregorio por el mismo Vicario Ecónomo, Sacerdote Eusebio Pietropoolo, siendo su madrina Ana Dominga, esposa de Domingo Cinque (Reg. Vol. VI, que inicia en 1863).

Esta niña, que había recibido tan pronto el sacramento del bautismo, iba a ser a partir de entonces siempre de Dios.

Apenas tenía dos años y medio y ya recibía también la confirmación en la propia Iglesia parroquial de San Gregorio, de manos del Arzobispo Mons. Augusto Antonio Vicentini el 7 de junio de 1883. Fue en esta ocasión su madrina Ana Colaiani, tía materna —según deducimos— de la niña.

Por esta época Antonina ya balbuceaba la dulce lengua de la región, el aquilano, del tipo 'marchigiano-umbro-romanesco', con su vocal final casi muda al estilo francés y con la preponderancia de la 'a'; con las dobles consonantes o geminadas, como 'Onna' (=onda), todo lo cual demuestra que los primeros habitantes de la región eran itálicos puros, afines a los latinos,

con quienes pelearon en la antigüedad y con quienes más tarde se fusionaron.

Antonina llenaba totalmente el amor del matrimonio y así creció mimada por toda la gran familia que debía constituir el pueblito entero de San Gregorio, como deducimos por el tamaño y por testimonios recientes de ancianos que se han podido recoger.

Sus otros siete hermanos fueron llegando poco a poco. Ulises nació el 18 de julio de 1883 y sabemos que muy pronto emigró a América donde poco después moría.

El tercer vástago fue Ana Consolina, que vio la luz el 6 de agosto de 1885, pero que muy pronto veló la alegría de aquel hogar, pues fallecía el año siguiente el 18 de setiembre.

El cuarto hijo, varón, de nombre Juan, nacido el 12 de febrero de 1890. A este siguió una hija, Angela, que nació el 13 de abril de 1892.

Otros tres hijos fueron la alegría de aquel hogar y, por tanto, de la mayor, Antonina, que sería para ellos la niñera, la maestra y el modelo.

Estos fueron María Agata, Domingo y Genuino, nacidos respectivamente el 14 de marzo de 1895, el 17 de diciembre de 1896 y el 19 de enero de 1901.

Varios de estos debieron morir jóvenes, pues cuando el padre, Ludovico De Angelis, hace testamento en 1927 en Paganica, sólo lega su herencia a cuatro: Genuino, Juan, Consolina y Antonina, prueba de que son los que le sobrevivieron.

La economía casera no sería abundante en aquellos años difíciles de fines del siglo XIX, pero seguramente no les faltaría lo necesario para el alimento.

A juzgar por el testamento citado, donde aparecen tierras de sembradío, terrenos arbolados, bodega con pozo de mosto y pajares, su economía era agrícola-ganadera.

Granos, hortalizas, vid, oliva y leguminosas son, entre otros, los productos de esa zona central de Italia y, por tanto, esos serían los productos que cosecharía la familia De Angelis.

Sabemos por testimonios hodiernos que la familia llevaba sus productos frecuentemente a la ciudad, L'Aquila, distante poco más de dos leguas.

CAPITULO II

SIN NIÑEZ

La familia habitaba en la casa de Vía Capo la Terra, número cuarenta, que se conserva hoy. Donde queda el pajar fue la habitación de Antonina y sus hermanos.

El estado socio-económico de la familia De Angelis hace suponer cuál fue el desenvolvimiento de ella, apoyándonos además en referencias posteriores.

Antonina, la mayor de ocho hermanos no tuvo niñez, cual lo apreciamos hoy.

Tres fueron los deberes que desde muy pequeña la ocuparon: el cuidado de sus hermanitos, la ayuda permanente a su padre en el campo y esporádicamente la escuela.

Sus padres, especialmente su madre, le enseñaron las primeras palabras y las primeras oraciones, ayudada por el celoso sacerdote del lugar. Este último menester es el aprendizaje que asimiló mejor y pudo no sólo ejercitarlo durante toda su vida, sino transmitirlo a los demás. Nunca cesaba de orar.

El crecimiento de su familia, exige, como en todos los tiempos, el cuidado permanente de la madre, pero, si el mayor de los vástagos es mujer, ésta debe ayudarla y suplir en más de una tarea.

Tal fue el caso de Antonina, quien vio ir agrandándose su familia con la llegada de sus siete hermanitos.

Por las fechas de nacimiento, deducimos que a casi tres años llegó su hermanito Ulises; a los cinco, Consolina, la que falleció al año; a los diez, su otro hermano Juan; a los once,

Angela; a los catorce, María Agata; a los quince, Domingo; y a los veintiuno, Genuino.

Esto quiere decir que, a medida que crecían, era Antonina la que tenía que cuidarlos, vestirlos, lavarlos y salir con ellos. Una testigo comentaba que fue como la segunda madre de sus hermanitos, para quienes hacía de todo, incluso confeccionarles la ropa. Se levantaba muy temprano y nunca se iba a dormir, sino a medianoche.

A la madre, pues, le sirvió de gran puntal, y una testigo hoy de noventa y tres años, su parienta, nos confirma que la madre no quería poco después que se fuera de casa, por ser para ella un tesoro.

Muchas otras tareas caseras, tales como la limpieza y las comidas desempeñaba Antonina.

Por si esto fuera poco, el padre reclamó también muy pronto la ayuda de la hija mayor en el cuidado de los animales y de las tareas agrícolas.

Antonina, convertida ya en Sor Ludovica y años más tarde en City Bell, demostró conocer todo lo relativo al campo y a la cría de animales domésticos.

Una de sus sobrinas sobrevivientes, Elisa de Petrocco, hija de su hermano más chico, Genuino, asegura haber oído a su padre contar que Antonina trabajaba muchísimo, que era sacrificadísima y ayudaba en las labores del campo, iba a vender la mercadería con su padre a la ciudad y, en más de una oportunidad, cuando él estaba enfermo, incluso encaró la siembra de las alubias o porotos por sí misma.

Estas tareas la hicieron fuerte y robusta, pero un tanto ruda. La anciana de noventa y tres años, Genoveffa Nanni, asegura que a ella y a los demás les parecía por este tiempo un poco varonil.

En el camino al campo había una imagen de la Virgen. Algunos testigos cuentan que ella se detenía todos los días para rezarle antes de proseguir sus rústicas tareas.

La tercera actividad que apenas pudo asumir Antonina fue la de la escuela.

Lo podemos deducir de las largas jornadas entre el hogar y el campo que diariamente tenía que realizar.

Ella llegó a aprender poco en sus esporádicas estadías en la escuela del lugar. Aun de grande, apenas sabía leer, escribía con dificultad, firmaba desgarbado y hablaba mal, no sólo su dialecto, sino que nunca aprendió debidamente el español. Su lengua no pronunciaba correctamente ni el italiano, ni el español, resultando una mezcla simpática. Se le oía a menudo: 'Miquita' o 'miquite', por 'mi hijita' o 'mis hijitas'.

Cuando escribe a sus familiares en italiano, encontramos también las interferencias del español: 'saludo', 'malado', 'obediende,' 'escrivete', 'bambines', etc.

Sin embargo, había en ella una viveza natural y una psicología muy profunda para captar las realidades, como mostró en toda su vida bien activa.

CAPITULO III

EL LLAMADO DE DIOS

A un alma pura como ella, consagrada enteramente a servir a los demás, Dios la llamó muy pronto a su servicio.

Pocos rasgos tenemos que nos den noticias de su vocación y de cuándo ésta fuera percibida por Antonina. Pero hay algunos testimonios y el hecho de que sabemos que nunca aceptó ningún partido y menos amistades con muchachos, pese a su edad, es una demostración de que el llamado de Dios debió de sentirse en ella tempranamente.

La familia que la sobrevive conserva la anécdota de que diariamente al ir a trabajar al campo rezaba ante una imagen de la Santísima Virgen de la Consolación: "que la iluminase para tomar un buen camino hasta que se decidiera a hacerse hermana".

Sus padres eran religiosos, oían misa todos los domingos y fiestas de guardar, cristianaron enseguida a todos sus hijos, pero no querían que su hija mayor se hiciera religiosa.

Su madre Santa, según cuenta hoy su nieta Elisa, era muy devota, caritativa y ayunaba y hacía abstinencia con frecuencia, pero tenía sus miras en que Antonina se casase y sintió mucho desagrado y disgusto cuando su hija ingresó en la Congregación de las Hijas de la Misericordia.

Esto debía de ser para Antonina un gran obstáculo a sus deseos más íntimos y ello, sin duda, la mortificaba grandemente.

Su interior se debatía en la dubitación entre el cumplimiento de sus deberes en el hogar y la voz de otras tareas que la reclamaban más allá; entre el cuidado de sus hermanitos y el de

tantos otros niños desvalidos en otras partes; entre la atención y caridad para con sus vecinos o parientes y las múltiples necesidades de las almas más allá de sus fronteras; en una palabra, entre la obediencia a sus padres y la llamada de Dios.

Su vocación fue, pues, inicial y temprana, y ella cuidó de mantenerla viva, de que saliera triunfante pese a las adversidades.

Como buena cristiana lo comunicaría con su confesor, con el sacerdote del lugar y éste la animaría sin duda.

Por lo que sabemos, en los últimos años de la estadía de Antonina en San Gregorio, el anciano sacerdote fue sustituido por un joven —apenas tres añor mayor que ella— que fue su colaborador más cercano y, como veremos después, quien la ayudó materialmente en su ingreso en la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

Este sacerdote fue Samuel Tarquini, nacido el 22 de marzo de 1877, ordenado en L'Aquila el 25 de julio de 1901. A los meses de ordenado fue nombrado párroco de San Gregorio, exactamente el 17 de marzo de 1902, donde se quedó hasta el 16 de agosto de 1927.

Este joven sacerdote, emprendedor y celoso, se preocupó grandemente de su parroquia y de dotarla de instituciones activas.

Tenemos testimonios actuales de que desde el primer momento se preocupó ante todo de la Congregación de la Doctrina Cristiana e instaba a acudir a las reuniones a las jóvenes, a veces con firmeza.

Pues bien, el alma de la Asociación era Antonina. Ella fue puesta por Don Samuel al frente de las jóvenes.

Al mismo tiempo la Congregación de las Hijas de María la tuvo como presidenta. Esta institución exigía y exige una consagración especial a la oración y a las buenas obras, sirviendo de ejemplo a las demás.

Así Antonina, en los últimos años de su estadía en el pueblo natal, redobló su vida interior y se confirmó mucho más en su definitiva aspiración.

Tenemos una anécdota de ella que nos pinta de cuerpo entero cuál era su disposición interior y desde esta época su inmensa caridad y desprendimiento.

Pese a que debía de estar rendida por tantísima y tan variada labor que desarrollaba durante el día, cuidaba en forma bastante habitual a enfermos por la noche. Había una anciana rica que vivía sola, con la que ella pasaba noches enteras en su casa durmiendo allí mismo y cuidándola.

Esta anciana le había prometido por cuidarla dejarle toda su herencia, pero Antonina la rechazó porque —decía— que la señora tenía nietitos más pobres que ella.

Aquí aplicaba realmente 'el hacer el bien y no mirar a quien". Incluso cuando iba a cuidar a enfermos pobres, ella misma llevaba de su casa el aceite para la lámpara.

Como cuentan sus compaisanos y sobrevivientes, ella estaba siempre dispuesta al sacrificio. Y para no darle tanta importancia, rebajaba su mérito diciendo que cómo no iba ella a cuidar a todos, si en el pueblo eran todos parientes.

Ya entonces se proyectaba la bendita alma de caridad que iba a brillar tan heroicamente luego.

CAPITULO IV

SU CONSAGRACION RELIGIOSA

Antonina había descubierto la profundidad de su corazón y sus más íntimas intenciones al párroco del pueblo, sacerdote Samuel Tarquini, aunque le revelaría las dificultades que encontraba para concretar su deseo, principalmente la negativa de sus padres a permitir que siguiera el estado religioso.

Por todo ello tenemos obligadamente que vincular la concreción de su íntima aspiración con la decisiva ayuda del sacerdote, que no sólo la animó, sino que fue él, sin duda, el que la condujo hasta el noviciado y el que le indicó la Congregación en la que debía consagrarse.

Este sacerdote tenía una hermana, Nicoletta, a la que había conducido hasta Savona, al Noviciado de las Hijas de Ntra. Sra. de la Misericordia.

Desde entonces fue Sor María Gregoria, la cual ingresó en el postulantado el 10 de setiembre de 1903, ayudada por su hermano, como veremos enseguida.

Este celoso sacerdote, pocos días después, podía guiar a otra postulante, Dominga, que tomó el nombre de Sor María Antonina. Su apellido era Petrocchi, natural de Paganica. Ingresó el 18 de setiembre de ese año y había pagado por ambas Don Samuel.

Con estos antecedentes, el celoso y piadoso sacerdote ya tenía un camino expedito por el cual guiar a otras.

Antonina era querida y esperada por varios pretendientes, como sabemos por testimonios de la propia familia, la cual no se resignaba a dejarla partir hacia el convento.

Una sobrina suya, Elisa de Petrocco, confirma haber escuchado que, "siendo tan brava" (= tan dispuesta), habia muchos jóvenes que habían puesto los ojos en ella, máxime viéndola trabajar no sólo con las yuntas y el arado, sino en el cuidado del hogar y en el servicio tan desinteresado a los enfermos y desvalidos del pueblo.

Sin embargo, siendo tan útil en casa, sus padres no consentían que se hiciera religiosa, por lo que le negarían toda ayuda para concretar su propósito.

Por ello, tratado con el sacerdote y una vez que éste prometió ayudarla incluso con la dote, no dudó más y prefirió dar el paso casi en secreto, para que no se interpusiera algún obstáculo o la decisiva objeción de sus progenitores.

Los familiares son contestes en afirmar que se fue un buen día casi de incógnito.

Don Samuel preparó cuidadosamente el viaje y no fue sola. Salieron un día temprano rumbo a la estación de Paganica. Con ellos iba otra hermana del sacerdote, Alejandrina, cinco años mayor que Antonina.

Según narra una testigo, "la noticia detonó como una bomba" y la madre de Antonina lloró desconsoladamente. Estaba realmente decidida a impedírselo y este propósito no lo abandonó hasta que se embarcó para la Argentina.

El ingreso en el Postulantado de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia de ambas jóvenes, Antonina y Alejandrina, según las fichas 2073/2072 de dicha Congregación ocurrió el 14 de noviembre de 1904.

El sacerdote tenía cuenta corriente con la Congregación, pues no hizo los pagos por las cuatro al contado. Viendo las cuentas de la Casa Madre, encontramos, en lo que atañe principalmente a Antonina, que llevaba ese día el ajuar y la cama completa. Pagó por ella dicho sacerdote de la siguiente forma: el 18 de setiembre de 1903, 330 liras; el 18 de marzo de 1904, 60;

el 1 de noviembre de 1904, 300; y dos años más tarde, el 30 de noviembre de 1906, entregaba aún 500 más.

Aquel día del ingreso dio 15 liras para la manteleta de Antonina, prometiendo totalizar por ella 800. Cuando hizo la profesión entregaba todavía 30 para el hábito.

Por tanto, mayor pobreza era imposible. Según juzgo por el testamento del padre y la cantidad de tierras que tenía, esta ayuda que recibió de otros fue debido a la oposición y negativa de sus padres, lo que nos hace pensar en que la alegría de Antonina por concretar su deseo, se vería empañada considerando que había disgustado a sus padres a este extremo.

La Congregación de las 'Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia' había sido fundada el 10 de agosto de 1837, en la ciudad de Savona, por Benita Rossello, luego Santa María Josefa Rossello.

Este Instituto religioso, además de ser un homenaje a la Santísima Virgen de la Misericordia de Savona, venerada en su Santuario del Valle de Letimbro, se proponía honrar la bondad y misericordia, virtudes connaturales al corazón de María.

Su propósito era cumplir obras de misericordia en favor de todos los que pudieran necesitarlas. Atienden a pobres, especialmente niñas, pero desde el principio ayudaron y cuidaron también a las pudientes.

Aceptaron otras tareas sugeridas por el Obispo del lugar, tales como la enseñanza del catecismo, pero su misión principal siempre en su niñez, adolescencia y juventud, incluso antes de fue la atención y cuidado de los pobres.

Este fue, pues, el espíritu que Antonina bebió desde aquel instante durante toda su vida, el mismo que había alentado conocer el carisma de la Congregación.

Es curiosa la labor de la Divina Providencia. En la misma Italia, cuando la fundadora cerraba sus ojos a este mundo para entrar en la eternidad, en el mismo mes y año abrió los suyos Antonina, que seguiría sus pasos.

Y ya en La Plata ésta, recurriendo con sus hermanas a su Fundadora, obtendrían en junio de 1911, el primer milagro para la beatificación de su Madre, al ser curada milagrosamente Sor María del Espíritu Santo de tuberculosis renal en el Colegio Misericordia que dicha Congregación posee en la capital de la Provincia de Buenos Aires.

Antonina pasa por el período de prueba del postulantado. Deducimos sus ocupaciones y su espíritu por el cumplimiento de sus Constituciones.

Este se hace en la Casa Noviciado de Savona y duraba unos seis meses, como estaba establecido. Antonina vistió el hábito, es decir, inició oficialmente el Noviciado el 3 de mayo de 1905.

Durante el postulantado fue examinada por sus superiores acerca de su carácter, de sus inclinaciones, de su idoneidad en las virtudes de humildad, pobreza, caridad y sacrificio que profesarían en el Instituto.

Durante este tiempo tenía que hacerse evidente en ella su renuncia al mundo, incluso olvidándose en lo posible de la casa paterna.

Se dejó guiar y con suma sencillez, pero con gran serenidad, analizó nuevamente su vocación religiosa.

Sus prácticas de piedad, con tanta profundidad aprendidas en su pueblo natal, se ven redobladas ahora y despojadas de los restos de devoción aparente, afectada o superficial.

Desde entonces antepuso "Dios a todas las cosas" y para Dios vivió todos los restantes momentos de su vida.

Tras los meses del postulado, fue examinada por el Obispo y, ocho días antes de proceder a su vestición, inició los ejercicios espirituales, al término de los cuales hizo su confesión general, a fin de prepararse mejor y presentarse más purificada ante Quien había elegido como su Amado.

La vestición ocurrió el 3 de mayo de 1905, al igual que la de su compañera Alejandrina, coincidiendo con la profesión de la hermana de ésta y la otra protegida de Don Samuel.

Allí, para olvidar más del mundo, renunciaban a sus nombres del siglo. Alejandrina, desde entonces, fue Sor María Magdalena, y, Antonina, Sor María Ludovica.

Durante este tiempo se exigen a las novicias cosas para que puedan practicar las virtudes y vencer su amor propio.

Sor Ludovica estudió las Constituciones, el verdadero alcance de los votos, las obligaciones a que debía someterse y otras muchas enseñanzas dadas por la Maestra de novicias.

La mortificación y la humildad fueron las virtudes puestas en evidencia durante este período. Ya en ellas había hecho —como quien dice— sus armas antes del ingreso en la Congregación, y tales fueron los signos externos de su interior virtuoso, como atestiguan cuantas la conocieron y trataron antes y después.

Allí meditó lo que pedía la Fundadora: "¿Sabéis vosotras, habéis vosotras reflexionado qué quiere decir 'Hijas de la Misericordia'? ¿Cuál debe ser su perfección y su espíritu?... La verdadera Hija de la Misericordia ante todo debe estar animada de un gran deseo de negarse a sí misma, de sacrificarse, de padecer por Dios; en segundo lugar requiérese que arda totalmente en la caridad hacia el prójimo. La Hija de la Misericordia debe tener un corazón grande y generoso, dispuesta a dar aun la vida para ganar almas para el Señor. Además debe despojarse de todo sentimiento de orgullo, de amor propio, de vanidad, de respeto humano".

Una de las comprobaciones de que se está en el verdadero camino de la oración es el espíritu de gozo, que hace a la religiosa alegre, activa y sirve de estímulo a las demás.

Poseemos una anécdota de Sor Ludovica que nos muestra su satisfacción de ser religiosa e hija de la caridad, como el de haberse convertido en estímulo permanente para las demás.

Una hija de su prima. Elisa Mastrosa, cuenta que una vez en que viajó a Italia años más tarde —posiblemente en 1935— les dijo a ella y a su hermana:

—"Pero, ¿qué hacéis? Si supiérais lo feliz que soy yo con mi vida de hermana. ¿Por qué no os hacéis hermanas también vosotras? Yo soy mucho más feliz así, que si hubiese escuchado a mi madre y me hubiera desposado".

Así, pues, formada el alma de la religiosa Sor María Ludovica, al cumplir el año justo de noviciado, hizo su primera profesión religiosa, llamada de los votos temporales.

Tal ocurría el 3 de mayo de 1906, día en que recibía del sacerdote Tarquini 30 liras para el hábito. Sin duda alguna, sólo éste y la familia de su cohermana Sor Magdalena se harían presentes en Savona. De nuevo el vacío de su familia carnal.

Sor María Magdalena no vivió mucho, pues murió el 10 de junio de 1909, antes de poder hacer los votos perpetuos.

Sor María Ludovica, ya esposa de Cristo, se propuso desde aquél día poner en práctica cuanto había recibido en el noviciado y ser una buena y santa hija de Nuestra Señora de la Misericordia.

CAPITULO V

ADIOS A LA PATRIA

Casi un año después de profesa, quedó Sor Ludovica en su país natal. No sabemos con certeza dónde cumplió su ministerio. Creemos que quedó en la Casa Madre de Savona. En el primer aniversario de su profesión religiosa, renovó allí sus votos. Pero muy pronto la vemos destinada a América.

La Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia hacía unos pocos años que había abierto casas en América, y más exactamente en la Argentina.

Estando en Roma en 1870 la Fundadora Sor María Josefa Rossello, después de haber sido recibida por el Papa Pío IX y haber recibido de él su bendición, se entrevistó con S. E. R. Mariano José de Escalada y Bustillo, primer Arzobispo de Buenos Aires, que se hallaba a la sazón en la ciudad eterna con motivo del Concilio Vaticano I.

En esa entrevista trataron la ida a la Argentina de religiosas de aquella congregación, pero el 28 de julio fallecía el Arzobispo en la propia ciudad, sin haber concretado nada sobre la ida fuera de las fronteras de la Patria.

Aunque las religiosas lo interpretaron como mala señal, la Madre Rossello no se arredró y no lo juzgó de la misma manera.

Cinco años más tarde, el nuevo Arzobispo de Buenos Aires, S. E. R. Federico León Aneiros, enviaba su pedido a la Madre de cuantas Hermanas fuera posible, a través del Cónsul argentino en Savona, Dr. Juan Bautista Gazzollo, ex presidente de la Universidad de Buenos Aires.

Este cónsul desplegó una actividad inaudita para poder enviar a su país religiosas y religiosos. Así muy pronto pudo con-

cretar el envío de las Hermanas y preparó de igual modo la primera expedición de salesianos para que viajaran juntos.

El 1º de noviembre los recibió a todos el Santo Padre Pío IX y dio la bendición papal por separado a cada grupo.

Poco después, en compañía del propio cónsul y de Don Juan Cagliero, el futuro Cardenal, que venía del jefe de la expedición de los Hijos de Don Bosco, se embarcaron en Génova rumbo a Buenos Aires. Era el 14 de noviembre y la llegada se produjo justo un mes después, el 14 de diciembre.

Así, de inmediato iniciaban su actividad en la Argentina estas dos beneméritas Congregaciones.

Abierto ya el surco, fueron viniendo a terreno ya abonado otras hijas de la Madre Josefa Rossello. A cada una la tenía ella presente, interesándose en sus hermosas cartas, no sólo por la marcha de las fundaciones, sino además por el estado físico y anímico de cada una de las religiosas.

Pues bien, a otros contingentes siguió el de 1907, en el que venía Sor María Ludovica De Angelis.

Según la tradición familiar, la madre terrena de Sor Ludovica insistía en que abandonara la Congregación y hostigaba a la hija por haber tomado aquella decisión.

Cuenta su sobrina hoy que, según su padre Genuino, el hermano menor de Sor Ludovica, ésta partió para América a fin de que sus progenitores no la obstaculizaran en su vocación.

Es, por tanto, digno de elogio el heroísmo de Sor Ludovica en seguir su vocación, dejando todo por ir tras el Amado: padres, hermanos y, ahora, su propia Patria, embarcándose para lo desconocido, y en aquellos años en que no se tenia la más mínima esperanza de poder regresar.

La madre de Sor Ludovca, según nos contó una testigo, sufrió lo indecible y no había consuelo a su lloro cuando su hija partió.

Como ocurrió con el primer contingente, durante el tiempo previo se preparó no sólo espiritual y materialmente, sino inclu-

so se ensayó en el aprendizaje de la lengua y las costumbres del país nuevo.

Sor Ludovica también lo hizo y con la reflexión y la oración se afirmó su decisión, pero el aprendizaje lingüístico le costó lo suyo y no lo alcanzó ni siquiera en los muchos años —cincuenta y cinco— que pasó en nuestra Patria.

Sin embargo, para un alma que sintonizaba con su Amado, quien en última instancia es el que le había inspirado aquella decisión, no era necesario sino contar con la entrega total y el corazón dispuesto a brindarlo en servicio de los demás, para alcanzar el propósito de las superioras: servir a los enfermos y desvalidos en este nuevo país.

Sor Ludovica partió en 1907, en el mes de noviembre. Se embarcó en Génova, en el vapor 'Lombardía', en la expedición Nº 23, con otras cuatro religiosas y, a lo que creemos, ningún familiar fue a despedirla por lo dicho anteriormente. Así, su pobre corazón humano sangraría doble. Pensamos que tampoco fue a despedirse de su familia para no darles ninguna oportunidad de retenerla y para no ahondar la herida en ellos, aunque eso suponía avivar la suya que, como buena hija, hubiera deseado abrazar a sus padres y hermanos.

¡Tales sacrificios le pedía Dios en aquellas circunstancias! Su ida a América significaba despedirse para siempre de sus padres, a quienes ya no volvería a ver en la tierra.

Pero, como nos dice hoy su sobrina, ella había elegido ese camino para ser más perfecta, imitando bien palpablemente lo que había pedido Jesús en el Evangelio: "dejar todo, darlo a los pobres y seguirle" Mt. 19,21; Lc. 18-22). "Quien ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí" Mt. 10,37). "Si alguno quiere seguirme, renúnciese a sí mismo, y lleve su cruz y siga tras de Mí" Mt. 16,24).

La travesía, casi tan larga como hacía treinta años cuando vino el primer grupo, fue empleada para proseguir con el aprendizaje y práctica del nuevo idioma, pero a la vez para retemplar

el espíritu y prepararlo para el trabajo intenso que —sabían— les esperaba allende el Atlántico.

Una de las cartas de la Madre Fundadora justamente a sus hijas transportadas a América les pedía que se amaran mutuamente para poder sostenerse entre sí y ante la adversidad.

Por parte de Sor Ludovica, ¡cómo expresó este amor a sus hermanas! Tendremos oportunidad de apreciarlo en más de una anécdota.

Otras recomendaciones de la Madre como las de trabajar puramente por amor de Dios y para salvar las almas, tendría enseguida oportunidad de ponerlas en práctica.

El vapor llegó al puerto de Buenos Aires el 4 de diciembre y allí estaban las Hermanas a recibir a aquellos cinco refuerzos, para conducirlos al calor del hogar.

Pasados los primeros días de descanso y aclimatación, cada una iba recibiendo de la Superiora las instrucciones sobre su nuevo destino.

Allí Sor Ludovica pasó muy breve estadía reforzando el idioma y recibiendo directivas de la Madre Superiora.

En Buenos Aires pasó la Navidad de 1907 en compañía de las Hermanas de la Congregación, viviendo la alegría de las fiestas, a la vez que sintiendo la ausencia de los seres queridos y de la Patria.

¡Renuncias, renuncias!

CAPITULO VI

HIJAS DE LA OBEDIENCIA

Al formular sus votos una religiosa, el que más cuesta cumplir rectamente es el de la obediencia, pues por éste se rinde la voluntad propia a la de la superiora.

Según los especialistas en la vida religiosa es el más perfecto de todos los votos, puesto que por él se sacrifica a Dios lo más intrínseco y lo más excelente, esto es, el entendimiento y la voluntad.

Se renuncia al propio juicio y a los propios deseos. Por ello no es sólo un voto cuyo objeto sea externo, pues hay un holocausto de sí mismos.

Sor Ludovica estaba acostumbrada a obedecer siempre a sus padres, al sacerdote, a las personas mayores, hasta que sus progenitores le pidieron anteponer su deseo al llamado de Dios.

Luego en el Noviciado la instruyeron bien sobre el alcance de los votos, y en este caso comprendió que no puede haber vida comunitaria y, por tanto, vida religiosa sin obediencia.

Y es curioso que ella vaya a pasar la mayor parte de su vida de superiora. Ello no obsta a la obediencia, pues queda siempre el sometimiento de la propia voluntad a las superioras mayores, a las Constituciones, al horario, al trabajo, a los deberes, y esto lo ejecutó Sor Ludovica con escrupulosidad.

A principios del año entrante de su llegada a la Argentina, es decir, 1908, era destinada por la Superiora Provincial al Hospital de Niños de La Plata, distante cincuenta kilómetros de Buenos Aires.

Este será su lugar hasta su muerte. Aquí es donde con toda humildad y tesón servirá a los niños enfermos y a cuantos acudan a su desbordante misericordia.

No tenemos la fecha exacta de su traslado y aún cuando los que la conocieron afirman que fue a principios de año, debió pasar algunos meses en Buenos Aires, pues tenemos el testimonio de que en Villa Devoto donde renovó su profesión en 1908 y esto era el 3 de mayo, a menos que viajara allá justo para esa fecha.

A La Plata se dirigió Sor Ludovica deseosa de empezar a trabajar y de santificarse cumpliendo el deseo de sus superioras.

Se propuso ser fiel al lema de la Madre Fundadora: "Junto al lecho de los enfermos, sed ángeles de consuelo".

Esta fue su ocupación y es el espíritu que la guió por los cincuenta y cinco años que estuvo aquí.

Las Hijas de la Misericordia ya estaban en La Plata con varias casas, fundadas antes de terminar el siglo.

Regenteaban a la sazón el Hospital Misericordia desde 1887, el Colegio Na. Sa. de la Misericordia desde abril de 1888, el Hogar Stella Maris desde diciembre de 1888 y el Hospital de Niños desde 1889.

El primer Hospital empezó a funcionar en las calles 1 y 70, y en 1922 fue trasladado a su ubicación actual en 70 y 25, cuyo nombre es hoy 'San Juan de Dios'.

El Colegio tuvo más traslados, primero en 48 Nº 811; luego en 53 Nº 423; y finalmente al lugar actual, 4 esquina avenida 44. En esta ubicación es donde el Señor, por intercesión de la Madre María Jocefa Rossello, realizó el primer milagro el 1º de julio de 1911, al curar a la Hna. María del Espíritu Santo Elisondo, deshauciada de los médicos.

El Hogar Stella Maris, ubicado en Avda. 66 Nº 674, albergaba desde entonces a niñas, adolescentes y jóvenes, atendiendo a lo que pidió el Papa cuando el primer contingente se fue a postrar ante El al venir para la Argentina.

Las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia regentean hoy también el Instituto General San Martín, policlínico ubicado donde empezó su primera acción de caridad en la reciente ciudad de La Plata.

El Hospital de Niños no era tal cuando Sor Ludovica llegó a él. Este se hará con Sor Ludovica o, mejor dicho, será levantado por Sor Ludovica.

La Sociedad de Beneficencia, fundada en La Plata el 16 de mayo de 1887, inauguraba, el 8 de diciembre de 1889, un hospital de niños en forma bastante precaria, en calle 8, entre 41 y 42. Pero muy pronto vieron lo inadecuado de las instalaciones y decidieron sacarlo un poco del centro para ganar espacio.

El lugar elegido fue la manzana de 14, entre 65 y 66, donde se halla actualmente.

Desde el primer instante la Sociedad pidió la colaboración de las religiosas Hijas de Na. Sa. de la Misericordia.

Cuando llega al lugar Sor Ludovica, la casa, pese a todo, era deprimente: un alambrado, un portón y dos salas de madera.

La dotación era de seis médicos, de los que conservamos algunos nombres: Dr. Vicente Centurión, Dr. Giordano Cavazzutti, Dr. Carlos Cometto y Dr. Alejandro Oyuela.

De éstos el Dr. Cometto fue quien reparó muy pronto en aquella fornida religiosa, trabajadora tenaz. Ya veremos qué decide sobre ella.

CAPITULO VII

SU HUMILDAD

El puesto de trabajo fijado por la superiora para Sor Ludovica fue la cocina y la despensa.

Era, sin duda, el puesto más humilde de todos y uno de los más sacrificados por la dedicación que demandaba.

Este trabajo lo realizaba con todo entusiasmo, encontrándose contenta de cumplir con la voluntad de Dios.

Ella no ambicionaba ni otro puesto ni distinción alguna, sometiéndose a lo que el Señor le pedía.

Claro está que nada de lo que tenía que hacer le repugnaba, pues ya estaba bastante entrenada desde su propio hogar, donde había tenido con frecuencia que atender a estos menesteres.

Pero en el destino que le dieron, es evidente que, a los ojos de las superioras, no la juzgaban idónea para otros cargos como enfermera y menos maestra.

Ella misma se consideró durante toda su vida "pobre ignorante", como le gustaba decir, según cuentan los que la conocieron.

Su labor en la cocina era callada y silenciosa, pero, dada su energía y sus dotes de administradora, le permitían hacer malabarismos con las exiguas disponibilidades.

"Para sus niños siempre lo mejor", este era su lema, y esta fue la bandera que siempre desplegó en el Hospital.

Recuerda una persona de aquellos años que la iban a visitar los niños, porque se hacía querer y nunca los dejaba irse sin

darles cosas extras que a ellos mucho les agradaban. ¡Delicado detalle de su amor tan grande a la niñez!

Nadie le arredraba en el trabajo y se cuenta que el tiempo de permanencia en su retirado puesto se prolongaba hasta la madrugada.

Se ha apreciado siempre en la vida de los santos que Dios eleva a los humildes y derriba a los poderosos, como nos dice el Evangelio (Mt. 23,12).

En el caso de Sor Ludovica así fue también. Su silenciosa labor, su entrega, sus dotes de administradora, pese a su apariencia exterior y a sus pocas letras, llamaron la atención de los médicos, principalmente el Director Dr. Carlos Cometto.

Este conversó con la superiora y la propuso para el cargo de administradora del Hospital.

Tal cargo lo ostentaba la superiora y Sor Ludovica aún era religiosa de votos temporales.

Pero, según nos cuenta quien fue también médico del Hospital, el Dr. Santiago Gorostiague, ya desde 1909 se le encomendó a ella la administración, la que no dejó hasta su muerte, como veremos incluso en épocas en que todas las religiosas fueron destituidas de tal cargo por el Gobierno de la Provincia, o cuando, de acuerdo con las Constituciones, debía dejar el cargo de superiora.

Desde el cargo de administradora, el Hospital de Niños dio un vuelco y desde aquel instante la actividad fue febril, no sólo para hallar medios de subsistencia, incluso en épocas difíciles, sino también para agrandar y modernizar el nosocomio, a fin de cobijar a más niños necesitados de atención.

Así se la veía frecuentemente encima del carro de caballos, yendo a través de la ciudad a buscar ella misma los alimentos, en su mayoría obtenidos por donación.

Es aquí donde se ve también la humildad de Sor Ludovica. Podía quedarse en casa y esperar que otros recorrieran y pe-

ticionaran a verduleros y carniceros, pero no, eso de pedir cuesta mucho y no podía delegar tan bajo menester.

Aún años después, ya constituida en superiora y respetada, se la verá ir a pedir para sus niños y hasta llegar a verdaderas búsquedas e interminables paseos para que no le faltara leche en épocas de escasez o de huelgas.

Otros rasgos de su vida pondrán en evidencia su humildad, pero aquí quiero traer aquel que pone más en claro su interior sentir.

Siendo ministro de Salud Pública el Dr. Carlos Alberto Bocalandro, en 1951, como cuenta él mismo, el Gobierno Provincial preparará un homenaje a Sor Ludovica, pretendiendo poner su nombre al Hospital de Niños.

"Pero, dada su humildad y senciliez —nos cuenta— me venció con lágrimas, logrando que ese Decreto quedara archivado". Hasta su muerte no fue posible ejecutarlo.

En otro capítulo haremos referencia a la sumaria relación que hace el Decreto de la labor de Sor Ludovica en el Hospital de Niños hasta esa fecha.

La verdadera humildad consiste en dar toda la gloria a Dios de lo que nosotros, sus pobres instrumentos, hacemos, procurando conocer y penetrar la propia valía.

Así Sor Ludovica se creía indigna de favores de los hombres y menos de homenajes externos.

La humildad es la madre de todas las virtudes, por ello remachamos en este aspecto en primer término, pues sobre ella es que Sor Ludovica levantó el edificio del resto de las virtudes: caridad, obediencia, etc.

Sor Ludovica se creía a sí misma ruda, falta de capacidad para igualar a sus Hermanas, "una pobre ignorante" y, aun cuando obtenía a veces resultados maravillosos en beneficio de todos, nunca hizo alusión y, por supuesto, alarde de haberlo hecho ella. En todas esas ocasiones, extraordinarias u ordinarias, daba gracias a Dios y pedía que los demás lo hicieran con ella.

En la vida de comunidad confesaba sus defectos y pedía perdón por ellos, aun siendo superiora.

Y cuando tenía que reprender a alguna Hermana o subordinado, aunque mostraba dureza, nunca permitía que se fuera triste el interesado.

Aplicaba por virtud, seguramente aun sin saberlo, el adagio latino 'suaviter in modo, fortiter in re', esto es dulzura en las formas, pero inflexibilidad en el tema.

Como les pedía la Madre Fundadora, Sor Ludovica se dedicó durante toda su vida a desarrollar en sí misma los pensamientos, sentimientos y práctica de una verdadera humildad.

Buscaba, aun de superiora, los oficios más bajos y el servicio a los más humildes, los niños.

Cuenta el Señor Luis Horacio Velázquez, primer biógrafo de Sor Ludovica, cuánto le costó sonsacarle noticias de su vida:

"La instancia más delicada para el cronista fue averiguar, de labios de la misma Madre Ludovica, información muy difícil de lograr. Nadie podría revelarlo sino ella misma: lugar y fecha de nacimiento. El motivo de su partida de Italia. Los orígenes de su vocación religiosa. Su llegada a la Argentina".

"Los votos de castidad, pobreza y obediencia, y la virtud de la humildad, eran una barrera casi infranqueable. ¿Y su modestia? Al cronista se le ocurrió un argumento: la ciudad había cumplido sus primeros cincuenta años. Con el transcurso del tiempo cumpliría su primer centenario, y los hijos, los nietos, sus habitantes del futuro querrían saber la historia y el nacimiento de sus instituciones queridas, quiénes fueron sus precursores, sus fundadores".

"Hubo aún evasivas, silencios insistentes, ingenuos y angelicales subterfugios que la Madre ponía en el camino para evitar hablar de ella misma. Le horrorizaba la vanidad, la presunción..."

Cuentan las propias cohermanas de comunidad sus experiencias con Sor Ludovica.

Refiere esta experiencia la Hna. María Marta Dimele: "Fue para mí una segunda madre. Me recibió en el año 1952, siendo de votos temporales. Recibí mi formación religiosa hasta los votos perpetuos con ella. Se preocupaba mucho por la Comunidad, a pesar de sus grandes tareas. Estaba en todo".

"Cuando tenía que hacerme una observación para corregirme me llevaba a su escritorio, me miraba seria, no enojada, más bien con cara de lástima y me decía: 'Ma, Hermana Marta. Ma, ¡Dios mío!' Y después terminaba con la corrección y consejos. Me decía al final: 'Ma que no se repita, vaya ahora y pórtese bien'.

"Aseguro que esto me hacía más efecto que una gran reprimenda".

Y la Hna. María Juanita Pastorino: "Tenía un carácter fuerte, era exigente para que se cumpliera bien con nuestras obligaciones, pero a la vez era cariñosa. Quería que cumpliéramos muy bien con nuestros deberes de religiosa y con el trabajo de enfermeras, porque las Hermanas éramos las 'cabas' de las salas, es decir, las enfermeras jefes de sala".

"Con la Comunidad era muy buena, se preocupaba mucho por nuestra salud, por la alimentación, especialmente de las Hermanas jóvenes, porque decía que en el Hospital había que trabajar mucho y era lugar insalubre".

"Yo vine al Hospital de Niños en el año 1934, las Hermanas todos los meses dábamos cuenta a la Superiora Ludovica de nuestro trabajo, cómo lo realizábamos, sobre nuestro apostolado y demás quehaceres. Ella nos hacía las observaciones del caso y algunas veces nos hacía llorar; pero cuando nos hacía una corrección nunca nos dejaba tristes, siempre tenía palabras cariñosas, nos daba consejos, se levantaba de su silla y nos despedía dándonos una linda medallita y salíamos contentas. Siempre fue muy generosa con todos".

"Con las Hermanas que venían enfermas de otras Comunidades, las acogía con grande amor, las hacía cuidar. llamaba a la Hermana enfermera y le decía remarcando las palabras: 'haga

todo lo que diga el médico. tiene que dar todavía mucha gloria a Dios trabajando en nuestro Instituto".

De su humildad refiere este hecho la Hna. Dimela: "Estaba la Comunidad reunida en hora de lectura espiritual. Terminada ésta, una religiosa de carácter fuerte y exigente le pide algo a la Superiora Ludovica. Ella le contesta: 'Ma Hermana, no se puede'. Entonces, la Hermana se puso de pie y en voz alta le exigió a la Superiora con firmeza lo que solicitaba".

"La Superiora no podía concedérselo y sin más se arrodilló delante de la Hermana y de la Comunidad y le pidió perdón. Todos hicimos un silencio profundo ante este hecho que nos conmovió profundamente".

Como muy bien dice el Señor Arzobispo Antonio José Plaza, que la conoció desde sus años del Seminario y la trató en los últimos años de su vida como su Arzobispo: "Era una religiosa auténtica y llena de sencilla bondad".

CAPITULO VIII

EL HOSPITAL DE NIÑOS: SU OBRA MATERIAL

Sor Ludovica fue renovando sus votos temporales año a año hasta el 3 de mayo de 1911, en que hizo su profesión perpetua.

A partir de ese momento ya podía ser superiora religiosa (Constituciones, 463), aunque ella, por supuesto, no lo deseaba.

Pero he aquí que, al cargo de administradora tuvo que añadir el de superiora, prácticamente hasta su muerte.

La superiora de la casa era por este tiempo Sor María Rita Libardi, que falleció en 1915.

Ante tal situación, el Dr. Carlos Cometto con los otros médicos acudieron a la Madre Provincial, Sor Federica Veglio, para pedirle que se sustituyera la superiora fallecida con Sor Ludovica.

Las virtudes que destacaban en ella la hacían más que idónea para aquel cargo: dotes no comunes de prudencia, de previsión, capacidad de dirección.

En realidad, siendo poca su cultura, fue considerada capaz de asumir tal responsabilidad únicamente por sus virtudes humanas y su espíritu religioso.

La Madre Provincial hizo caso y en 1915 la designaba Superiora de la Comunidad de Hermanas del Hospital de Niños. Desde entonces hubo de aceptar siempre la renovación de hecho, aunque de derecho cada tantos años debía ser sustituída por otra religiosa, según ordenaban las Constituciones

Los períodos legales en que fue superiora, según constan en el pertinente libro de la Casa fueron: 22 de diciembre de 1915 a 1922; del 6 de abril de 1923 al 26 de mayo de 1929; del 14 de octubre de 1929 a 1939; de marzo de 1943 al 30 de noviembre de 1949; desde el 14 de setiembre de 1952 hasta su muerte.

En los otros fue sustituida legalmente como superiora, pero nunca como administradora, cargo que fue para ella vitalicio. Sin embargo, los médicos, el personal y la gente de fuera seguían llamándola superiora, como veremos más adelante.

El desarrollo del Hospital desde 1915 fue admirable: los muros crecieron, aumentaron las salas y los servicios, y la cantidad de internados se multiplicó varias veces. Cuando ella asumió había lugar para 60 plazas; a su muerte 550 a 600.

El alma de tal desarrollo fue Sor Ludovica, la cual a todo le imprimía la aceleración de su ánimo.

En las obras materiales del Hospital hay que distinguir tres lugares: el Hospital propiamente dicho en La Plata, el Solarium en Mar del Plata y la quinta y capilla en City Bell.

El edificio, como hemos dicho, era una obra precaria cuando Sor Ludovica llega a la ciudad, perteneciente a la Sociedad de Beneficencia, privada.

Sor Ludovica encara paulatinamente su ampliación, para lo cual recaba la ayuda de todos los platenses.

De todas formas —justo es reconocerlo— el verdadero impulso se realiza después de que en 1925 pasó al Gobierno Provincial.

Esto no quiere decir que fuera sólo el Gobierno el que pagara las obras. Como confiesa un ex-ministro de Salud de la Provincia, el Dr. Carlos Alberto Bocalandro, "Sor Ludovica, antes de pedir al Gobierno, apelaba a los corazones de los platenses".

En dicho año encara el pabellón de cirugía, que fue terminado en 1932.

En 1930 inicia el pabellón para lactantes, servicio de garganta, sección para médicos internos, servicio de rayos X, odontología, consultorios externos, farmacia, hall y capilla.

En 1934 efectúa la demolición de antiguas salas de clínica médica y levanta seis salas mejor equipadas y dispuestas para sus enfermitos, llegando a alcanzar una capacidad de 180 camas.

En 1948, el 24 de marzo, el Ministro Bocalandro inaugura dos salas más, en cuya oportunidad, sin que Sor Ludovica lo supiera, se le había preparado un obsequio un crucifijo de marfil con una plaqueta de plata en señal de gratitud, de parte de la esposa del Sr. Gobernador, Sra. Elena C. de Mercante, del Ministro citado y del personal técnico, de todos los cuales se había granjeado el afecto y la simpatía por el celo desplegado.

Quiso para sus enfermos lo mejor, por lo que se empeñó en que todo él estuviera azulejado con material de primera calidad. Los azulejos más famosos eran los de la marca 'San Lorenzo', por lo que equipó con ellos todo el edificio. En una de las ampliaciones le era imposible obtenerlos, por lo que, decidida, se presentó en la casa proveedora —aún la Casa Bellone—.

El dueño le salió ofreciendo otra calidad, aunque el resultado no sería el mismo. Sor Ludovica, con aquella maravillosa intuición que poseía, le encaró y le dijo: "Vd. tiene de esa clase de azulejos 'San Lorenzo', véndamelos, que son para el Hospital de Niños". Y al final, tuvo que sacar del depósito los que le quedaban para entregárselos.

El trato con el constructor podía haberse roto ante más de una oportunidad, pero el tacto y la osadía de Sor Ludovica obviaban cualquier obstáculo. En 1925 convenció al Sr. Antonio Francese a que 'soportara' la construcción, pese al no cumplimiento en término de las obligaciones.

Más adelante hablaremos de un sumario que se le siguió por esta cuestión en la que tuvo que intervenir la Dirección de Higiene de la Provincia.

En realidad no se ajustaba a la ortodoxia de las licitaciones, pero a su modo la construcción nunca se detuvo. Su crédito siempre fue estupendo y su específica modalidad consistía en comprar directamente todo lo necesario, almacenar los materiales que podía. Y cuando había sobrantes, los aplicaba a otras edificaciones y mejoras.

Hay anécdotas tristes en la edificación, que nos cuenta así un testigo.

"En las obras de ampliación y construcción —informa Vicente Bianchi— que se efectuaron por esos años en el establecimiento, Dios quiso que fuesen pocas las desgracias que se produjeron. Una sola víctima fatal. Fue el segundo capataz, muy buen hombre, que cayó de unos quince metros de altura y a las pocas horas falleció. Se llamaba Don Luis Paolini".

"En otra oportunidad la Providencia salvó la tragedia. Unos días antes de fin de semana se comenzó a demoler parte de la vieja construcción y los materiales se fueron depositando en el techo de la bovedilla que cubría el pasillo donde estaban instalados el consultorio externo y el consultorio de otorrinolaringología. El sábado a la mañana en ese espacio se apiñaron alrededor de ciento veinte personas entre niños y familiares de los mismos.

"Al día siguiente, domingo, mientras se celebraba la Misa, un ruido infernal paralizó el oficio. Se había derrumbado el techo de la bovedilla del pasillo y éste quedó materialmente cubierto de escombros. El sacerdote que oficiaba la ceremonia preguntó: "¿no hay víctimas? Pues volvamos a la capilla a continuar con la Santa Misa y dar gracias a Dios, dado que esto que pudo ser una catástrofe se convirtió solamente en un susto".

"Como de costumbre, el personal sin distinción de categorías, masculino y femenino, despejó el lugar y al anochecer sólo quedaba la falta de techo en el pasillo como testigo del derrumbe. Las tareas al día siguiente se desarrollaron con normalidad".

Su previsión le hacía sacar provecho incluso de las contrariedades.

Refiere el mismo testigo, Vicente Bianchi: "En el año 1932, el volcán 'Descabezado' de la vecina República de Chile, por dos o tres días cubrió de cenizas nuestra ciudad. La terraza del pabellón de la construcción nueva se cubrió varias veces de polvo blanco. Inmediatamente se recogía en cuanta lata o recipiente se tenía y el mismo se utilizó muchos meses en reemplazo del polvo limpiador de pisos y vajillas".

Siempre fue preocupación de Sor Ludovica un lugar de clima mejor que el de La Plata para sus pobres enfermitos, principalmente para las dolencias óseas.

Así puso sus ojos en un lugar de Mar del Plata, en la playa de Punta Mogotes, entre el Hotel Gamba y Punta Cantera, donde tuvo que pasar unos días ella por prescripción médica para reponerse con un obligado descanso.

Pero su pretensión hería la susceptibilidad de las familias aristocráticas que veraneaban en la cuidad, pues no aceptaban que se edificara un hospital allí.

Pero la lucha titánica no le arrancó a Sor Ludovica que peleó durante siete años por vencer las resistencias.

Refiere este hecho su primer biógrafo de este modo: "La Superiora se puso en campaña y consiguió unos lotes sobre la misma playa. Arquitectos amigos le dibujan los planos y proyectos. La noticia trasciende. ¿Un solarium para niños enfermos en Mar del Plata, al lado de la playa?, se preguntaron escandalizadas las familias aristocráticas que tienen instaladas sus residencias de veraneo en la Perla del Atlántico... ¡No!".

"Pero ya la Superiora Ludovica está gestionando fondos. El peligro es inminente. Se alían el egoísmo con la ignorancia en una compaña en contra del 'solarium' que se considera demoledora. Argumentaban que la enfermedad de los niñitos internados infectaría las aguas y se contagiaría así a los turistas. Fue una lucha titánica. Ya la creían vencida a la tenaz religiosa. Pero sus razones y sus sentimientos convencieron al Gobernador, el cual se puso de su parte y pudo así obtener justicia".

En consecuencia, en 1939, podía encarar la construcción de lo que se dio en llamar el 'solarium', lugar específico para descanso de los niños. La fracción de playa fue cedida al Hospital por el Poder Ejecutivo con fecha 28 de febrero de 1939, recaída en Fs. 7 del Expediente M-5/39.

También esta obra la encaró sin licitación y le costó más de un disgusto con ciertos gobernantes, que creían que malversaba los subsidios y créditos otorgados por el Gobierno.

Sin embargo, obtuvo para esta obra la ayuda, asimismo, de los platenses y de bienhechores de Mar del Plata, y con la conjunción de todos fue posible ver erigir lo que hoy es orgullo de la ciudad balnearia.

La obra fue inaugurada oficialmente el 17 de enero de 1943 y Sor Ludovica no cabía de contenta. Al lado del Solarium Na. Sa. de la Misericordia, luego designado 'San José', edificó una capilla, pues comprendía que el espíritu era tanto más beneficioso para sanar de una enfermedad.

Los años siguientes la vieron con frecuencia viajar en fines de semana al Solarium cargado el coche con niños enfermos o incluso familiares de los propios niños. Iba a ver lo que necesitaban, les prodigaba cariño y regresaba a La Plata, haciendo un sacrificio inmenso, pues en dos días andaba ochocientos kilómetros y, sin descansar, tornaba a su puesto en el Hospital.

La Hermana María Juanita Pastorino nos narra algunos detalles del principio: "Otro proyecto, siempre con miras de caridad, de ayuda a los demás, fue el de conseguir, como ella sabía hacerlo, un lote en las playas de Mar del Plata, por la zona de Punta Mogotes. El señor Longhinotti nos mandó a su hijo, nos llevó a la Superiora Ludovica y a mí a Mar del Plata para realizar los trámites ante el Intendente de esa ciudad. Durante todo el viaje me pedía que rezara mucho para que el que nos debía atender, que era el Intendente Municipal, fuera benigno con el gran pedido que le llevaba".

"Dios escuchaba sus oraciones, porque el Sr. Intendente nos atendió con gran respeto y deferencia, haciéndonos muchas atenciones, cediéndonos un auto con chófer para que hiciéramos todos los trámites necesarios en esos días. Fuimos hasta Punta Mogotes y hallamos señalados los lotes con estacas".

"Cuando bajábamos del auto la Superiora me decía: "Suor Giovannina, fíjese dónde están los palitos que nos señala para levantar el solario". Se le veía el rostro gozoso, una alegría que inundaba su corazón misericordioso hacia los enfermitos, los pobres, los desamparados, los sin familias".

"Comenzó la obra, consiguiendo ella misma piedras, camiones de Obras Públicas que la trasladasen".

"Hicieron los cimientos, levantaron paredes y, cuando éstas estaban a un metro de altura, los hoteleros, especialmente el Señor Peralta Ramos, que era dueño de una gran parte de los terrenos de Mar del Plata, en compañía de los demás de la zona, empezaron a hacer propaganda periodística contra el solario y contra la Superiora Ludovica. Decían que el Hospital de Niños iba a llevar niños tuberculosos, que iban a tirar el material de desecho al mar e iban a infectar las aguas. Todos los diarios de Mar del Plata propalaban estas malas noticias. Todos hablaban en contra del solario y de Sor Ludovica".

"Pero ella, que era un alma de mucha fe, nos dijo a la Comunidad: 'Hermanas, el diablo anda suelto, todos los diarios hablan mal, en contra del edificio que vamos a levantar para los pobres chiquitos enfermos, debemos rezar mucho nosotras y hagan rezar mucho a los enfermitos en la sala todos los días la jaculatoria: 'Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío'.

"Rezábamos con mucho fervor, Hermanas, enfermos, enfermeras. Los primeros viernes hacía celebrar una Misa al Sagrado Corazón por esta intención".

"Estos hoteleros recurrieron a la Gobernación y obtuvieron eco, pues se dio la orden de que se suspendiera la obra. La Superiora Ludovica tenía mucha fe y en los momentos de mayor contrariedad rezaba mucho y se mantenía serena. Decía: 'el diablo rabia porque esto es obra de Dios, se hace para el bien y por amor a Dios y al prójimo'.

"Después de tener la firme convicción de que el Sagrado Corazón no fallaría, llega la noticia de que quedaba sin efecto el Decreto anterior sobre la suspensión de edificar el solario. La Superiora lloraba de emoción, alabando a Dios".

"Se terminó la obra y todos los meses la Superiora Ludovica iba con una religiosa a llevar los niños que necesitaban climoterapia y sobrealimentación. Cuando regresaban venían tan robustos que sus familiares no los reconocían. También disfru-

taban de este beneficio seminaristas, médicos, enfermeras e hijos necesitados del personal, para quienes hubiera sido imposible hacerlo por sus propios medios".

La obra de City Bell fue también una idea de Sor Ludovica, que se devanaba los sesos por encontrar soluciones a los problemas y por hallar la forma de mejorar la alimentación de sus pequeños.

Así es como obtiene hacia 1936 la cesión de cuatro hectáreas en City Bell que la Policía utilizaba como fuente de pasto para los animales.

Ella, pese a la extrañeza de cuantos observaban su pretensión, tenía ideas bien claras de qué hacer con aquella tierra.

Allí establece una quinta y una chacra, es decir, una huerta para hortalizas y la cría de cerdos y aves, para obtener verduras frescas, huevos y carne de primera calidad que brindar a sus pequeños.

Durante diecinueve años, cuenta un testigo, día por medio, iba personalmente a este lugar, distante unos ocho kilómetros de La Plata, a buscar mercadería.

En su viaje llevaba siempre a los niños a darles un paseo, pues siempre pensaba en todos los detalles.

Al Intendente de La Plata le interesaba por la obra y obtiene de la Municipalidad, entre otras cosas, la cesión del abono de los caballos de la jurisdicción de Villa Elisa en 1960 para la chacra.

Al principio no había en ese lugar ninguna capilla, por lo que de inmediato encara erigir una para los chacareros de la zona. Empieza la obra en 1938 y la ve inaugurada en 1940 y bendecida en 1944. Se trata de la actual Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, cuya propiedad le fue cedida por el Gobierno Provincial al Arzobispado de La Plata, a instancias de Sor Ludovica, el 3 de mayo de 1961, justamente el día aniversario de su profesión religiosa.

Además, allí instituye catequesis para los niños de la zona y encarga a dos Hermanas que anualmente los preparasen para la primera comunión.

Su capacidad previsora le hace siempre encarar la educación integral: cuidar el cuerpo y formar el espíritu.

De nuevo, Sor María Juanita Pastorino nos narra: "Un día se presentó al Señor Longhinotti, funcionario del Ministerio de Salud Pública, para pedirle por su intermedio un terreno para levantar una casa para llevar los enfermitos. Este Señor lo consiguió en City Bell. Enseguida se señalaron los números del lote y allá fuimos ella y yo".

"Encontró un campito baldío y otro lote que estaba sembrado. Había allí un hombre al que la Superiora se dirigió y le preguntó si era suyo. El respondió que no. Entonces le dijo: 'buen señor, cuando termine de levantar la cosecha —tenía sembradas papas— no siembre Vd. más, porque este terreno ha sido dado al Hospital de Niños. Así fue".

"Después la Superiora Ludovica, con grandes esfuerzos, rifas, donaciones, levantó la casita que aún está. Era tanto el fervor que tenía en llevar los chicos a tomar aire puro".

"Pero pensó también en las almas de los pobladores de la zona y pidió permiso a la Curia para levantar una capilla, que fue hermosa y la dedicó al Sagrado Corazón de Jesús".

"Ella era tan generosa, que la ciudadanía platense le respondía con igual generosidad. Los médicos, personal y amigos le regalaron la imagen del Sagrado Corazón que aún hoy está allí en el altar mayor; y un Cristo muy grande que lo colocó en la puerta de atrás de la capilla. Las enfermeras le regalaron copones y el cáliz. Muchos ciudadanos platenses donaron bancos".

"Al principio había un salón y mandaba todas las tardes a dos Hermanas a enseñar el catecismo a los niños, porque esa zona no tenía asistencia espiritual. Las enviaba con bizcochuelos o sandwiches de milanesa preparadas por la cocina del Hospital, ya que los niños iban sin merendar, por ser muy pobres. A fin de año tomaban la Comunión y ella rebosaba de alegría y

de alabanzas a Dios. También se formalizaban muchos matrimonios".

Y pensó en una quinta que proveyese de verduras, frutas, aves y huevos al Hospital. Puso entonces un matrimonio muy bueno, le dio casa y el señor Basilio hacía la quinta, cuidaba las aves y criaba cerdos. Nunca, de esta manera, faltaban huevos frescos para los niños enfermos".

Otras muchas obras materiales encaró Sor Ludovica, pero ella no les daba importancia. Su lema era "Manos a las obras y la mente en Dios" y así surgían como por milagro, donde los hombres pronosticaban el fracaso.

A ella no le importaba el juicio de los hombres, sino el de Dios, por ello ni escuchaba las críticas ni las alabanzas.

Un médico que la conoció bien, el Dr. Santiago Gorostiague, ex ministro por añadidura, confirma que a su iniciativa se debe también la Bóveda que en el Cementerio platense tiene la Congregación de las Hijas de la Misericordia, adonde ella llevó además de las Hermanas, sacerdotes y otros necesitados de cristiana sepultura.

Como se ve por estas frases, también del Dr. Gorostiague: "amó al Hospital sobre todas las cosas y luchó denodadamente para engrandecerlo con capacidad y sin desmayo. Luchó contra los escollos que se opusieron con su tenacidad característica y hasta doblegó sus propias dolencias para el logro de este fin".

CAPITULO IX

SU AMOR A LOS NIÑOS

Sor Ludovica tuvo predilección por los niños, a imitación del Divino Maestro que dijo: "Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt., 19, 14; Lc., 18, 16).

También imitaba a su Madre Fundadora y a tantos otros santos que se preocuparon por los niños especialmente.

Entre las máximas de Santa María Josefa Rossello encontramos estas que conocía de sobra Sor Ludovica.

"Nosotras, Hijas de la Misericordia, no debemos ir al Paraíso solas, sino acompañadas de niños y enfermos que habremos llevado a Dios con nuestra paciencia y nuestra dedicación, pensando que en ellos servimos al mismo Jesús".

"Nuestra dedicación especial sea ayudar al prójimo, especialmente a los niños y a nuestras Hermanas enfermas. Dediquémonos también a los trabajos que poco se tienen en cuenta pero... sea todo por la gloria de Dios".

"Para acoger y educar cristianamente a las pobres niñas abandonadas, todo sacrificio es pequeño. Somos pobres, pero ¿qué importa? La Providencia es rica. Si fuera necesario, para hacerles el bien, nos contentaríamos con pan y sopa, y si esto nos llegara a faltar, iríamos a pedir limosna por amor de Dios".

Sor Ludovica se desvivió toda su vida por los niños. Los amaba entrañablemente, siendo para cada uno de sus enfermitos, sobre todo, una madre amorosa.

Hay muchos testimonios del trato que dio a los niños y hasta dónde llegaba su dedicación. Incluso se preocupó de aquellos

niños abandonados, aunque desde su Hospital, estrictamente hablando, no podía cobijar huérfanos. Hay, sin embargo, casos de niños criados por ella en el Hospital hasta su mayoría de edad, a quienes ayudó incluso a estudiar una carrera.

A ellos dedicó todas sus energías y por ellos soportó incluso humillaciones, como el pedir a unos y a otros, el hacer trámites con los expedientes bajo el brazo, yendo de oficina en oficina, de ministerio en ministerio, e incluso ante el señor Gobernador.

Cuando iba a hacer estos trámites o se llegaba hasta City Bell, llenaba el auto de cuantos chicos podía para que tomaran aire y pasearan.

Y cuando se dirigía al Solarium de Mar del Plata, además de conducir a los niños necesitados de traslado, en más de una oportunidad llevó consigo a la mamá del enfermito residente allí, para que ambos, madre e hijo, se regocijaran.

Nos cuenta el hoy contador Diomedes Sergio Corneli: "Yo viví al amparo de la Superiora Sor María Ludovica. Nací el 8 de febrero de 1919 en la ciudad de La Plata, calle 14 entre 64 y 65, a pocos pasos del Hospital de Niños".

"Mi padre, de nacionalidad italiana, al igual que la Superiora Ludovica, tenía conocimiento de electricidad. Dada su amistad con la superiora, atendía, cuando se lo requería, aparatos eléctricos que se utilizaba para el tratamiento de enfermos de parálisis infantil. Por la cercanía de mi casa con el Hospital y por la relación de mi padre con el mismo, yo conocí a la Madre Superiora desde que tuve uso de razón".

"Por motivos de salud ingresé en calidad de enfermo en el Hospital de Niños el 1 de agosto de 1930, a los once años. Mi madre estaba internada en el Hospital Italiano y fallecía poco después el 13 de setiembre de 1930. Mi padre para esta fecha ya había también fallecido, el 22 de febrero de 1924. Mi madre le había pedido antes de morir a la Superiora que me amparara, pues el único familiar que tenía era un hermano que a la sazón tenía catorce años".

"Atento a ese pedido, continué en el Hospital hasta el 4 de enero de 1945, en que egresé para contraer matrimonio. Vale decir que estuve en contacto directo con la Madre Superiora durante veinticinco años y la seguí frecuentemente hasta su muerte en el Hospital de Niños, razón por la cual estoy en condiciones de atestiguar lo humilde, emprendedora, tesonera, ejecutiva, bondadosa, cariñosa, en fin, todas las cualidades de una excelsa persona".

"¿Qué más puedo decir de esta santa mujer? Que pese a las mil y una travesuras que hice, logró que, primero, terminara la escuela primaria en la Anexa, luego que me recibiera de Perito Mercantil en la Escuela de Comercio y, finalmente, de Contador Público Nacional en la Facultad de Ciencias Económicas, con lo que hoy me gano la vida".

Nos relata otro: "Mi vida se la debo a la Superiora Ludovica. Me llamo Jorge Osvaldo Vega. Nací el 16 de julio de 1949, con dificultades de salud. Le dijeron a mi madre que mi vida estaba en las manos de Dios. Me dejó en el Hospital. Siendo grandecito me dijeron que cuando me dejó en el Hospital ella se fue a Córdoba y allí falleció a poco".

"La Madre Ludovica me cuidaba y me hacía atender. Me llevaba al solario San José de Punta Mogotes, para recuperarme en Mar del Plata y rehabilitarme".

"Pasé mi niñez bajo su mirada. Luego me tuteló la familia Machado. Pero, cuando se enfermó el Sr. Juan Bautista Machado —exvicegobernador de la Provincia de Buenos Aires— la señora de éste me llevó de nuevo al Hospital".

"Quería que la Madre Ludovica me amparase hasta solucionarse su problema familiar. Me recibió dándome los cuidados que necesitaba, hasta que falleció el Sr. Machado el 4 de abril de 1955".

"Aunque luego regresé a la casa de esta familia, periódicamente venía a ver a la Madre Ludovica, la cual siempre me conducía al solario San José de Mar del Plata para cambiar de aire y fortalecerme".

Y otra, Agueda Miguel, expresa: "¿Qué puedo decir de mi querida Superiora Ludovica? Tengo mucho que decir de mi querida Superiora. Fue muy buena, hacía mucha caridad; siempre rodeada de niños, sobre todo, pobres y desamparados".

"Yo la conocí desde que tenía ocho años y entré a trabajar a los catorce. Para mí fue una santa; tuve el privilegio de estar muy cerca de ella. A los ocho años estuve internada y aun cuando poco después mi mamá me llevó a casa, periódicamente me internaba en la sala primera. Una vez estuve internada ocho meses, otra vez nueve y así varias otras, hasta que comencé a trabajar para ayudar a mis padres".

"Como excepción, durante mis internaciones, andaba todo el día levantada y la Superiora Ludovica me había dado un empleo: tener siempre limpio y lustrado el calentador donde se esterilizaban en esa época las jeringas por ebullición. Yo era muy celosa en este empleo y cuidaba muy bien de él. La Superiora era una excelente maestra y nos enseñaba a ser muy prolijas y limpias. Decía que teníamos que aprender a trabajar para el día de mañana".

"En su función tan amplia que desarrollaba —dice la Sra. Aracelis H. Míguez de Galli— estaba también incluida la responsabilidad con los niños que después de restablecidos abandonaban algunos padres por causas diversas, en el Hospital donde habían sido internados para su atención médica".

Confirma esto mismo el Dr. Viviano Oscar Moviglia, que fuera practicante, médico y director del propio Hospital de Niños: "Es muy común que al Hospital concurrieran niños procedentes de hogares de constitución irregular, o también de madres solteras, las que aprovechando la internación de los mismos para su tratamiento desaparecen y, al momento de darles de alta, no concurren a recogerlos".

Estos niños así abandonados eran criados y protegidos directamente por ella, suministrándoles no sólo alimentación adecuada y vestimenta, sino que, una vez llegados los mismos a edad escolar, recibían la educación correspondiente y, ya adul-

tos, los enviaba a colegios secundarios y luego hasta la Universidad o a Escuelas Técnicas de acuerdo con su vocación".

"No dejaba pasar por alto las pequeñas necesidades económicas de los mismos, por los que los ubicaba en tareas específicas y remuneradas, ayudándolos, además, a administrar eficientemente dichos ingresos. De esta manera lograba hombres útiles para la sociedad y, en muchas oportunidades, llegaron a formar hogares que fueron ejemplo de rectitud y católico comportamiento, los que en la actualidad subsisten dando testimonio de ello".

¿Qué mejor cundimiento del ejemplo de Sor Ludovica? ¡Cómo no iba a ser acompañada al morir por tantas almas que ella conquistó para Cristo!

El Señor Raúl Romero, que fue Director General de Administración del Ministerio de Salud de la Provincia, escribe un artículo donde relata anécdotas de la vida de Sor Ludovica. Extraigo la siguiente.

Dos enfermeras comentan cómo hacer para escaparse un rato antes si pueden burlar a la Superiora, para ver una película con un actor famoso. Pero allí cerca estaba Sor Ludovica, quien las interrumpe con toda severidad.

—"¡Che, Porota! A ver si engrupís a la 'gringa" y te escapás un rato antes. Hoy dan un 'fenómeno' en el cine, con Gregory Peck...'.

"La 'gringa', Sor Ludovica, las está escuchando y sale detrás de una puerta: —'¡Qué Porota ni Porota! Srta. Vilches se llama... ¡Ah! y, de paso, cortate los tacos que hacen mucho ruido... si no mañana te los corto yo!... y dejen ese Gregorio para el día 'franco'. No se olviden que aquí, lo primero son los chicos... y si están mal atendidos, estamos todos de más, desde el director hasta el último peón".

Ni aun enferma ella se olvida de sus niños. Refiere el mismo Sr. Romero: "Mar del Plata. Enero. Domingo a la mañana. Me voy al puerto a comprar unos mariscos. En el camino obligado, paso por el Solario San José, del Hospital de Niños. Es temprano,

paro un momento a saludar a las Hermanas y me encuentro con que la Hermana Ludovica (ya viejita) está pasando unos días de descanso. De lejos me la señalan sentada cerca del mar. La veo de espaldas. Me encamino hacia ella, preparando una broma por ser la primera vez que la encuentro sin hacer nada, pero al llegar me quedo callado, mirándola, sonriente: Está tejiendo una batita para sus 'chicos' del Hospital, mientras tararea un hermoso canto, 'Salve, Regina'. "

En la "Semblanza de una religiosa inolvidable", dice su autor, Luis Horacio Velázquez: "Un jornalero trae un muchachito desnutrido. El examen de los médicos arroja un cuadro de bronquitis crónica y comienzo de anemia. El problema de las enfermedades en la niñez, en una enorme proporción, obedece a la miseria de los padres que no pueden proporcionar una alimentación adecuada a sus hijos. Pero es que el país atraviesa una época de holgura económica y los trabajadores son remunerados con salarios tan altos, que su situación económica supera en mucho a la clase media".

"La Superiora pregunta cuál es el salario. —"Treinta y cuatro pesos diarios'. "

—'¿Entonces? El chico no come bananas, ni naranjas, que tienen las vitaminas que necesita... pero seguro que usted no falta los sábados a las carreras... ¡Maldito vicio del juego!'

"El hombre, como herido por una descarga eléctrica, se contrae sobre sí mismo. Es que Sor Ludovica, con esa percepción psicológica extraordinaria ha tocado en la llaga" (o. c., 18-19).

Estos testimonios nos dan una idea de lo que era capaz de hacer por los niños, además de la atención específica cuando se hallaban internados enfermos.

Se desvivía por ellos, de ahí que fuera en oportunidades heroico su esfuerzo, si pensamos la gran labor desplegada en todos los demás rubros de su actividad de providente superiora y madre de todos.

CAPITULO X

SU DESVELO POR LOS ENFERMOS

La preocupación central de Sor Ludovica fue por el niño internado, por el niño sufriente.

Muchos certifican que se preocupaba de que todos cuidaran a los enfermos y de que no antepusieran otras preocupaciones o intereses a esto.

Cuentan los médicos que a veces la luz les sorprendía a la mañana a la vera de la cama del enfermito, sin haber descansado ni el profesional ni Sor Ludovica, quien había velado rezando en silencio por la salud del niño o consolándolo.

En esto también Sor Ludovica imitaba a Cristo, que tanta piedad mostró por quienes, aquejados de sufrimientos, acudían a El.

Tuvo siempre Sor Ludovica en cuenta los consejos de su Madre Fundadora, cuyo lema era "Junto al lecho de los enfermos, sed ángeles de consuelo; y junto a los niños, sed ángeles tutelares". Este era asimismo el lema de Sor Ludovica.

"Cuando vayáis a los hospitales —dice Santa María Josefa Rossello—, hijas queridas, en primer lugar, pedid al Señor os dé su santo Espíritu, sin el cual serían inútiles vuestras obras. Tened un corazón de madre con los enfermos. Consoladlos y acudid presurosos al lado de aquellos que, por la naturaleza de su enfermedad, están más abandonados, y prodigadles todos los cuidados necesarios, sin demostrar repugnancia en ningún momento".

"Os lo repito: sed ángeles junto a los enfermos. Si os ven buenas, mansas, pacientes, generosas, recibirán con fruto vuestros consejos de conformidad y paciencia".

Sor María Celia López, que vivió con ella en comunidad, declara taxativamente: Su preocupación mayor eran los niños internados".

Para ellos trabajó con las obras materiales de la sede del propio Hospital de Niños, con las instalaciones del Solarium y las de City Bell.

Pero, además, se preocupó intensamente por mejorar todos los servicios del Hospital, por aumentar las comodidades de Punta Mogotes, por incrementar la producción de City Bell.

Su preocupación constante era obtener suficientes alimentos para los internados.

Cuenta la Hna. María Celsa López esta anécdota: "Todavía en esa época no se usaba la leche en polvo. Un invierno muy frío y lluvioso, se había terminado el tiempo estipulado por el consumo de leche que estaba licitado. El comerciante que proveía la leche hizo saber con tiempo que él no se presentaría a nueva licitación por la gran dificultad que había para proveer de dicho elemento, a causa del mal tiempo que hacía disminuir el rendimiento de las vacas".

"Llegó el último día del plazo fijado y ningún lechero se presentó a licitación, de modo que al día siguiente no había leche para los niños".

"La Superiora estaba preocupadísima. Se preparó el día anterior y muy temprano salió con el chofer a buscar ella misma quien pudiera proveer de leche".

"El día era lluvioso y muy frío. Llegó el mediodía y la Superiora no volvía al Hospital. Era la tarde y no llegaba tampoco. Todas las Hermanas estaban preocupadísimas, pensando qué le habría pasado, cuando, como a las seis de la tarde, ya oscuro, la vimos llegar, caminando con dificultad y con mucho frío, pero satisfecha porque ya tenía leche para sus niños".

"Por el chofer —filucho— supimos que todo el día lo había pasado en busca de quien proveyera la leche, yendo al Ministerio con un pedido que fue rechazado; volver, y de nuevo buscar

otro; y así recorriendo distancias considerables, hasta conseguir la licitación. Sólo entonces regresó al Hospital".

El que fuera también su chofer, Eusebio Giorgis, nos narra literalmente: "Fui chofer de la Superiora Ludovica. Ella fue una segunda madre para mí. En época de escasez de azúcar, la venta estaba prohibida, pero la Superiora Ludovica siempre conseguía alguien que se la vendiera y que sus niños tuvieran de todo. Me mandó a las cinco de la mañana con un camión a un depósito a buscar veinte bolsas. Era tanta la confianza que me tenía, que había dicho al proveedor, para no comprometerlo por venderle el azúcar, que me entregara la mercadería de noche, que hiciera de cuenta que iba ella personalmente".

"Durante diecinueve años que trabajé en el Hospital, iba día por medio a la quinta de City Bell, le llevaba comestibles para los encargados de la misma y traía verduras, frutas, productos de granja, cerdos, para consumo de los enfermitos y personal del Hospital".

"La vida de la Superiora eran los enfermitos, a quienes deseaba que no les faltara nada, que tuvieran la alimentación adecuada. Fuimos testigos de los niños desamparados que crió, los hizo estudiar y algunos egresaron para casarse".

"Se hacía respetar, era exigente en cuanto se atendiera bien a los enfermitos y se cumpliera con todo lo indicado por los médicos. La Superiora era la madre de todos".

La Hermana María Lilia Tamborini cuenta: "Un año —no recuerdo exactamente— hubo una epidemia en la ciudad de La Plata de parálisis infantil, que incluso prendía en los adultos, en el pulmón, inmovilizando los movimientos diafragmáticos, de modo que morían por asfixia".

"El Hospital de Niños o de la 'mamá Ludovica' era el lazareto de toda La Plata: en aquella tristísima prueba —cuentan nuestras religiosas— los médicos, el personal paramédico, la Superiora y con ella las Hermanas más jóvenes y robustas, durante

una semana se olvidaron que existía el lecho para dormir y el refectorio para alimentarse".

"El Señor no dejó de recompensar el sacrificio, la abnegación, la caridad, el amor de esta anciana Superiora, que, con su ejemplo heroico arrastraba a la comunidad para poder salvar en este instante tan doloroso a todos; sólo uno murió, porque llegó ya al filo de la vida".

Inés Cuomo nos cuenta de su caso como enferma y como enfermera a su lado: "Nacida el 8 de agosto de 1931, conocí a Sor María Ludovica, primero como enferma, pues estuve operada a los nueve años de edad y supe de su cariño y dedicación a los enfermos, de su caridad con los necesitados".

"Con el correr de los años ingresé en el Hospital como enfermera. La Superiora Ludovica fue entonces para mí un ejemplo.

"De ella aprendí los cuidados que se deben prodigar a los enfermitos, el afecto con que se debe tratar a los niños; la responsabilidad, el orden, la disciplina. Fue para muchas enfermeras, como también para mí, una gran consejera espiritual. Cuando la precisamos supimos de su amor y de su bondad".

Esta dedicación a los enfermos lo testimonia también Victoria Noaca de Elorza, que dice: "Fui testigo... de sus sacrificios sin medir dificultades para proveer a los enfermitos de todo lo necesario".

Y afirma Aracelis H. Míguez de Galli: "Su permanente preocupación para que en el Hospital no faltaran alimentos, medicinas, material de curación, instrumental, ropa de cama adecuada para que los enfermitos no se sintieran tan deprimidos y pudieran así sobrellevar su internación, por la falta de familiares o el olvido de los mismos, fue un ejemplo constante. Ella y las Hermanitas brindaban siempre amor y daban alegría y consuelo".

A los cuidados de la alimentación y de la atención propiamente dicha, cuando enfermos, añadía otras ayudas como los juguetes.

Cuenta el mismo Sr. Velázquez que llegó a conocerla por esta anécdota: "Un núcleo de estudiantes platenses que editaban en el Colegio Nacional el periódico 'PROA' (hacia el norte, digno, de lo justo) y con romántica ingenuidad reclamaban en plena adolescencia el derecho a intervenir en los agitados problemas de la vida política de la nación, pensaron en ese invierno de 1931 cómo festejar el 115º aniversario de la independencia argentina".

"La idea en que todos coincidieron fue realizar una colecta de víveres para distribuirlos a los olvidados de la cárcel y el departamento; y solicitar la donación —en todos los bazares y confiterías— de juguetes deteriorados y golosinas para llevarlos a los enfermitos internados en el Hospital de Niños".

"En dos coches de plaza, llegaron los siete muchachos, esa fría tarde del 9 de julio, cargados hasta el pescante. Sala por sala, a cada enfermito, fueron distribuyendo entre el júbilo ruidoso los coloridos regalos, acompañados de la Madre Superiora que, en su alegría por lo inesperado, apenas si podía agradecer de emoción".

"Poco más tarde, en el despacho severo y cordial, sirvió a los jóvenes estudiantes una copita de licor, para ahuyentar el frío. Licor preparado por sus manos. Y les obsequió, como recuerdo, estampas de santos y medallitas bendecidas".

"Así conocimos a Sor Ludovica, la Madre Superiora, aquel lejano y heroico invierno de 1931. Desde entonces, todo lo que se refería a su vida, a sus hechos, a sus obras, lo guardamos celosamente en la memoria. Tal fue la impresión que nos produjo" (o. c., p. 35-36).

Este mismo autor la califica de "reina de abejas" (ídem, 32) y como "un haz de luz que todo lo advierte y lo protege con su aliento" (ídem, 34).

Ella también tuvo esta preocupación de llevar juguetes a los niños internados, al menos anualmente, principalmente por las fiestas navideñas y de Reyes. Así refiere Sor María Lilia Tamborini: "A ella le llegaban por Navidad de todas las fábricas,

centenares de pares de calzados, pantalones, ropa interior, además de juguetes, golosinas, dulces y otros dones de Dios. Tenía una habitación enorme en la cual ponía todo bien discernido y clasificado para después poderlo distribuir a los numerosísimos pobres, grandes y chicos que atendía 'Papá Noel'.

"Un año no llegaban los regalos, por el cambio de ministro, el cual no estaba al tanto de que había que hacer llegar las habituales donaciones con anticipación".

"Viendo ella transcurrir los días sin recibir nada, inició una novena con toda la Comunidad y luego se informó de quién era el nuevo Ministro. Sabido que era de apellido Fiorito, el cual se había casado con una nuestra carísima ex-alumna del Colegio, pidió la dirección y se presentó en casa y, con la habitual humildad, pero seguridad de recibir algo para sus predilectos, le dijo a la señora sin ambages: 'Necesito un favor muy grande, que me hagas 'gancho' con tu esposo. Esta buena hija, conociendo el idioma de la querida Superiora comprende que el vocablo era totalmente errado, pues en vez de 'gancho' debería haber dicho 'gauchada', que significa caridad, cortesía especial. Riendo respondió: 'Es imposible porque mi marido ya está enganchado en matrimonio conmigo, pero la gauchada se la hago enseguida'.

"Llamó al Ministerio y, después de algunos segundos de conversación repitiendo la misma palabra equivocada, resolvió el problema. Encontrándose en una reunión ministerial contó esta anécdota que tuvo tanto suceso, por cuanto aquel año lo que le llegó se había duplicado".

Además de los niños enfermos, su cuidado lo extendía también a las Hermanas enfermas y hasta sacerdotes.

Cuenta Sor María Felicitas: "En aquellos años, las Hermanas enfermas de la Congregación se atendían en este Hospital. La Superiora Ludovica las recibía con mucho cariño, las atendía, encargaba a una religiosa de la Comunidad para sus cuidados, tratamientos médicos, etc., y que fueran atendidas con mucha caridad. A pesar de su intenso trabajo y responsabilidad, en-

contraba tiempo para visitarlas, ver si estaban bien atendidas, si comían bien. La Superiora Ludovica iba personalmente a buscar alguna cosa extra para fortalecerlas y, cuando estaban restableciéndose, las levaba en la camioneta a dar una vuelta por City Bell para tomar aire puro".

Y Sor María Celsa López: "Siendo yo enfermera de la Comunidad, tuve ocasión, más de una vez, de recibir órdenes y también reprimendas de mi muy querida Superiora, respecto del cuidado a las Hermanas enfermas. Eran para ella sagradas, porque decía: 'La Madre Fundadora las llamaba columnas del Instituto'.

"Una vez, entre otras, había una Hermana con una enfermedad muy grave, dehauciada la pobrecita en estado calamitoso. Me llamó en presencia de la Doctora que la atendía para decirme que esa Hermana no debía morir y que dependía su salud de los cuidados que yo le prestara. Tuve mucho miedo y falta de fe en sus palabras y le dije que aquella Hermana tenía ya aspecto de muerte, que cómo la iba yo a mejorar. Entonces, enojada y con mucha energía, me retó y me exhortó a tener confianza en Dios. Y con mucha firmeza me repitió: 'Esa Hermana se va a curar'. Efectivamente, se curó, vive todavía y trabaja mucho".

"Otro caso sucedió con una Hermana joven que hacía muy poco había hecho los primeros votos. Vino una mañana desde Buenos Aires, acompañando a una aspirante que debía reponerse y para que la Superiora la hiciera tratar porque estaba enferma. La Superiora las miró a las dos y sintiendo toser a la Hermana le dijo: 'Usted está más enferma que la aspirante, de modo que queda aquí y la voy a hacer atender'. Efectivamente, la Hermana tenía una lucemia tan avanzada que vivió muy poco tiempo. Murió como una santa. Se llamaba Hermana María Graciela Schinca. Había hecho sus primeros votos el 7 de marzo de 1953. En setiembre del mismo año es cuando la Madre Provincial Sor María Javiera Ruiz la envía a este Hospital para atender a la aspirante".

"Pues bien, la Superiora Ludovica le habla por teléfono a la Madre Provincial para decirle que la Hermana Graciela debía quedarse internada porque ella no la veía bien de salud".

Efectivamente, el 21 de diciembre de 1953, la Hermana Graciela expiró; vale decir, no llegó a hacer su primera renovación de los votos temporales. Eso sí, hizo sus votos perpetuos antes de fallecer, atendida por el Padre Nilo Arriaga, sacerdote jesuita, quien había sido el director espiritual de nuestro Noviciado en San Miguel".

"Estas y otras muchas cosas nos dejaban un sentimiento de profundo respeto y cariño. Sabíamos que la Superiora no tenía instrucción intelectual, que apenas sabía leer; escribir, nunca la vimos hacerlo; sólo sabía firmar; pero tenía sabiduría admirable, que le hacía ver las cosas con una claridad maravillosa, acompañada de una caridad que no conocía obstáculos".

Sor Ludovica aconsejaba la medicina preventiva, como revelan los consejos que daba permanentemente a las madres que acompañaban a sus hijitos.

En una oportunidad —cuenta el Sr. Velázquez— "una madre trae a un niño al Hospital. Hace varios días que está enfermo".

—'Lo tengo empachado, Madre'.

—'¿Por qué lo traes recién?'.

—'Creí que no era nada, Madre, y que se le pasaría'.

—'A los chicos, hija, cualquier cosa que tengan, hay que hacerles ver por el médico, sin esperar tanto'.

—'Sí, Madre. Los hermanitos estuvieron aquí y acá los atendieron...'.

—'¿No te enseñaron, cuando los tuviste enfermos, cómo había que cuidarlos?'.

—'Sí, pero...'.

—'¿Tienes gallinas en casa?'.

—'Sí tengo, Madre...'.

—¿Qué les das a los pollitos, el grano entero o el maíz pisado?'.

—'El maíz pisado, Madre...'.

—'Bueno... sabes criar las gallinas y no sabes criar a tus hijos... Al chico lo estabas matando, ¿sabes?, porque le dabas el grano entero en vez de darle el grano pisado, como a los pollitos... ¿Cuándo vas a aprender?

"La mujer agacha la cabeza, y comprende que tiene bien merecida la amonestación. La recibe como si fuera su propia madre quien la reta". (o. c., p. 16-17).

Era incansable tratándose de sus enfermitos y se olvidaba de sí, de su sueño, de su reposo, de su alimento, silenciando heroicamente incluso sus propios dolores físicos.

Estaba siempre pronta a suplir las negligencias de cualquier enfermera, atentísima a seguir las prescripciones de los médicos, sensible a los sufrimientos de los pequeños pacientes, presurosa en confortarlos.

Los asistía después de las intervenciones quirúrgicas con particular delicadeza y como una verdadera madre trataba de ahorrar a los niños su inútil dolor.

Los niños sabían de su presencia y dulzura, de sus cuidados, de sus desvelos. Y los médicos siempre la tuvieron a su lado, aun no siendo enfermera, pues el amor por años la habían diplomado. Se dice que incluso a menudo el director de cada servicio, al preguntar por el niño enfermo, tenía más en cuenta la opinión de Sor Ludovica, que la del propio médico.

Pasaba a menudo las noches en vela junto a los niños más graves o ante los que lloraban. Este espíritu lo tuvo siempre, incluso durante su propia enfermedad.

Desempeñó todos los oficios, incluso algunos eminentemente técnicos. Cuenta el Dr. Santiago Gorostiague, ex-jefe de cirugía

del Hospital: "Fue enfermera, fue anestesióloga y ayudante de operaciones". Otro tanto lo confirman otros testigos.

Dice a este respecto, el que considero primer biógrafo de Sor Ludovica, el Sr. Velázquez: "Durante años tuvo a su cargo exclusivo y personal la delicadísima tarea de aplicar las anestesias en las operaciones. El personal técnico era escaso".

"Se hubiera dicho que le reprochara a su capacidad el no poder ayudar a la ciencia del cirujano a extirpar del todo y más pronto un gran sufrimiento; entonces exigió para sí la ardua responsabilidad del anestesista. ¡Y cómo lo realizaba! Con la fervorosa y maternal dedicación de ser cada uno de los operados algo suyo". (o. c., 28).

En verdad, "era toda caridad".

CAPITULO XI

MADRE DE CARIDAD

Sor Ludovica, pese a su constante actividad desplegada en favor de los enfermos, no dejó de ser nunca una fiel y observante religiosa.

Es más, la caridad mostrada no era sino el amor que bullía en su corazón por los pobres y desvalidos.

Por ello, tenemos muchos otros ejemplos en que se prodigó sin mirar a quien, excediéndose en sus inmediatos quehaceres dentro del Hospital.

La caridad es el distintivo que permite reconocer a los discípulos de Cristo y la caridad franca, sincera y cordial, es el carisma de toda Hija de Nuestra Señora de la Misericordia.

Por ello, para Sor Ludovica, celosa guardadora de su Regla y de las Máximas de la Santa Madre Fundadora, la caridad estaba por encima de todo.

Así hizo carne en ella sus consejos y fue modelo de religiosas como quería la Madre Rossello, especialmente en este tema.

Ejercitó la caridad aun en los más pequeños detalles de su vida. Sus modales eran de paz, de benevolencia, simpatía y afecto.

Reía y hacía reir, pero también lloraba con los tristes. No tuvo ojos para remarcar los defectos del prójimo, sino para disimularlos, sin que ello supusiera complaciente tolerancia con lo que se podía corregir o con los que veía obrar con maldad. Fue amorosa con sus Hermanas, pero exigente al mismo tiempo, dando siempre ella el ejemplo.

Siempre tuvo en cuenta que la auténtica caridad no es verdadera sin sacrificio.

La caridad no fue para ella sólo externa, por lo cual añadía siempre las obras de misericordia espirituales a las temporales. Rogaba con lágrimas por la salud de los enfermos y por la solución de los problemas ajenos, con inmensa fe y confianza que comunicaba a las demás Hermanas y a quienes tenían relación con ella.

Ya lo había dicho antes la Madre Rossello: "Hijas mías, recordemos que somo Hijas de la Misericordia y que, como tales, debemos consagrarnos a la práctica de las obras de misericordia corporales y espirituales, con negación y santo entusiasmo".

Y esta otra máxima suya: "Se necesita mucho amor para convivir con los demás. Trabajemos por el prójimo sin descanso. Ya llegará el tiempo del reposo; y dichosas nosotras si, por haber trabajado por los demás, abreviáramos nuestra vida".

Muchos testimonios y anécdotas marcan esta virtud.

Expresa el Señor Arzobispo Antonio José Plaza, que fue su Arzobispo entre 1955 y el año de su muerte, y la conocía de sus años de seminarista, profesor y rector del Seminario: "Como religiosa era modelo y en especial verdadera hija de Nuestra Señora de la Misericordia, pues consagró su vida a la caridad y al servicio de los demás".

En efecto, era una religiosa auténtica y llena de sencilla humildad. Se tenía por muy poca cosa, servidora de Dios e instrumento de El para hacer el bien. De ahí el sumo respeto para los que ella creía superiores, sacerdotes y obispos. Su trato fue siempre muy afable, pidiendo con verdadera humildad las cosas y accediendo con encendido amor cuando se las pedían a ella".

Se expresa de esta forma Sor María Natalina: "Tenía mucho amor a su Instituto. Siempre la oíamos decir: 'Amemos a nuestro Instituto, trabajemos por las almas que es lo qne nuestra Santa Madre Fundadora nos recomendó siempre'. En cuanto

a su cargo de Superiora, recuerdo que nunca nos reprendía ásperamente, sino con caridad y amor. Enseñaba a las Hermanas jóvenes que no dejaran nunca de ponerse siempre en la presencia de Dios y rezar muchas jaculatorias mientras se estaba trabajando, atendiendo a los efermitos, pues, decia, en ellos vemos a Jesús Niño. Atendámoslo lo mejor que podamos, no faltemos a la caridad. Así era ella misma, muy caritativa con los enfermos. Esto lo cumplía hasta haciendo muchos sacrificios en silencio que sólo Dios veía".

"La Superiora Ludovica fue una excelente maestra de humildad para enseñar a los que la rodeaban. Ella se ponía a hacer las cosas más sencillas como, por ejemplo, pelar frutas, limpiar las verduras. No mandaba, pero su ejemplo era como un mandato. Los que estábamos con ella poníamos manos a la obra. Nos enseñaba que no se fuera a perder nada, que los niños enfermos necesitaban cosas buenas y frescas".

"Se preocupaba mucho de su cargo de Administradora y Superiora. Una vez que nadie le quería vender leña para la cocina, pues en esa época aún era a leña el fuego, para que no le hicieran mal al vendedoh, le dijo que la trajera de noche y así lo hizo. Lo supimos al día siguientes cuando teníamos lleno el galpón. Quedó tan agradecida al vendedor que nos decía: 'Ese señor merece el cielo por la gran caridad que tuvo para con los chicos enfermos' ".

También lo confirma Sor María Celsa López, que vivió con ella: "Su trato familiar era muy agradable, gozaba en las horas de recreación, con la alegría, cantos y algazara de las Hermanas jóvenes".

"Algunas veces pedía silencio y nos comunicaba algo de sus tareas, como por ejemplo: 'Hermanas, recen por mí, por la gran responsabilidad que tengo, con tanto dinero, del que tengo que dar cuenta a Dios', y decía a continuación la cantidad de dinero'. Si ustedes no me ayudan, ¿Qué voy a hacer? ¡'Pobre de mí'! Con lo cual nos mostraba su aprecio y el cariño que nos tenía, de modo que hubiéramos dado la vida por ella, por ayudarla".

"Siempre me impresionó la Superiora Ludovica por el trato amable, un tanto serio, que nos prodigaba a las Hermanas. Nunca parecía enojada, aun cuando nos retara. Por lo general sus retos eran diciéndonos: 'Pobre de mí, qué Hermana tengo yo para que me ayude...'. Pero siempre terminaba como una madre que corrige a su hija, de modo que una quedaba contenta. Era notable el amor que nos tenía. Se fijaba hasta en lo más mínimo, sobre todo en cuanto a la salud. Nos mandaba alimentos extras, pero si ella recibía algo extra en la comida lo rechazaba y lo repartía entre las Hermanas".

"Su gran preocupación por las Hermanas enfermas, que venían de otras casas, era grandísima. La visitaba muchas veces al día, hablaba con los médicos, se la encargaba a la Hermana enfermera, recomendándole muchísimo su cuidado. Decía: 'Es una Hermana y nuestro Instituto la necesita mucho'. Además ella corría con todos los gastos".

"Igual caridad usaba con los sacerdotes y seminaristas enfermos y, hasta después de muertos, dándoles sepultura".

Confirma Su Excia. Revdma. Antonio José Plaza: "A sus hermanas las religiosas, siempre las tuvo mucho afecto, en especial a las más jóvenes, en quienes veía la esperanza de la respectiva Congregación".

Sor María Lilia Tamborini nos narra así el cuidado que tuvo de aquella Hermana Graciela en la que descubrió la enfermedad y que sintetizáramos en el capítulo anterior.

"Iluminada por el Espíritu Santo había comprendido que esta joven religiosa estaba afectada de una gravísima enfermedad que en pocos días la llevaría a la tumba. Al día siguiente ordenó que le hicieran un hemocromo y resultó que la leucemia estaba tan avanzada, que pese a las transfusiones y los solícitos y amorosísimos cuidados de ocho días, no consiguieron dominar".

"Yo tuve la dicha de velarla durante las noches, y me edificaba la delicadísima caridad de la silenciosa Superiora, que aparecía a menudo en la pieza para informarse de la enferma y para ofrecerse para sustituirme, a fin de que pudiera cerrar los ojos y reposar un

poco, sabiendo que durante el día daba clase desde las siete y media a las cinco de la tarde. Yo tenía escrúpulos, pero ante su maternal firmeza, cedía, pero no podía dormir. Escuchaba aquellas religiosas palabras de oferta que ella sugería a las jóvenes sufrientes, recitando con ella lentamente a la Virgen e invitándola a ofrecer todo por los sacerdotes, por sus médicos y por la conversión de los pecadores".

"El mal avanzaba galopando, se le rompían las venas y manchas negras se le formaban en todo el cuerpo".

"Parecía que justo escogiese todas las delicadezas para demostrar a Sor Graciela Schinca, a la que ciertamente a través de ella amaba el Señor con predilección, y aun humanamente quería demostrarle de sustituir el afeto de la familia".

"Pidió hacer los votos perpetuos antes de morir. Aquel día todo el Hospital estuvo de fiesta. Se la llevó en brazos, como si fuese una hijita, a la pequeña capilla preparada como para una fiesta, e hizo su donación total a Cristo, recibiendo los Santos Sacramentos y pronunciando la fórmula de los votos".

"La mañana en que expiró, ya estaba llena de tapones en las orejas, en la nariz. La dejé a la misma hora, antes de las seis de la mañana, habiéndole antes preguntado si quería que me quedara aún. Con un abrazo nos entrelazamos ambas. Sentía que Jesús venía a llamarla. Estaba serena, pronta para el último paso terreno. Era muy hermosa, y sus ojos negrísimos irradiaban gloria sobrenatural. 'Hasta el cielo', me dijo, y con un último beso me hizo señas de que me fuera. La Superiora me sustituyó. Le suplicó que se sentara sobre su cama. Le pidió tomar una taza de café y leche con algún bizcochito. Cuando la Superiora retornó, había expirado. Su sonrisa irradiaba la felicidad. Aquellos ocho días habían sido para ella la síntesis, la realidad y la maduración en la santidad. La caridad de la buena Superiora la había formado para la eternidad".

Pero no sólo mostraba caridad a sus Hermanas de religión.

Cuenta María T. Coscarelli: "¿Cómo no recordar a la Superiora Ludovica, si a ella le debo, en este Hospital de Niños, mi nombramiento?".

"Me presenté a ella hace exactamente treinta y cinco años, y aún me encuentro trabajando en dicho Hospital. Me parece verla con su tan característica forma de hablar, diciéndome: 'ma miquite, esto no es para vos; mucho arreglo y aquí se viene a trabajar'. —'Sí, Superiora, estoy dispuesta a ello, se lo aseguro'. —'Bueno, me dijo, como te mandó el Señor Ferrari te vamos a probar. Te mando a cirugía con la Hermana Eugenia y, si aprendés, te quedás'. Parece que aprendí pues todavía —1985— estoy en el Hospital".

"Decir algo de la Superiora es muy fácil y difícil a la vez, pues todo parece poco; pero comenzaré contando que, hallándose una hermana mía grave de una operación de urgencia y, enterándose Sor Ludovica, no solamente me dio permiso para faltar al Hospital —1952, aun cuando en esos tiempos había poco personal—, sino que significó para mí un alivio espiritual. Además no dejó un solo día de hablar por teléfono para enterarse del estado de salud de mi hermana y, además, me proveyó de todos los antibióticos que mi hermana necesitaba. Esto no lo olvidaré jamás".

"Otra cosa que siempre quedó grabada en mi memoria respecto de ella era que siempre tenía un inmenso y largo bolsillo, siempre listo para ayudar a todos los que necesitaran. En él cabían muchas cosas además de dinero: medallitas, chupetes, estampitas, medicamentos... aunque parezca mentira, llevaba tantas cosas allí".

La señora Victoria Noaca de Elorza refiere: "Conocí a la Madre Ludovica en el año 1935. ¿Qué podría decir de ella? Que era una santa aquí en la tierra: por su caridad extraordinaria, por su paciencia, por su bondad, por su dulzura para aconsejarnos y consolar a las mamás que acudíamos al Hospital preguntando por la salud de nuestros hijos. Yo tuve dos hijos a los cuales atendí siempre en el Hospital de Niños".

"La Madre Ludovica siempre tenía una palabra para consolar y darnos a las madres esperanza cuando teníamos a nuestros hijos enfermos y los médicos no se encontraban en aquellos momentos. Su presencia no nos permitía estar tristes y desconsoladas por ello, pues a su lado y al ver que recurría a solucionar nuestros problemas, sentíamos una protección especial".

"Por mi asiduidad al Hospital tuve contacto y trato personal con la Madre Ludovica. Fui testigo de su caridad hacia los niños desamparados; de sus sacrificios sin medir dificultades para proveer a los enfermitos y a todos los necesitados de lo necesario".

Agueda Miguel narra cómo atendía incluso a los de fuera del Hospital: "A la vuelta del Hospital, había un anciano abandonado. Estaba solito. La Superiora Ludovica se enteró. Fue a verlo y me llevó a mí para que la acompañara. Le llevó una canastita de alimentos, se cercioró de la situación y, luego, mandaba todos los días a un empleado para que le alcanzara la comida y lo auxiliara en sus necesidades".

"Conocí, también, a la familia Artigues, que vivía enfrente del Hospital, familia de muy buena posición que, por razones políticas, quedaron muy pobres, sin tener de qué comer. La Superiora Ludovica, con mucha reserva, les hacía llegar la comida, con tanta delicadeza y prudencia además, que no sufrieran ni se enteraran los vecinos y empleados".

"La Superiora Ludovica era excepcional. En cada familia en que veía un drama, allí estaba ella para solucionar problemas familiares, unir matrimonios, socorrer a los hijos, etc.".

Esta actitud nos la cuenta otra testigo de esta manera. La Hermana María Encarnación Cosoli: "La Superiora Ludovica iba a la cocina también y de la comida que preparaban hacía una olla para sus pobres también, con las cosas que le donaban. Después alrededor de las once ya la tenía distribuida en las ollitas para entregarlas y, para evitarles vergüenza a las personas que debían venir a buscarlas, ella misma las distribuía en el mateo: no hacía más que tocar el timbre, dejarlas y seguir a la otra casa. Esto ocurrió, sobre todo, en el año 1934, con gente que había estado en muy buena posición, vinculada con el Hospital y que por circunstancias políticas había empobrecido y no tenían qué comer".

"Esto se supo mucho después, porque ella no lo mencionaba jamás. Lo refirió el señor que manejaba el mateo a las Hermanas".

Josefa Muabre nos relata lo ocurrido con su madre y su familia: "Mi madre, fallecida, y mis tres hermanas conocimos a la

Madre Superiora Ludovica por ser del barrio. Hasta la fecha vivo en la misma casa, a una cuadra del Hospital".

"Mi hermano Rafael Cayetano era taxista y siempre permanecía con su coche enfrente del Hospital. El la llevó muchas veces con su coche a realizar trámites cuando el coche del Hospital estaba en arreglos. Ella llamaba a mi hermano 'pan de Dios'.

"Puedo testimoniar que la Madre Ludovica era buenísima, aunque enérgica y exigente cuando era necesario para el buen funcionamiento del Hospital. Servicial, se preocupaba por las necesidades de los demás; tenía mucha caridad".

"Cuando falleció mamá, el 23 de mayo de 1959, yo le puse de mortaja un vestido azul fuerte con botones de perlas, sin acomodar bien su cuerpo. La Superiora Ludovica vino a casa a presentar sus condolencias y a rezar y le pareció que no estaba bien arreglada en el cajón. Así me dijo: 'Ma, miquita, vamos a acomodarla bien'. Le sacó el cinturón del vestido, sujetándole con él las piernas; le sacó las perlas para que quedara más decorosa en la cámara mortuoria. Esto demuestra, primero, el gran respeto que tenía también por los difuntos y, segundo, la caridad para conmigo, que me encontraba ante esta situación dolorosa y sin experiencia. Acompañó a nuestra familia, rezó el Santo Rosario; llamó al sacerdote para que despidiera sus restos con un responso".

"Ella en toda ocasión encontraba oportunidad para prestar su servicio personal. Toda la gente la quería muchísimo por su exquisita caridad. Ayudaba sin cansancio a todos los niños enfermos y familias necesitadas. Doy fe de todo por haberlo vivido y palpado personalmente".

La virtud que resplandeció en ella era, pues, la caridad. Hacía el bien sin discriminaciones de categorías sociales, manifestando con ello su amor a Dios y al prójimo.

Dice la que por veinticinco años fue su secretaria, Ana María Grattoni: "Jamás la vi claudicar, menos aun frente a las muchas dificultades. Enterada por las Hermanas de la Congregación de las muchas noches robadas al descanso, la observé, otros tantos

días, asumir su trabajo con una asombrosa vitalidad. Una fuerza interior daba a su espíritu —siempre en diálogo con Dios Nuestro Señor— la fortaleza física para encarar los problemas cotidianos que querían minar su salud sin lograrlo nunca".

"Ofrecía su voluntad sin una queja. Por e lcontrario, ejercitaba, como un mandato silencioso ysuperior, la ternura, la consideración hacia el prójimo y la humilde y constante forma de atender y amar a sus semejantes".

En suma, fue modelo de Hija de Nuestra Señora de la Misericordia y el amor al Instituto lo legó a sus Hermanas. Para ella el modelo amado que imitar era la Santa Madre Fundadora.

Sus votos y Constituciones eran el fundamento y guía de su fidelidad religiosa.

Veneraba con una piedad y obediencia inigualable a sus Superioras Mayores.

Y este ejemplo cundía. Cuenta Sor María Encarnación Cosoli: Supo darnos, transmitirnos el amor al Instituto, amor y respeto a los Superiores. Lo que decía el Superior era palabra de Dios.

Y se oía a las que fueron sus subordinadas: "Si no somos buenas no es porque nos falte la guía de la Superiora; es únicamente por nuestra negligencia".

CAPITULO XII

SU PIEDAD

La piedad de Sor Ludovica no fue sólo exterior, sino principalmente interior, esto es, fue piadosa en su alma, en su corazón, más que de palabras y actos externos.

De todas maneras la veremos no descuidar las prácticas externas y la oración mental, aunque a veces hizo referencias a que no le quedaba mucho tiempo para su oración personal, lo que extrañaba a quienes presenciaban que toda ella era oración viviente que predicaba con su ejemplo y que hacia sólo la voluntad de Dios.

A ella, pues, bien formada en sus deberes, no le dolía "dejar a Dios por Dios", es decir, omitir alguna devoción externa por un acto de caridad hacia el prójimo. Su lema era: "Manos a la acción y la mente en Dios". ¿Qué mejor oración que ésa?

De todas formas su confesión era frecuente, su amor a la Eucaristía y al culto acendrado y reverente, deteniéndose de modo especial en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Pasión de Cristo; su cumplimiento de la Santa Misa, infaltable y lleno de adoración; su devoción a la Santísima Virgen, en especial a Nuestra Señora de la Misericordia, amorosamente filial; su confianza en el Patrocinio de San José, ilimitada; su amor y entusiasmo por su Madre Fundadora, Santa María Josefa Rossello, imitable.

Claros ejemplos de esto son el haber erigido la Capilla —hoy Parroquia— en City Bell, dedicada al Sagrado Corazón de Jesús; haber puesto el Solario de Mar del Plata bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Misericordia y luego del de San José; las

referencias continuas a la esperanza en la Santísima Virgen y a los ejemplos de su Santa Madre Fundadora.

Veamos los testimonios de quienes la conocieron.

Nos dicen sus Hermanas: "La devoción ardiente a la Santísima Eucaristía fue el foco que alimentaba tanta llama. Era la primera a la mañana en la adoración al Tabernáculo, al cual retornaba frecuentemente durante el día, por tratarse del Dios con nosotros. Exigía y se preocupaba en toda forma posible de que el Sacrificio Eucarístico fuese celebrado con el máximo esplendor y de que todo en las capillas del Hospital, de Punta Mogotes y de City Bell, fuese digno y decoroso: la lámpara, las flores frescas, los ornamentos. En cuanto tuvo conocimiento de la facultad de celebrar la Misa vespertina, enseguida tomó los recaudos para que tal Misa se celebrase en la capilla del Hospital, para ventaja de quien tenía dificultad de participar el día de fiesta".

"Preparaba con entusiasmo, siempre renovado, las primeras Comuniones. Proveía a los que iban a comulgar de los vestidos y de otras cosas pertinentes: libros, imágenes, medallas. Pensaba incluso en el chocolate".

"Al lado de la devoción eucarística, la contemplación en la Pasión de Cristo. Cada mañana, antes de la segunda campana, recorría en plegaria y meditación las estaciones del Vía Crucis. De aquí extraía ella la fuerza para superar las innumerables pruebas sufridas durante su larga vida: injusticias de parte del Gobierno, enfermedad del cuerpo y aquellos sufrimientos escondidos a los ojos de los hombres, pero conocidos a Dios, a Dios solo".

"La Superiora Ludovica, hija de la Madre de Misericordia, fue tiernísima en su amor por Ella: El Rosario era la compañía de su vida; lo tenía siempre en mano; a todos distribuía imágenes, medallas y objetos de devoción mariana, porque quería que todos conocieran y amaran a la Santísima Virgen. En las largas horas de vigilia de su larga enfermedad, las Hermanas la sorprendían siempre con la corona del Rosario entre las manos. Mos-

traba su amor a la Santísima Virgen aun con el espíritu de penitencia y de devoción con que visitaba, cuando le era posible, los santuarios marianos".

En efecto, todos recuerdan las peregrinaciones que hacía con todo el personal del Hospital al Santuario Nacional de Nuestra Señora de Luján. Recuerdan su alegría, el espíritu de familia de todo el grupo, el bien que les hacía la peregrinación, tanto espiritual como moralmente.

Sor María Felicitas atestigua: "La Superiora Ludovica era una religiosa de mucha fe; no vacilaba en hacer obras, porque obraba con fe. A pesar de su mucho trabajo, por ser la administradora del Hospital, encontraba tiempo para hacer muchas visitas a Jesús Sacramentado y ponerse en comunicación con el Señor y la Santísima Virgen a la que tenía mucha devoción. Estaba siempre con el Rosario en las manos; cruzaba el hall, iba a la administración o recorría el Hospital deslizando las cuentas del Rosario entre sus manos. Encontraba tiempo para estar en los actos de comunidad y dar algún consejo, aunque predicaba más con el ejemplo que con la palabra".

"Antes había muchas fiestas de precepto, se hacían las novenas, se celebraban con solemnidad y devoción; lo mismo el mes del Sagrado Corazón de Jesús, el mes del Rosario, el mes de María. En las procesiones era la primera en salir acompañada de un buen Grupo de enfermeras y de algunas Hermanas".

La que fuera su secretaria, Ana María Grattoni, confirma: "Lo que yo puedo decir, habiendo tenido el honor de vivir tan cerca de ella, es que era una mujer profundamente piadosa, que supo vivir fielmente el Evangelio, en el trabajo cotidiano y en el sacrificio de su obra trascendente, humilde y silenciosa.

La que fue su protegida y empleada, Agueda Miguel, reitera: "Siendo yo empleada como encargada de la capilla, puedo asegurar que la Superiora Ludovica se preocupaba mucho del decoro de la misma, queriendo que todo estuviera bien blanco y brillante".

"Era muy piadosa, se hacía tiempo e iba a la Capilla y, arrodillada en el comulgatorio, rezaba el Rosario. Las fiestas religiosas se celebraban con toda solemnidad. Ella estaba siempre presente en las vísperas de las mismas para todos los preparativos".

Y otra que trabajó en el Hospital hasta su jubilación, Hedibia Berreta: "La Superiora Ludovica era piadosa, siempre pasaba entre sus dedos las cuentas del Rosario y sus labios pronunciaban las Avemarías mientras viajaba, caminaba por el Hospital, etc. Tenía mucha devoción a la Santísima Virgen, al Sagrado Corazón".

"Se preocupaba del cuidado y limpieza de la capilla del Hospital, que todo estuviera en orden y las flores bien arregladas en los floreros, que tuvieran siempr el agua fresca y limpia".

"Como he dicho, le tenía mucha devoción al Sagrado Corazón, tanto que en la quinta que consiguió en la localidad de City Bell, hizo una capilla bajo su advocación, la hoy Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Mandaba a la Hermana que hacía de serena, por las tardes, a enseñar catecismo a los niños pobres, aunque en ese entonces era todo descampado, con pocos recursos en la zona. Ella iba también con frecuencia".

A unos les llamaba la atención los rosarios que rezaban en comunidad por los enfermitos y por el personal.

A otros el permanente testimonio de su piedad. Cuenta a este respecto Jorge Osvaldo Vega: "Yo era chiquito y me llevaba con ella a la capilla; rezaba el Rosario; yo permanecía arrodilladito y miraba cómo ella rezaba, pues yo todavía no sabía hacerlo".

La Hermana María Encarnación Cosoli nos confirma que también instaba a hacer lo que ella practicaba: "Nos decía que no dejáramos la oración, que amáramos a todos, a la Congregación, a la Eucaristía —ella decía siempre el Santísimo Sacramento—. Inculcaba la devoción a María, el respeto y la caridad entre nosotros, que nos supiéramos disculpar, que nos supiéramos amar, que no dejáramos nunca de rezar el Rosario, el

"Era muy piadosa, se hacía tiempo e iba a la Capilla y, arrodillada en el comulgatorio, rezaba el Rosario. Las fiestas religiosas se celebraban con toda solemnidad. Ella estaba siempre presente en las vísperas de las mismas para todos los preparativos".

Y otra que trabajó en el Hospital hasta su jubilación, Hedibia Berreta: "La Superiora Ludovica era piadosa, siempre pasaba entre sus dedos las cuentas del Rosario y sus labios pronunciaban las Avemarías mientras viajaba, caminaba por el Hospital, etc. Tenía mucha devoción a la Santísima Virgen, al Sagrado Corazón".

"Se preocupaba del cuidado y limpieza de la capilla del Hospital, que todo estuviera en orden y las flores bien arregladas en los floreros, que tuvieran siempr el agua fresca y limpia".

"Como he dicho, le tenía mucha devoción al Sagrado Corazón, tanto que en la quinta que consiguió en la localidad de City Bell, hizo una capilla bajo su advocación, la hoy Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Mandaba a la Hermana que hacía de serena, por las tardes, a enseñar catecismo a los niños pobres, aunque en ese entonces era todo descampado, con pocos recursos en la zona. Ella iba también con frecuencia".

A unos les llamaba la atención los rosarios que rezaban en comunidad por los enfermitos y por el personal.

A otros el permanente testimonio de su piedad. Cuenta a este respecto Jorge Osvaldo Vega: "Yo era chiquito y me llevaba con ella a la capilla; rezaba el Rosario; yo permanecía arrodilladito y miraba cómo ella rezaba, pues yo todavía no sabía hacerlo".

La Hermana María Encarnación Cosoli nos confirma que también instaba a hacer lo que ella practicaba: "Nos decía que no dejáramos la oración, que amáramos a todos, a la Congregación, a la Eucaristía —ella decía siempre el Santísimo Sacramento—. Inculcaba la devoción a María, el respeto y la caridad entre nosotros, que nos supiéramos disculpar, que nos supiéramos amar, que no dejáramos nunca de rezar el Rosario, el

Vía Crucis, la meditación, pues esto tenía que llevar nuestra alma a Dios; que debíamos renunciar a cualquier cosa, antes que dejar nuestra vida de comunidad y la unión ntre nosotras. Todo lo hacía y decía con mucha naturalidad". Realmente, como dice esta religiosa: Era "una mujer toda de Dios, aun en las cosas más pequeñas, las más simples y las más grandes".

Quien fuera director general de administración dei Ministerio de Salud, el Sr. Raúl Romero, cuenta esta anécdota: "Ya confirmada en el cargo de dministrador la Hermana Ludovica, concurre con los restantes administradores sanitarios de La Plata a la conferencia qu daban en el Ministerio funcionarios de la Dirección de Administración, presentando el Régimen administrativo contable, que se implanta en toda la Provincia y que subsiste hasta hoy".

"Por coincidencia me siento al lado de Sor Ludovica, quien aparenta prestar atención a las explicaciones de los 'genios contables', pero veo un pequeño movimiento de sus dedos, medio ocultos entre los pliegues de su hábito: está rezando y va corriendo las cuentas del Rosario".

"Terminada la conferencia, por cierto bien pesada: inventario codificado, partidas de crédito, imputaciones preventivas y definitivas, órdenes de compra, registro de proveedores, de pagos, de liquidaciones y cantidad de requisitos más, trato de animar a la Hermana con palabras adccuadas, pero con toda sencillez y con la mayor franqueza me responde:

—'¡Mio caro Don Romero, non ho capito niente! (= Mi querido Don Romero, no he entendido nada).

—'Pero, Hermana, ponga atención. El nuevo régimen es obligatorio para todas las administraciones'.

—'Sí, ya sé... ya sé... Pero ío tengo quiene se ocupa di questa cosa...'.

"Y sin agregar más palabras, veo que acaricia con su mano el crucifijo que tiene sobre el pecho".

"No me animo a emitir opinión sobre este asunto tan delicado, ni puedo imaginarme a Cristo haciendo los registros contables. Lo que sí puedo asegurar es que, en más de veinte años posteriores a ese momento, la administración del Hospital a cargo de la Hermana Ludovica, siguió siendo perfecta hasta en los más mínimos detalles. ¿Hasta dónde podrá llegar el poder de la oración?".

Insisten las Hermanas que la conocieron en que era un alma de mucha oración. Dice Sor María Juanita Pastorino: "Nuestra querida Superiora Ludovica era un alma de mucha oración y vida interior. Muchas veces, cuando iba a hacer una visita a la capilla, la encontré rezando, con mucho fervor, cerca del Sagrario, arrodillada en el comulgatorio, pasando las cuentas del Rosario".

"Sus devociones eran a la Santísima Virgen; a la Eucaristía; a nuestra Santa Madre Fundadora; al Sagrado Corazón. Amaba mucho a San José, nuestro protector. Cuando se celebraban algunas de estas fiestas, muchas veces ella misma ayudaba a la Hermana sacristana a arreglar el altar, porque le gustaba que estuviera adornado con muchas flores, como señal de alabanza, honor, respeto a la Casa de Dios. Quería, en particular, que el Sagrario estuviera siempre con flores frescas, que el agua de las mismas se cambiara todos los días. Las veces que fue a Italia, lo primero que sacaba a su regreso eran ornamentos y objetos para el culto".

Y otra, Sor María Natividad Visconti, refiere sus recomendaciones: "Los consejos a las Hermanas eran: la obediencia, el amor a Dios y al prójimo que fuéramos muy amantes de la pobreza. Nosotras teníamos el ejemplo en ella; veíamos cómo vivía la pobreza, la amaba; cómo era su desprendimiento de las cosas. Tenía su habitación, su ajuar necesario, zurcido, humilde; los santos hábitos limpios, sí, sin ninguna mancha, pero arreglados y zurcidos".

Y aún la Hermana Marta Dimele: "Sus grandes amores: la Santísima Virgen, San José, nuestra Madre Fundadora, su niñito Jesús —centenario— que se veneraba todo el año en la capilla, el cual tenía un lugar preferido. Encomendaba a los niñitos en-

fermos que fueran a visitarlo y a rezarle. Cuando se lo hurtaron, lloró. Festejaba su fiesta el 1º de junio, día en que se lo habían regalado. Lo tenía por milagroso y no se retiraba a descansar sin hacerle su última visita".

En las cartas que por su mano o con ayuda de otras personas enviaba a sus familiares, les pide que recen por ella.

Y a su vez, en el testimonio rendido por su sobrina Elisa De Angelis de Petrocco, nos cuenta que las veces que fue a visitarlos (1935, 1950 y 1956), sus paseos eran a la Iglesia y a casa de sus parientes. "Rezaba de continuo y decía que prefería ir temprano a la cama, porque a la mañana se debía levantar de madrugada para orar, pues el día anterior había rezado poco '.

Es que Sor Ludovica, teniendo en cuenta las máximas de la Madre Fundadora, pensaba que no era nada y ninguna obra de bien podía hacer sin la ayuda del Señor, para lo cual oraba constantemente que la asistiera y no la abandonara para no errar.

CAPITULO XIII

SU CELO POR LA IGLESIA

Como extensión de su piedad, está su celo por la Iglesia. Tanto por la Iglesia como institución divina, como por la jerarquía y por el templo, casa de Dios.

Ser cristiano significa pertenecer al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, por ello resultaría contradictorio ser cristiano fuera de la Iglesia.

Sor Ludovica entendió esto siempre muy bien y por ello confiaba en la comunión de los santos.

Se hizo religiosa de una Congregación que entiende por don del Espíritu Santo el carisma de la misericordia y, como su Fundadora, practicándolo cumplió con su misión en la Iglesia.

Mediante este carisma y el estricto cumplimiento de los votos y lo aconsejado por las Constituciones, Sor Ludovica buscó la propia santificación.

Por ello recoge de su Fundadora, y lleva a la práctica, docilidad al Espíritu que guía a las religiosas por el camino del proyecto evangélico; atención a los signos de los tiempos, a fin de traducir el carisma en servicio; inserción en la Iglesia y fidelidad a la sagrada jerarquía, identificando los intereses particulares y del Instituto con los de la Iglesia.

Sor Ludovica predicó la Verdad Revelada con la palabra y con el ejemplo. Personalmente impartió catecismo a los niños y se preocupó de que otras Hermanas mejor formadas lo hicieran.

Muchos testigos refieren su preocupación y contento por esta tarea en City Bell. Ya hemos visto en otro capítulo la referencia de un testigo que cuenta llevaba alimentos a los niños

que acudían a la catequesis porque era zona pobre y los niños no se alimentaban adecuadamente.

Hay testimonios también de quienes confiesan que hoy son buenos católicos prácticos, debido a sus enseñanzas y a su ejemplo.

Así este de Jorge Osvaldo Vega: "Tengo problemas de memoria y de muchas cosas no me acuerdo, pero sí tengo presente la figura de la Madre Ludovica, siento su presencia al entrar en el Hospital. No puedo dejar de manifestar que ella se preocupaba de mi vida espiritual y gracias a eso hasta hoy soy católico práctico, asisto a Misa todos los domingos y fiestas de guardar y aun entre semana".

Otro tanto Hedibia Barreta, como hemos relatado.

Siempre fue muy respetuosa con las normas de la Iglesia y consultaba frecuentemente a los capellanes, sacerdotes y a la jerarquía eclesiástica.

Para erigir las capillas pidió los correspondientes permisos a los Sres. Obispos y cuando el Arzobispo de La Plata sugirió la erección en Parroquia de la capilla por ella levantada en City Bell, ella ayudó en los trámites de cesión del terreno por parte del Gobierno provincial al Arzobispado.

Expresa el Sr. Arzobispo Antonio José Plaza: "Recuerdo cuando la capilla de City Bell, levantada al Sagrado Corazón por ella, acordamos cederla al Arzobispado para convertirla en sede parroquial. Enseguida aceptó transferirla del Hospital de Niños al Arzobispado y expresó su alegría de que se erigiera en Parroquia. Ella hizo los trámites y obtuvo del Gobierno provincial el traspaso. A la hora de inaugurar la Iglesia, al dejar instalado oficialmente al primer párroco, sacerdote José Dardi, y al dejar bendecida la casa parroquial, ella rehuyó el homenaje que le propusimos".

Como vemos, su preocupación por la atención espiritual y el culto a Dios fueron muy profundos en ella y en todos sus proyectos estuvo en primer término la gloria de Dios y, a este

fin, la erección de capillas, tanto en el propio Hospital, como en City Bell, como en Mar del Plata.

Siempre fue su constante preocupación, como hemos citado también en el capítulo anterior, el adorno del altar, las flores ante el Santísimo, el culto solemne en domingos y fiestas.

Afirma Sor María Encarnación Cosoli: "Nos decía a menudo: Nosotras tenemos que obrar bien, no por nosotras mismas, sino por Dios, por la Iglesia, porque nosotras somos Iglesia y representamos a todo nuestro Instituto. En nuestro comportamiento no debemos olvidar nunca que somos hijas de Dios, que para El vivimos y para El tenemos que ser".

Cuando se inauguró la capilla de City Bell, recuerda el testigo Vicente Bianchi: "Al frente de la huerta, en una parcela de aproximadamente veinte por cuarenta metros, se fue construyendo la capilla. Resultó un hermoso templo de finos mármoles, ónix y mampostería de primerísima calidad. Al terminar Sor Ludovica la ejecución de la obra, todo City Bell estaba orgulloso de su Iglesia y no pocas parejas, inclusive médicos del Hospital, eligieron ese lugar para realizar la ceremonia religiosa de su boda".

"En la ceremonia de la inauguración de la capilla, algunos empleados, enfermeras y jóvenes de la localidad formamos un coro, bajo la dirección musical de la Hermana Anacleta que ejecutaba en el armonio. En su momento fue todo un acontecimiento este coro, pues había conseguido un afinamiento digno de elogio, aun siendo sus componentes entusiastas aficionados. Recuerdo que una de sus voces fue en aquel entonces el adolescente Roberto Themis Speroni, el que llegaría a ser ilustre escritor y poeta".

La Capilla del Hospital de Berisso debe mucho también a la iniciativa y celo de Sor Ludovica. Dice el presidente del citado Hospital, Dr. Juan I. Minoian, el 9 de mayo de 1963, cuando se preparaba un homenaje a Sor Ludovica:

"Durante los años 1950 y 1951, la benemérita Hermana colaboró con las autoridades de este Hospital en la adquisición del altar y demás elementos de su capilla, como así también de los há-

bitos sagrados necesarios para oficiar misa. Colaboró además en proyectar las comodidades para las Hermanas de caridad de este nosocomio, hoy ocupadas por el servicio de ortopedia".

Su preocupación por los sacerdotes le hizo intervenir en su ayuda varias veces.

Expresa S. E. R. Antonio José Plaza: "Conocía a Sor Ludovica desde mis años de Seminario, pues ya entonces era en La Plata muy conocida y respetada. Máxime para los seminaristas, a quienes ayudaba en todas sus necesidades y, principalmente, cuando había algún problema de salud serio".

"...Las instalaciones del Hospital mismo y las del Solarium de Punta Mogotes estaban siempre abiertas para recibir a sacerdotes y seminaristas, a los que no sólo cuidaba, sino mimaba. Ayudaba también de su bolsillo a los seminaristas pobres. ¡Sabe Dios solo cuántos recibieron su apoyo en este sentido!".

Cuenta así una cronista de la Congregación: "Ella solía destinar una bolsa de estudio para un seminarista o un médico, pagando todos sus estudios hasta que llegaran a su ordenación o a su título".

"Cuando algún joven seminarista o sacerdote se enfermaba, o se debilitaba o tenía necesidad de algún cuidado más o menos enérgico, ¿a quién recurría el Señor Obispo o el Rector? A Sor Ludovica, que tenía siempre disponible una cama. También preparaba una abundantísima colación después de la celebración de la Santa Misa. Las valientes Hermanas enfermeras, para poner inyecciones o para llenar los bolsillos de estos sacerdotes de medicamentos o de otras cosas gustosas, porque entendía que estaban necesitados de superalimentación".

"No llegamos jamás a saber qué hizo personalmente y qué caridad escondida ha cumplido todo el Hospital en la noche del dieciséis de junio, cuando los sacerdotes fueron puestos presos y maniatados echados en la cárcel, y lo pasado durante aquellos tres meses de la revolución y de la persecución religiosa. Heroísmos escondidos, privaciones que sólo Dios conoce, humillacio-

nes, incluso de parte de aquellos que habían sido por ella ampliamente beneficiados, algunos de los cuales, llegados a puestos de grave responsabilidad y de mando, cegados del orgullo o de las miras políticas o de la sed de dinero, llegaron al punto de calumniarla en modo tal, que hasta el propio Ministro de Salud fue engañado y creyó en ellos. Sin embargo, ella, aunque aconsejada de defenderse, lo soportó con silenciosa uniformidad, en una oferta continua como Cristo por los suyos. Los calumniadores, cuando triunfó la verdad, se retractaron públicamente y le pidieron perdón".

La Hermana María Celsa López nos dice: "La Superiora Ludovica tenía tanto respeto por los sacerdotes, que creo era veneración. Su empeño en hacernos sentir a nosotras las Hermanas ese gran respeto, era inmenso. Cuando había un sacerdote enfermo se ofrecía enseguida para cuidarlo y hacerlo atender, para lo cual lo hacía trasladar al Hospital, procuraba que fuera atendido por un buen médico y le brindaba cuantas atenciones y cuidados podía. Si fallecía alguno, al punto trataba de darle honrosa sepultura. Con los Padres Franciscanos de esta ciudad, sus capellanes habituales, tenía un especial cariño. Hizo atender a un buen número de ellos, así como a sus novicios. Incluso llegó a haber sepultados en la bóveda de la Congregación en el cementerio local más de ocho sacerdotes y cuatro novicios, que aún permanecen en ella hasta esta fecha de 1985".

"Su afán de honrar a los sacerdotes, se extendía aun a sus familiares, siendo así que también le hizo dar sepultura en dicha bóveda a alguna madre de sacerdotes".

Cuando Sor Ludovica fue a Italia en 1935, se hospedó en casa de las hermanas de Don Samuel Tarquini, en Bazzano, vecino a San Gregorio, y una sobrina cuenta que con ellas y el sacerdote que la había dotado salían de paseo".

Su agradecimiento para con él era inmenso y así en una carta suya del 28 de agosto de 1945 lamenta muchísimo su muerte. Dice literalmente: "De la muerte de Don Samuel, como os escribí, he sabido por medio de la señorita Caccia que me ha

escrito, incluso de Don Domingo; como podéis imaginaros he sentido mucho la desaparición de estas santas personas". Sabemos que murió siendo párroco de Scoppito el 28 de junio de 1943. Se hallaba en este lugar desde el 31 de julio de 1935. Pensamos que era en tiempo de la Segunda Guerra Mundial, en que las circunstancias no eran normales.

A sus sobrinas les pide en una carta del 2 de diciembre de 1957 que recen por ella, si pueden, cuando sepan de su muerte, las Santas Misas Gregorianas. E insiste: siempre que les sea posible.

Con esto confiesa creer debidamente en la Comunión de los Santos. Dice literalmente: "Repito que esto lo pido siempre que sea posible y que no comporte demasiado peso. Por ahora estoy agradecida sabiendo que de todos modos seré recordada en vuestras plegarias".

Antes, en otra carta les promete a la inversa sus oraciones: "os ruego no pensar más que yo no me acuerdo, porque esto me hace mucho mal. Tened la certeza que os tengo siempre presentes en la plegaria y en el corazón...". Esta carta la terminaba pidiéndoles tuvieran siempre confianza en Dios.

Era muy celosa de que los internados y el personal recibieran los sacramentos.

Especialmente se cuidaba de indagar si todos los enfermitos estaban bautizados y si todos sus empleados se casaban por la Iglesia.

En la capilla de City Bell hubo muchos casos de médicos y de personal que se unieron en santo matrimonio ante Dios, debido a su insistencia.

Cuenta Agueda Miguel este caso: "El hijo de un empleado se iba a unir en concubinato porque no tenía dinero para realizar todos los trámites y papelerios obligatorios, tampoco para los gastos para el casamiento por la Iglesia. La Superiora Ludovica se enteró y llamó al empleado para ver si esto era verdad. Al recibir

la respuesta afirmativa, lo ayudó para que pudiera unirse en matrimonio como Dios manda. No sólo recibían la ayuda material, sino espiritual y moral. Felizmente logró realizar este matrimonio. Ella estaba en todo.

Se interesaba por la moralidad de todos los que se hallaban en el Hospital.

Esto nos lo cuenta el Dr. Viviano Oscar Moviglia, ex-director del Hospital de Niños, de esta manera: "Además de todas estas preocupaciones no descuidó en ningún momento lo concerniente al mantenimiento de la moralidad y rectitud en el comportamiento de todo el personal, el que siempre manifestó un cariñoso respeto, con buena dosis de admiración".

Su ejemplo llamaba la atención incluso de los no creyentes. Cuenta el escritor Luis Horacio Velázquez: "Un día, un hombre trae a su hijito enfermo. Es internado. La afectuosa ternura con que su pequeño es atendido, igual para todos, asombra al padre, que por sus ideas socialistas renegaba de las religiosas en los Institutos. Al tiempo, aquel ciudadano, elegido concejal por su partido, con espontánea gratitud, logra hacer votar un subsidio municipal de cien pesos para el Hospital de Niños". (O. c., 16). El nombre de este sincero y reconocido padre fue, como hemos podido averiguar, Don José Baliño.

Sor Ludovica no pensó volver nunca atrás ante las dificultades. La vimos heroicamente, cuando se hallaba en peligro, dar el salto a América, para no claudicar en su vocación.

Siempre tuvo plena confianza en Dios y aunque se sintió débil y abatida, recurrió a su Esposo Celestial y al manto de la Santísima Madre de Misericordia.

Y al final de su vida, sin claudicaciones, podía exclamar como Santa Teresa: "Muero hija de la Iglesia".

CAPITULO XIV

ADIVINADORA DE NECESIDADES

La verdadera caridad y piedad no espera, adivina. Y esta fue Sor Ludovica. Siempre captaba al necesitado de atención o de consuelo.

Su preocupación primordial era el Hospital, donde adivinaba todas las necesidades, debido a sus visitas y recorrido diarios a todos los servicios. En todo estaba y a todos lados llegaba su ayuda.

A todos pedía para su Hospital. Como dice el Dr. Carlos Alberto Bocalandro, ex-ministro, antes de pedir al Ministerio apelaba a los corazones platenses y éstos respondían. Podían ser enumerados todos los corralones, todos los comerciantes e industriales, pues todos, de cualquier ideología que fueran, acudían a sus reclamos, sabiendo que iba todo dirigido con amor para su querido Hospital.

Los platenses, en efecto, respondían también por amor a los niños o por amistad con Sor Ludovica, que los solía comprar con su sencillez y humilde petición.

Dice Su Excia. Revdma. Antonio José Plaza: "Toda la comunidad platense la reconocía como un alma de verdadera caridad. Se desvivía por los niños enfermos, por los huérfanos, por sus familias. Se preocupaba no sólo de su atención en la enfermedad, sino también de su salud moral y de su educación espiritual. Consolaba a toda alma afligida, fuera o no católica, se tratara de familiar o no de los niños internados. Prueba del cariño de la ciudad fueron las multitudinarias aglomeraciones y la participación con motivo de su fallecimiento o de los homenajes que se le hicieron después, en los cuales estaban representadas altas

autoridades, como los más humildes, ayudados por ella alguna vez".

Afirma literalmente el Dr. Bocalandro: "Con su humildad y modestia, pero con decisión y confianza en Dios iba emprendiendo obras dentro del Hospital, de acuerdo con las necesidades del momento. Ella, antes de pedir ayuda al Ministerio, iba a golpear los corazones de los ciudadanos platenses, de los hombres de bien. No se cansaba de ir a Buenos Aires para entrevistarse con altas autoridades y ciudadanos para pedir colaboración para mejorar los servicios del Hospital y lograr así una eficiente curación a sus enfermitos a los cuales dedicó toda su vida con caridad, amor maternal, espíritu de servicio, siempre pronta para ayudar a los más necesitados, olvidándose de sí misma, dándose toda por el bien del prójimo, aun a costa de grandes sacrificios, de contrariedades y, ¿por qué no decirlo?, también de incomprensiones, de críticas. Pero a ella no le importaban los juicios de los hombres, sino el de Dios".

"Muchísimos confiaban en ella y sabían que lo que depositaban en sus manos era todo para el bien de la sociedad. Los platenses y amigos de Buenos Aires respondían no por compromiso, sino con amor, por el gran afecto de que ella era merecedora. Por eso seguía con valentía luchando, buscando siempre el bien para devolver a la sociedad futuros ciudadanos sanos de mente y de corazón".

Sabía aprovechar las coyunturas. Narra Luis Horacio Velázquez: "Se detiene delante de una gran obra en construcción. Descargan material. Pide hablar con el Ingeniero. —'Yo estoy también haciendo una casa... para los pobres. ¿No podría donarme, Ingeniero, unos cuantos ladrillos?'. El Ingeniero hace apartar con un peón una pila completa, que al rato multiplica impresionado por esa audacia convincente de la religiosa. De regreso, encuentra al dueño de transporte. —'Ya que vienes para este lado, ¿llevarías en tu carro los ladrillos?'. —'Sí, Hermanita'. Así se explica que durante quince años consecutivos, la presencia

de los albañiles fuera tan familiar en la casa como la de los pájaros en la arboleda".

Y Vicente Bianchi relata que se llegaba a las dependencias oficiales o comercios particulares invariablemente para agilizar trámites administrativos o pedir ayuda o donaciones. "Así conseguía las remesas de mercaderías, piezas de género, material de curaciones, aparatos, materiales de construcción, albañilería, etc. Ella almacena todo cuanto podía. Siempre nos enseñaba que el Hospital tuviera su reserva".

"Y así llegamos a la Segunda Guerra Mundial (1939 a 1945) y al Hospital de Niños no le faltaron nunca gasas, algodón, alcohol, desinfectantes, etc., pues la reserva oculta y bien administrada cubrió las necesidades de la casa. Otra muestra del trabajo de hormiga que practicaba se demostró después del trágico terremoto de San Juan. El Hospital de Niños de La Plata mandó al lugar de la tragedia más suero antitetánico, antigangrenoso y antidiftérico que la Dirección General de Higiene de la Provincia".

Recordemos también lo contado por este mismo testigo respecto del polvo volcánico caído en 1932 con ocasión de la erupción del volcán 'descabezado' de Chile, cuyas cenizas eran recogidas para usarlas como polvo limpiador.

Muchos otros testigos hablan de la previsión que tuvo ante el conflicto mundial iniciado en 1939.

Habla de sus previsiones el escritor Velázquez: "Maneja la contabilidad en el concepto de que la misma debe tener un rumbo previsor en beneficio colectivo y no individual, cubriendo las necesidades integrales. Si el presupuesto fijara una partida para 'frazadas' y luego de la adquisición de las necesarias queda un remanente de quinientos pesos, por ejemplo, un técnico contador, ajustándose a las terminantes y frías disposiciones en vigor devolvería el excedente. Sor Ludovica, no, jamás devuelve un excedente porque con él compra tambores de gasas, agujas hipodérmicas, alcohol, placas radiográficas, todo lo que haga falta.

"Ningún técnico jamás hubiera previsto la carencia, con mucha antelación de toda clase de material sanitario a causa de la guerra, como ella lo previno comprando algodón, medicamentos, anestésicos, desinfectantes, cubriendo la enorme demanda por largo tiempo. Porque todo lo resuelve personalmente y es, por su energía de carácter, sumamente estricta con el personal en los asuntos esenciales, pero siempre cordial y bondadosa".

Así, entonces, la gasa fue comprada a fardos, como otras veces el aceite o las papas.

Otro testigo y protegido de ella, Diómedes Sergio Corneli, cuenta: "La Superiora diariamente concurría, entre otros lados, a la casa de Gobierno en busca de recursos para ir cumplimentando su obra. Se movilizaba al principio en una volanta tirada por dos caballos blancos, con asiento en la parte interna, con una capacidad aproximada para cinco personas por lado, las que llevaba para su distracción. Al iniciar el viaje hacía rezar un Padrenuestro".

"Su capacidad de acción se extendía también para hacer cultivar un huerto en el mismo Hospital primero y, luego, otro mayor en la localidad de City Bell. Con el producto que se obtenía se alimentaba a los enfermos y se cubrían las necesidades del Hospital. Se producían tomates, con los cuales se hacía conserva para todo el año, hortalizas de cada estación, etc. Además se criaban cerdos que eran faenados para uso del Hospital. También se fabricaban escones y otros bizcochos, al igual que licores, que eran utilizados para la atención del cuerpo médico". En una palabra, no esperaba a que vinieran los problemas, pues ella iba a su encuentro.

Cuenta Sor María Marta Dimele: "Siempre me preguntaba: 'Hermana Marta, ¿cómo anda su estancia?'. Se refería a la sala, a todas las tareas que tenía que cumplir, especialmente la atención de los enfermos, incluso a mis necesidades".

"Quería que la tuviera al tanto de lo que acontecía, las necesidades de los enfermos en especial. Siempre me enviaba

extras para los chiquitos delicados, enfermizos, débiles o de larga enfermedad. Para los enfermos de tisiología u ortopedia y traumatología, para los que tenían secuelas de poliomielitis, mostraba el afán de que no les faltara alimento, ropa, abrigo. Por ellos sufrió y trabajó incansablemente hasta conseguir el Solarium San José de Punta Mogotes —en su fundación se llamó Solario de la Misericordia—. ¡Cuántos se curaron allí! ¡Cuántos pasaron allá su niñez sana y robusta, gracias a la Superiora Ludovica!".

"¡Cuántas obras de bien y de amor al prójimo, que nadie lo supo sino Dios y quien las recibió! ¡Cómo ayudaba a esas familias que el Señor probó, como a Job! Ella, oculta y silenciosa, se las ingenió para ayudarlas de alguna manera".

Todos los servicios del Hospital conservan la huella de Sor Ludovica en algún modo.

También las personas recibían su ayuda. Dice otro testigo: "ayudaba a todos de su bolsillo", con dinero o con medicinas o asegurándoles el puesto de trabajo.

Primero trata de ayudarlos desde la propia institución hospitalaria, pero también, si era necesario, personalmente.

Nos refiere Vicente Bianchi: "Como aquellos primeros años los enfermos de oftalmología eran escasos, siempre había algunas camas disponibles en la salita de varones o mujeres. En las mismas se alojaba al personal masculino o femenino que padeciera alguna enfermedad y otra piecita en el mismo servicio albergó muchas veces a familiares del personal sin distinción de categorías, a las que Sor Ludovica trasladaba al Hospital para su atención. Mi madre, atacada de una fuerte dolencia bronquial, atendida por los Dres. Oyuela y Alonso, gozó también de este privilegio".

Este mismo testigo era pariente de una Superiora de las Hijas de la Misericordia, por lo que Sor Ludovica lo conocía bien. Pues bien, prosigue: "Como conocía nuestra humilde situación, siempre se llegaba con alguna ayuda, sobre todo, ropas que

compartíamos con mis hermanos. En el año 1924 falleció mi abuela y mientras llegaba mi tía desde Rosario la Comunidad platense se ocupó de acompañarnos en nuestra desgracia y tengo entendido que, por iniciativa de Sor Ludovica, los restos de mi abuela se sepultaron en la bóveda que la Congregación posee en el cementerio local".

"A partir de ese entonces, Sor Ludovica se acercó a mi familia y se llevó a trabajar al Hospital a mi hermana Julia. Posteriormente... en el año 1930 ingresé como empleado en el nosocomio. ¡Buen trabajo le costó!, puesto que no era fácil que un adolescente de catorce años pasara a desempeñarse como empleado de la farmacia del establecimiento. Sin embargo, con la ayuda valiosísima del jefe comencé mis tareas".

Hedibia Barreta asegura: "Por los familiares de los empleados y de los médicos se preocupaba mucho, cuando se enteraba de que había algunos enfermos en la casa. Los mandaba buscar y los hacía internar, los atendía, los colmaba de atenciones y les procuraba la alimentación y medicamentos mandados por el médico".

Eusebio Giorgis habla de ella como de una segunda madre, que le dio alojamiento en el propio Hospital. Cuenta esta anécdota personal: "En una época, el Director del Hospital, Dr. Carlos Boffi, me llamó y me dio el pase al Hospital de Melchor Romero 'Dr. Alejandro Korn', porque decía que manejaba despacio —era chofer— y estaba sordo, por lo que no me quería en el Hospital".

"La Superiora Ludovica, como administradora y jefa del personal, se llegó al Señor Director y le dijo: 'Ma, mire, Señor Director, ¿no lo querés a Giorgis porque está sordo? Que se quede conmigo, es un empleado de máxima confianza y responsable. Que se quede de chofer mío y del Hospital de Niños. No se va'. Y así fue. Su palabra era una orden".

"Podemos atestiguar que era muy humanitaria, trataba de solucionar los problemas de todos los que venían al Hospital, con mucha reserva y prudencia".

Y hemos relatado el caso de Josefa Muabre, que vio morir a su madre y fue acompañada de Sor Ludovica, la que se molestó en arreglarla en el propio cajón.

Otra hija agradecida, Agueda Miguel, cuenta que "cuando falleció mamá, la Superiora Ludovica fue a buscar a mi papá y a mis hermanos, nos hizo todos los trámites para aliviar nuestro dolor".

Hemos también referido que daba becas y bolsas de estudio a seminaristas y a estudiantes de medicina. La cronista de la Congregación relata: "Muchos jóvenes fueron ayudados por la Superiora Ludovica a proseguir sus estudios, y hoy son médicos o profesionales y obreros que viven honestamente su vida, gracias a la caridad con que fueron seguidos por ella en los difíciles comienzos de su vida".

"Debemos añadir los seminaristas ayudados, curados, como miembros internos de la obra, provistos de cuanto necesitaban en la salud y en las cosas personales; sacerdotes alojados en el 'Solarium' de Mar del Plata, para que readquiriesen la salud; ex-alumnas, empleadas y personas de toda clase protegidas y ayudadas: todo expresa claramente el gran corazón de la buena Superiora Ludovica. Ella vivió el programa 'Hacer el bien sin mirar a quien', y lo hace sacrificándose ella misma, su sueño, el reposo, el alimento; olvidándose y silenciando sus sufrimientos físicos".

Vicente Bianchi nos cuenta un caso ya relatado por otro testigo citado antes: "Ella tenía amigos en toda la ciudad. Desde las clases encumbradas, hasta las más modestas y humildes familias. Cuando se faenaban los cerdos o había cosechas de la granja, rendían más de lo previsto, pues ella se encargaba de preparar los clásicos envíos. Siempre buscaba a quienes le merecíamos confianza y discreción para llevar alivio, sobre todo, a las familias de antiguo arraigo que habían caído en desgracia política, malos negocios o malgastando sus bienes. Depositaba los envíos con su también clásico aviso: 'No diga donde va, hijito, hay que ayudar a los pobres vergonzantes sin que estos se ofendan'.

Ante una emergencia pública ella acude presurosa. Dice una cronista de la Congregación: "En una circunstancia difícil, de acuerdo con el Comisario de la sección, obtiene permiso para pasar la noche en la Comisaría para dispensar los alimentos y la vestimenta en forma equitativa, según la necesidad de los alojados".

Las madres recibían siempre esperanzas y consuelo de sus labios. En más de una ocasión cargaba con algunas madres y las llevaba al Solarium de Mar del Plata para que vieran a sus hijitos.

Otras, en situaciones ya trágicas, quería ser ella misma la que comunicara a la mamá o familiar la triste noticia, y siempre, en tan difícil trance, buscaba palabras y oraciones para hacerlas en común.

Ella estaba en todo y se animó en varias ocasiones a ir a los mismos gobernantes a pedir aumentos para el personal del Hospital o para los empleados de la sección infecto-contagiosa.

Refiere Agueda Miguel: "Siendo superiora y administradora, me hizo entrar a trabajar. Pienso que fui una persona de confianza, porque me llevaba de compañía a realizar todas las diligencias y trámites para conseguir cosas para los enfermos; también la acompañaba a la Casa de Gobierno. Me acuerdo que una vez fue para pedir que nos dieran una bonificación al personal que trabajaba en las salas de infecto-contagiosos".

"La Superiora Ludovica se ocupaba mucho del personal. Especialmente cuando teníamos mucho trabajo, nos daba al final de la tarea un refrigerio para reconfortarnos. Lo que no le gustaba eran los agasajos que le hicieran a su persona. Era enemiga de ellos".

Y Aracelis H. Miguel de Galli: "Su fuerza, su labor apostólica de ayudar a sus semejantes, fe para llevar a buen término todo lo que consideraba que debía hacerse para mejorar, lo encaraba con su capacidad inclaudicable hasta lograr el deseado triunfo. Así la he visto en muy serias discusiones con algún Señor Ministro de Salud Pública de la Provincia de Buenos Ai-

res, para que fuera aumentado el presupuesto del Hospital y poder así brindar mejor servicio a la comunidad".

A ella no le negaban nada. Rogaba, insistía y era escuchada. Una vez fue hasta un Ministerio a pedir algo y ocurrió esto, según lo cuenta Sor María Lilia Tamborini: "En otra ocasión se encontraba en una difícil coyuntura y para resolverla debía tener un coloquio con no sé quién del Ministerio. No pudiendo encontrarlo, se decide a ir personalmente a buscarlo al propio Ministro.

"Pero el portero no quería anunciarla y hacerla pasar, porque el Ministro estaba ocupadísimo en su despacho privado. No sé qué cosa le habrá sugerido el Espíritu Santo o si fue un malentendido, o un 'lapsus linguae'. El Ministro creyó que era su madre y ordenó que la acompañase hasta él. Cuando se abrió la puerta, aparece la buena religiosa toda satisfecha, bendiciendo la caridad de este hombre que había interrumpido su trabajo para atenderla. Podemos imaginar el estupor, pero incluso la risa, que habrá provocado a aquellas personalidades a causa de la equivocación. Aun esta vez Jesús había triunfado y obtiene todo lo que pidió".

A quienes no pudo ayudar mucho fue a los de su propia familia. En una carta hacia el final de la II Guerra Mundial dice que en cuanto haya alguna oportunidad les enviará un paquete.

Sin embargo, narra la Hna. María Marta Dimele: "Cuando estaba enferma y había pasado los ochenta años, unas Hermanas de la provincia religiosa iban a Italia. Todas preparábamos cartas para enviar. Yo le dije: 'Superiora, si quiere aprovechar el viaje y mandar algo a sus sobrinas, sabe qué contentas se van a poner al recibir algo suyo'. Me miró un momento y me dijo: 'No, Hermana, no tengo nada'. Después, hablando las tres Hermanas más jóvenes —Hnas. Natalina, Felicitas y yo— reunimos algunas cositas y se las ofrecimos para mandarlas en su nombre. Se le llenaron los ojos de lágrimas, lo agradeció inmensamente y dijo que no, porque su familia vivía muy distante

de Savona y que no quería molestar a la Casa Madre con un gasto en viaje así. Estando estas Hermanas en Italia, ella falleció".

Y en efecto, testimonia su sobrina: "Mi papá, su hermano Genuino, decía que tenía una hermana en América que le mandaba 'i santini, ma non i soldini", es decir, las estampitas y no el dinero.

CAPITULO XV

AMIGA Y CONSEJERA

Otro rasgo no menos fuerte de la caridad es curar el espíritu o dar alivio al alma.

Este carisma estuvo siempre vivo en Sor Ludovica y así captaba —dice un testigo— la situación íntima del personal y allí iba a consolar o poner remedio.

Dice el Dr. Viviano Oscar Moviglia: "Su particular inteligencia y notable intuición le permitían captar rápida y fácilmente situaciones íntimas en el personal del Hospital, a los que daba soluciones apropiadas".

"En varias oportunidades ayudó económicamente a estudiantes y personal en problemas y distribuía su sueldo entre las empleadas más necesitadas".

Y Hedibia Barreta: "Estaba pronta para atender las necesidades de empleados, de sus familiares, de enfermos, vecinos, médicos. Hacía mucho bien sin discriminación de categorías, manifestando en esto su amor a Dios y al prójimo".

"La Superiora Ludovica había hecho del Hospital una gran familia. Tenía comunicación fluida con empleados; ella conocía la situación y necesidades de cada uno de ellos. Trataba de solucionarles sus problemas familiares".

Y Agueda Miguel: "En el Hospital reinaba un espíritu de familia. La Superiora Ludovica era el corazón de esto, pues a su alrededor éramos felices. Esto es un ejemplo: el ir a Luján a visitar a la Virgen en ómnibus todos juntos: Hermanas, médicos, enfermeras, personal de mantenimiento, sin distinción de categorías; todos juntos rendíamos homenaje a la Virgen".

Esto mismo lo recuerda el que fuera Ministro de Salud, el Dr. Carlos Alberto Bocalandro: "Mujer inteligente, admirable por su sencillez, de gran caridad, heroica en sus sacrificios humanos que los realizaba con espiritu cristiano; religiosa de gran responsabilidad".

"Brindó apoyo moral a los señores médicos; comprensión, estímulo para todo el personal; cultivó la unión y espíritu de familia en el establecimiento; se destacó por su solidaridad, vocación de servicio y gran afecto, que siguen tutelando el desarrollo del Hospital".

Ella implantó el Día del Hospital el 1º de octubre. Los médicos y el personal interpretaron siempre que era su cumpleaños, cosa que ella a nadie confesó.

Dice Vicente Bianchi: "El 1º de octubre, no sé cómo se instituyó el 'Día de la Superiora Ludovica'. ¿Qué se festejaba? ¿Su cumpleaños? ¿Su Santo? ¿Su llegada al Hospital? ¿Su ordenación? (supongo que querrá decir su profesión). "No sé. Yo nunca supe concretamente qué se festejaba. Lo positivo y real es que ya a media mañana comenzaba la llegada de obsequios, canastas de flores, visitas de personalidades y amigos, vecinos humildes que ya habían participado de la Misa y que al saludar a la Superiora más de una vez las lágrimas suplían a las palabras. No siempre la homenajeada estaba feliz. Más de una vez le oí decir: 'en lugar de flores y regalos que me manden lo que necesito para las necesidades del Hospital'.

"Dos personas que durante algunos años preparaban el homenaje fueron la señorita Dorita Campos y la Doctora Carbonari, quienes juntamente con mi hermana Elvira, encargada del conmutador, disponían del orden para que los visitantes estuvieran atendidos y Sor Ludovica pudiera saludarlos".

"A pesar de la ceremonia, si tenía que efectuar algún trámite o gestión administrativa, ya se encargaba de desaparecer por la salida del portón de los vehículos y las receptoras de las visitas debían ofrecer las disculpas del caso. Nunca vi que acep-

tara una recepción si debía realizar algún trabajo para sus enfermos o para el del establecimiento".

Este día, cuenta otro testigo, Diómedes S. Corneli, "la dirección se cubría antes del mediodía de un vergel de canastas de flores, y la Madre Ludovica recibía a media ciudad de La Plata".

Con el tiempo, el 1º de octubre era aprovechado por el Gobierno para entregar una medalla al personal que cumplía veinticinco años de servicio.

Pero ella también tenía en cuenta las fiestas de su personal. Nunca olvidaba el cumpleaños de cada médico, quien al llegar ese día era recibido por Sor Ludovica con un pañuelo, unas flores y una copita de licor fabricado por ella.

Narra éste y otros detalles el escritor Luis Horacio Velázquez: "Está en todo. Conoce por su nombre y apellido a sus colaboradores y a muchísimos niños que pasaron por el Hospital, unidos por invisibles raíces a la comunidad de sentimientos. No cumple años ningún médico o practicante sin que ella se haga presente con su obsequio: el pañuelo o la toalla con el monograma bordado primorosamente por manos recoletas. No olvidaba ninguna fecha; no pasa por alto ninguna ocasión. No está ausente ni en el dolor, ni en los momentos de alegría. Ella misma prepara el altar del casamiento al desposarse un compañero. Y sus manos deslizan las cuentas del rosario, como lágrimas negras, al rezar en la capilla ardiente cuando alguien muere".

"Lo que le sucede a cualquiera que trabaje en el Hospital —no interesa su jerarquía—, repercute intensamente en ella. Y por eso, a la mañana, cuando llega y saluda, ya en el gesto se advierte, como en un sismógrafo, si tiene preocupaciones, o algo desagradable le ha ocurrido a un integrante del personal. El espejo de la vida de la comunidad hospitalaria es la Superiora".

"El carácter de la Madre ha trascendido a sus médicos y practicantes. Los viejos médicos y los médicos jóvenes. ¡Cómo

quieren y defienden a su Hospital! ¡Cómo pelean por él, como si fuera algo propio, consustanciado con sus mismas vidas! A ella le confían sus preocupaciones, es su consejera, su conciencia a veces. Alguien se desalienta, alguien flaquea. Un estudiante de medicina atiende con desgano su puesto de practicante. Le han aplazado en una materia. Ella se entera. Le habla con estas palabras textuales: 'La vida é dure, hijito... ¡Hay que luchar!'.

A menudo fabricaba también dulces para médicos y empleados, a quien solía invitar en sus desayunos.

Le preocupaba principalmente el sentido de cuerpo de los médicos y del personal, y que no hubiera envidias ni escisiones.

Cuenta la Hna. Natividad Visconti: "Yo fui Hermana serena durante quince años y me recomendaba mucho que las guardias médicas y el personal de noche fueran muy unidos. La Superiora sufría de muchos dolores de cabeza; enfermedades de riñón (tenía uno solo, porque el otro se lo habían extirpado, por lo tanto durmió siempre poco de noche y se desvelaba al menor ruido. Cuando a la madrugada pasaba frente a su dormitorio y veía el velador encendido entraba para preguntarle si necesitaba algo y aprovechaba para quejarme porque los médicos hacían mucha bulla jugando de noche y eso era lo que la despertaba. Ella me respondía: 'No es nada, deje que jueguen, que hagan bochinche. Eso quiere decir que están unidos. La Superiora Ludovica buscaba siempre la paz, la unión y el espíritu de familia entre todo el personal del Hospital y las Hermanas".

Este ejemplar estilo de servicio le conquistaba la estima de todos.

Cuenta la que fuera su secretaria, Ana María Grattoni:

"Sólo la fuerza que otorga el Señor a sus elegidos permitió que repartiera su tiempo en la misión comunitaria y en el apoyo individual que ofrecía en consejos a los muchos que recurrían a solicitarlo. Personalidades de distintos ámbitos, profesiona-

les destacados, hombres y mujeres de todos los niveles sociales acudían a escuchar su palabra siempre serena, buscando solución a sus problemas personales. Una enorme discreción acompañaba a todos sus actos".

En su habitación había dos teléfonos, el interno y el externo, y atendía lo mismo un caso del propio Hospital, pues quería estar enterada de todo para acudir inmediatamente, como otro caso de fuera, si es que algún familiar, preocupado, preguntaba por el niño internado. A todos escuchaba pacientemente, animaba e informaba.

El despacho de la Superiora estaba siempre abierto para todo el que la necesitase, animando al que llegaba con un problema o incluso adelantándose ella porque lo intuía.

Cuenta Eusebio Giorgis: "Cuando ingresé en el Hospital, la Superiora Ludovica me llevó al escritorio y lo primero que me dijo fue: 'esta es su casa, aquí hay que tener mucho respecto'. A los quince días me llamó para preguntarme dónde vivía. Le respondí que en una pensión. Entonces ella me dijo: 'Desde ahora ésta es su casa, se queda a comer y a vivir aquí'. (Mi madre vivía en otro pueblo)". ¡Cómo para no estarle agradecido y serle fiel!".

Ya hemos visto varios casos de enfermas y personal recogido y educado por Sor Ludovica: niños huérfanos como Diómedes S. Corneli y Vicente Bianchi, criados por ella misma y alojados hasta que fundaron una familia; hijos de empleados con necesidades cubiertas por la Superiora; problemas económicos por ella satisfechos; y hasta problemas morales magníficamente resueltos por Sor Ludovica.

Todo lo que tenía lo daba, de aquí que a su muerte no hubiera nada para repartir. Como Victoria Noeca de Elorca, muchos otros confiesan retener recuerdos de ella. Dice esta señora: "Conservo un crucifijo que me obsequió para que Dios me proteja. Desde que me lo regaló hasta la fecha lo conservo a la cabecera de mi cama y no me separo nunca de él".

El que fuera Director general de Administración del Ministerio de Salud, Raúl Romero, confiesa: "Tuve la dicha de contar

con la amistad y la confianza de Sor Ludovica, y así, junto a sus recuerdos, conservo también sus pañuelitos y estampas, bordados por sus propias manos, y que me obsequiara para Pascua y Navidad".

Y en otro lugar: "Luchó y logró quitarle toda la frialdad de los clásicos hospitales. Suplió con su cariño y atención el de los padres, ausentes temporariamente. Trabajó sin descanso durante toda su vida para lograr ampliaciones, creaciones de servicios, elementos adecuados, personal amable y eficiente, al que guiaba, controlaba y reprendía en busca de la perfección. Nada le costaba recorrer el hospital varias veces por día y a cualquier hora de la noche, al punto tal que su presencia podía sentirse en todo momento y en todo lugar"

"Fue exigente, inexorable, en lo que se refería al cuidado de los niños, pero a la vez humana y comprensiva de los problemas diarios, convirtiéndose en la indiscutida Directora espiritual, no sólo del personal, snio de miles de familiares de los pacientes, que acudían a ella en busca de consejo".

Al brindar la ayuda que daba al personal y, siendo justa, no permitía intromisiones o reclamos, ni aun por la vía de los sindicatos, máxime cuando se pretendía defender por esa vía a los incumplidores.

Narra el mismo Raúl Romero: "En plena época de movimiento sindicalista se presenta a la Superiora el delegado del sindicato de Salud Pública. quejándose de ciertas medidas disciplinarias impuestas al personal. Sor Ludovica escucha. Yo, un tanto apartado, espero intranquilo, pues la noto nerviosa. No le deja terminar su queja, y le replica:

'Mire, Delegado. Y ¡atenti! Al buen personal yo lo estimulo y lo ayudo. Al malo, lo corrijo y lo aconsejo para que se mejore. ¡Mal, si non se mejora hay que castigarlo. En cambio Vd. se empeña en seguir defendiéndolo aunque abandone la guardia, aunque se robe medicamentos, aunque descuide la atención de los chicos. Al final, yo le voy a tener que enseñar a Vd. cómo se hace el verdadero sindicalismo'.

Sor Ludovica, como su Madre Fundadora, no se contentaba con hacer el bien físico, no perdía de vista aquella máxima de Santa María Josefa Rossello que dice: "Una hija de la Misericordia no debe llegar sola al Cielo, sino acompañada por las almas encaminadas por ella hacia el bien".

Y lo que pretendía Sor Ludovica con hacer el bien a todos era predisponerlos para el agradecimiento a Dios y hacerlos permeables a la voz de la Gracia.

Con su ejemplo y amor, fue luz que resplandeció en este estrecho ámbito del Hospital de Niños, pero cuya irradiación no sólo llegó a la ciudad de La Plata, sino que ha trascendido también fuera de nuestro País.

CAPITULO XVI

LA INCOMPRENSION Y EL DOLOR

Como todo siervo de Cristo, Sor Ludovica no conoció sólo la estima y la admiración de la entrada triunfal a Jerusalén, sino que le tocaron días también de sombra y dolor de Pasión, donde se vio más perfectamente acrisolada su entereza y humildad.

No le faltaron dolores físicos. Un testigo que vivió a su lado por muchos años, le veía caminar renga. Seguramente algún problema de salud reumatoide o de otro orden que jamás reveló.

Hemos oido hace pocas páginas decir a la Hna. Visconti que sufría permanentes dolores de cabeza que hasta le impedían dormir.

Sabemos por esta Hermana y varias otras personas de su extirpación de un riñón. Por ella misma, que tuvo un edema de pulmón. En una palabra su fortaleza exterior estaba minada por padecimientos personales que pocos sabían o veían externamente.

Sin embargo su horario de trabajo no se modificaba por sus achaques y cada día era más intenso. Relata Sor María Encarnación Cosoli: "Ella podía tener el trabajo más grande, pero a la mañana, después del desayuno, lo primero que hacía era una visita a la Capilla para pedirle al Señor prudencia, luz y paciencia. Por la tarde, alrededor de las dieciocho, dejaba todo lo que tenía que hacer y volvía a la Capilla para terminar de rezar el Rosario, pues rezaba los quince misterios todos los días, aun teniendo mucho trabajo. Si salía en el coche llevaba su Rosario y rezaba durante el viaje, no se entretenía ni distraía

con charlas. La Superiora Ludovica usaba el Ancora de salvación. Era su refugio, cualquier momentito que tenía se la veía rezar y leer en él. Nunca se entretenía con diarios".

"O leía un libro piadoso, o cosía ropa para las Iglesias y tambien para la Capilla del Hospital, como purificadores, corporales, amitos, albas, manteles, todo a mano. Aprovechaba muy bien el tiempo, no perdía nunca un minuto. Decía que el tiempo bien usado era aprovechado para la eternidad. Insistía en que había que ser vivos para ganar el tiempo para la eternidad, porque el que perdíamos era perdido también para la eternidad".

Expresa muy elocuentemente Aracelis H. Miguez de Galli: "Sobrellevaba con cristiana resignación sus males físicos para seguir cumpliendo con sus obligaciones. Así dio ejemplo hasta el fin de sus días. Por todo lo que hizo como obra social y cristiana, el recuerdo de Sor Ludovica será permanente e imborrable para todos los que tuvimos el gran privilegio de conocer y tratar a un ser humano que derramó amor, fue ejemplo de paciencia, voluntad, trabajo y dedicación por una causa en la que, como obedeciendo al mandato divino de hacer el bien para sus semejantes, entregó su vida pródiga y generosa, su vida total santificada por la dulzura y la bondad de su corazón, a cumplir su deber con la sociedad sin aspirar más premio que el de saberse humilde sierva de la ley de Dios".

La extirpación del riñón ocurrió en 1935. Pese a ello seguía al pie del trabajo diario, apenas repuesta, dando el ejemplo siempre, siendo la última en dormirse y la primera en despertarse. Según Vicente Bianchi, su jornada empezaba a las cinco y treinta de la mañana, en que iniciaba ya su recorrido habitual por las salas. Nos lo refiere así: "Por el año 1935 enfermó de un proceso renal que hizo temer por su vida. Recuerdo que, agotados los medios profesionales locales, el Dr. Cavazzutti trajo en consulta a un eminente urólogo de Buenos Aires. No recuerdo bien su apellido, pero creo se trataba del Dr. Pallero o Pallara. Este profesional consultor decidió la intervención quirúrgica. Había que extirpar un riñón".

"Es de imaginar lo que significaba en esos años una intervención de ese tipo. La misma se cumplió con todo éxito y a los pocos meses la paciente correteaba como antes, a pesar de los retos de su médico y del Dr. Oyuela".

"Yo supuse que había quedado alguna secuela mala de la enfermedad, puesto que al año siguiente la Comunidad decidió que efectuara un viaje a Europa, aprovechando que en Roma se realizaba un Congreso de la Congregación".

"Sor Ludovica no quería saber nada del paseo, pero la Superiora insistió y por lo tanto marchó a Italia. Recuerdo que fuimos en delegación a despedirla. Se embarcó en un lujoso transatlántico de la época, el 'Giulio Cesare' y en el puerto las enfermeras con blanco delantal y su capa celeste pusieron un hermoso colorido".

Según su ex secretaria, su salud fue siempre débil, pero su voluntad muy fuerte: "Debido a lo precario de su salud (que trataba de esconder), por prescripción médica fue obligada a tomar un descanso en Mar del Plata, ciudad levantada en la costa atlántica. Curioso es que, una vez repuesta gracias al aire yodado de la zona, se decidió a levantar lo que se llamaría Solario 'San José', lugar de recuperación para los enfermitos de su querido Hospital de Niños".

"Concretar esta idea ayudó a su restablecimiento, pues el ocio enfermaba su frágil cuerpo y más aun su alma. Su propósito se convirtió en una importante realidad a la que ofreció —como siempre— lo mejor de sí".

De otra dura enfermedad tenemos el relato de ella misma a sus familiares por carta del dos de diciembre de 1957: "Os escribo en esta ocasión, ante todo, para auguraros buenas y santas fiestas y, después, para contaros de mi salud y haceros saber que estoy con vida por la gracia de Nuestra Señora de la Misericordia, que ha hecho que saliera enseguida de un edema del pulmón que sufrí en los primeros de agosto y del cual escapé con vida, como os dije, por voluntad del Señor".

"Hacía tiempo que no me sentía demasiado bien, pero el trabajo no me dejaba tiempo para pensar en ello, cuando una

mañana no me fue posible levantarme para ir a la Santa Misa. Hice llamar al Padre a fin de que me llevase la Santa Comunión y un momento después me sentí tan mal, que reclamé, como pude, los Santos Sacramentos. Vinieron enseguida los médicos. Yo creía que hubiese llegado mi fin. Me hicieron de todo, tanto que, a medio día, ya me sentía un poco mejor y, poco a poco, he vuelto a retornar a mi trabajo, que será hasta que el Señor así lo quiera".

El señor Raúl Romero nos habla de otro período de convalecencia al final de su vida. Posiblemente del edema del pulmón, de lo que debió descansar en Mar del Plata. Nos narra cómo aprovechaba hasta esos instantes en favor del Hospital de Niños, como hemos narrado ya, tejiendo para los niños y rezando por ellos.

Sus preocupaciones hasta le impedían dormir, según nos relata más de un testigo. Dice Vicente Bianchi: "Recuerdo una frase que repetía cuando se sentía muy fatigada en su ítalo-castellano. Por la mañana me presentaba a darle los buenos días y le preguntaba: ¿Cómo pasó la noche?; ¡Eh, miquite! Sumene uno, sumene otro, estuve sumene toda la noche'. Se quería referir a que los problemas del Hospital la habían tenido en vela toda la noche".

Ya veremos sus últimos instantes y el detalle de sus padecimientos.

Pero al lado de los dolores físicos, hubo también la incomprensión, el rechazo y el dolor moral.

Cuenta uno de estos casos Luis Horacio Velázquez:

"En cierta ocasión llega a la Provincia un Interventor Federal. Con su secretario, la hace llamar a su presencia. Esa mañana debía partir la Madre Superiora en la camioneta a Mar del Plata para realizar la inspección mensual del 'Solarium', pagar al personal y dejar internados, para su curación completa, a varios enfermitos que la acompañarían. Envía al sur a otra Hermana en su lugar".

"Mientras la conducen a presencia del Interventor, va feliz pensando si habrá llegado a oídas de las autoridades cuánto se ha hecho y cuánto falta aún por realizar, y si habrán resuelto prestarle una colaboración decidida".

"Pero, con gran asombro, se siente interrogada sobre el enriquecimiento de la Orden y la compra de un chalet a su nombre particular... Gente malévola ha sembrado la intriga y la insidia".

"Si bien es cierto que en sus luchas se ha llevado por delante, con tal hacer el bien, tantos prejuicios estúpidos y tantos intereses creados, esta clase de armas jamás las hubiera supuesto esgrimidas contra su acción".

"Al principio, la Madre se siente indignada y casi se deja llevar por su santa ira. No, debe contenerse. Sonríe piadosamente perdonando. Son muchos los extraviados. Entonces, sus palabras severas y admonitorias en ese pintoresco dialecto tan suyo, entre italiano y castizo que se fue formando por el uso y la costumbre, se deja oír en el despacho suntuoso".

"Yo no entiendo de leyes —le dice—, trato de hacer todo el bien que puedo a los demás. Pido todos los días y a todo el mundo para el hospital y los enfermitos. No para mí ni para mi Orden, pues tenemos jurado voto de pobreza. Todo nuestro bien son los hábitos que llevamos puestos. ¿Usted no tiene en sus manos, señor Interventor, los resortes para averiguar dónde están las propiedades que he comprado para mí?... Me gustaría conocerlas... ¿No le basta tocar un timbre y hacer que se investigue?

En una oportunidad, como cuenta Sor María Encarnación Cosoli: "Recuerdo una vez que las autoridades del Ministerio la tuvieron desde la nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, la querían hacer jurar de un mal procedimiento. Ella dijo firmemente: 'Yo no juro, si me quieren creer me creen y si me quieren condenar me condenan, pero yo no voy a tomar el nombre de Dios en vano' ".

"Cuando regresamos al Hospital se fue a la Capilla y frente al Sagrario con los brazos abiertos dijo en alta voz: 'Señor,

dije toda la verdad'. ¡Pensar que la habían tenido ocho horas sin tomar nada!".

En otra oportunidad se la quiere relevar del cargo de administradora porque el Ministerio de Salud dispuso el ordenamiento interno de la elección de un administrador. Todas las Hermanas que ostentan en los hospitales tal cargo tienen que resignarlo. Lo hace con dolor Sor Ludovica, pero he aquí que se hace justicia. Los mismos médicos del Hospital de Niños la reeligen y la autoridad tiene que confirmarla.

El caso más dificultoso que soporta es un Expediente que se le forma por malversación de fondos, originado por el Decreto Nº 2382, art. 2º.

La Dirección de Higiene al principio informa: "Con respecto a la forma como ha progresado el Hospital de Niños a cargo de las Hermanas se hace presente que toda esa obra se ha realizado con fondos del Estado y provenientes de la Nación, de la Provincia y del Municipio. Se advierte asimismo que, de las inspecciones realizadas a 'prima facie', aparecen malversados los fondos asignados para gastos por los presupuestos provinciales desde hace varios años, dado que sumas considerables de ellos se han invertido e invierten en las construcciones a que se hace referencia".

"Con respecto al contrato celebrado entre la Congregación y el Ministro de Obras Públicas Dr. Rodríguez Jáuregui ha quedado sin efecto por el acuerdo de Ministros del 5 de agosto de 1943".

Pero tal medida obedece a información tendenciosa y a saña persecutoria. La madeja enliada se origina en el Director accidental de Higiene Dr. Juan Carlos Martínez, apoyado entonces por el Ministro de Obras Públicas.

El descargo que se efectúa achaca a medidas inconfesables de la política de ciertos núcleos.

Y como contrapartida se ofrece el testimonio del Presidente del Departamento Nacional de Higiene, Gral. Galli, que dijo que

el Hospital de Niños de La Plata "es más que un orgullo platense, un orgullo nacional, desde que está montado y mantenido como el mejor de los sanatorios del país".

Las Hermanas son las verdaderas administradoras de sus Hospitales, según se desprende del acuerdo general de ministros, presididos por el Gobernador Dr. Manuel A. Fresco, el 11 de junio de 1937, en su art. 6º.

El mal rato lo pasó con dolor y resignación Sor Ludovica, pero la luz, aunque tarde, llegó.

En el Expediente A/672/42, las nuevas autoridades de la Dirección General de Higiene, Dr. Francisco D'Ovidio y Dr. Homero E. Osácar, informan en febrero de 1945: "Señor Ministro: Tengo el agrado de elevar a V.E. estas actuaciones, junto con la opinión que ha obtenido el suscrito del examen y estudio de las mismas".

"La Dirección del Hospital de Niños fue autorizada a iniciar la ejecución de las obras 'con un constructor de reconocida capacidad en la materia e inscrito en el registro de constructores (ver Exp. A/370/39 fs. 120 v.), calidades y condiciones que no se hubieran especificado en la referida resolución de haber correspondido la vía de la licitación". Además debe recordarse que el pago había de efectuarse en la forma y tiempo que el Hospital pudiera satisfacerlo, condición esta que no podría imponerse a un contratista que licita una obra".

"Debe entenderse, pues, que la construcción del Solarium, por propia resolución gubernativa, se ha ajustado a normas especiales —contratación directa— por lo que no existiría transgresión legal alguna".

"Si bien pudo constituir una anormalidad administrativa el hecho de haberse efectuado una obra distinta a la proyectada y que su costo fue mucho mayor al autorizado, hay que tener en cuenta que el Gobierno de la Provincia, por decreto nº 9980 de fecha julio 4 de 1944, aprobó la ejecución de la obra y constituye una ratificación de lo actuado en materia de pagos".

"A mayor abundamiento, cabe destacar que las inversiones realizadas a los efectos del pago de las sumas abonadas no han merecido ninguna objeción del Tribunal de Cuentas y que la Contaduría General en la oportunidad del Decreto Nº 9980, opinó favorablemente".

"Por estas consideraciones, esta Dirección opina: 1º) Que el referido decreto de fecha 4 de julio de 1944 ha regularizado todas las situaciones técnicas y administrativas, creadas por la construcción del Solarium".

2º) "Que atentas las razones invocadas en la nota del Director del Hospital de Niños de fs. 75, la Provincia debe hacerse cargo de la deuda de $ 263.797,25 m/n.".

3º) "Que se eximan de toda responsabilidad a los funcionarios que dirigieron la construcción de las Obras"

"La Plata, febrero de 1945".

La malversación supuesta constituía una modalidad sana y honesta de Sor Ludovica, que había sido tolerada, alentada y aplaudida por todos los gobernantes desde 1924.

Sin embargo, mucho más debía de dolerle a Sor Ludovica la incomprensión de sus propias religiosas, como el caso narrado en otro capítulo, de aquella que se le rebeló al pedirle una autorización, o la incomprensión inclusive del clero.

Nos cuenta la Hna. María Natividad Visconti: "En un período en que la Superiora Sor María Ludovica interrumpió su superiorato para cumplir con lo mandado con las Santas Reglas, el personal del Hospital la seguía llamando superiora (aunque la nueva superiora también la respetaba y la llamaban como correspondía). Esto lo hacían por el gran aprecio y respeto que le tenían".

"En esa ocasión venía a celebrar la Santa Misa todos los días un sacerdote que no tenía aprecio por las religiosas en general. En las homilías siempre mortificaba a la comunidad".

"Un día, en la homilía de la Santa Misa, se dirigió a la Superiora Ludovica. Asistían enfermos, personal, vecinos del barrio.

Sin tener motivo dijo a la feligresía: 'Esa Hermana que hay aquí —dirigiéndose a la Hermana Ludovica—, que se hace llamar superiora, es una orgullosa, no es más superiora', y dijo varias cosas más contra la Superiora Ludovica".

"Después de la Santa Misa, me acerqué a la Hermana Ludovica, que seguía siendo administradora del Hospital, y le dije: 'No puede ser que este sacerdote hable en la capilla tan mal de Vd. y la humille delante de todos. Hay que tomar medidas, porque no es la primera vez que lo hace'. La Hermana Ludovica me contestó: 'No, no, no diga nada que yo lo merezco. Dios me lo manda para humillarme. Es una prueba que me da para que sea más humilde'.

"Entonces pedí permiso a la Superiora de la Comunidad para hablar con un Monseñor, pues este sacerdote, durante el tiempo que sus superiores lo mandaban a celebrar la Santa Misa al Hospital, no hacía más que hablar mal delante del pueblo".

"Después de esto tomaron alguna medida, porque no lo mandaron más al Hospital. Toda la comunidad sufrió muchísimo porque la Superiora Ludovica, durante los períodos de interrupción de su superiorato, era sumisa a la superiora real, hasta se ponía de rodillas para pedir perdón cuando hacía una leve transgresión a las Santas Reglas, lo mismo que para pedir permisos y todos los meses en el capítulo de faltas".

Nos confirma la Hna. María Juanita Pastorino: "Fue un ángel de caridad. Tenía una gran comunicación con Dios. Heroica ante las calumnias que, por envidia o celos, le levantaban en cuanto a materia de administración del hospital. Pero al fin tuvieron que reconocer que el Hospital de Niños era el mejor administrado de todos los hospitales de la Prov. de Buenos Aires y mejor equipado que cualquier sanatorio de la ciudad de La Plata".

"No compraba nada para ella, tenía solamente lo necesario, un solo par de zapatos. SU ropa, la estrictamente necesaria. No permitía en la alimentación que se le sirviese nada distinto de la comunidad. Pero eso sí, ella se preocupaba para que las Hermanas enfermas y jóvenes estuvieran bien alimentadas, porque

decía que tenían que dar gloria a Dios trabajando mucho en el Instituto y con los enfermos".

Esta serenidad ante las calamidades y ante los embates de la mala suerte, que ella achacaba al demonio, como vimos en Mar del Plata ante la campaña en su contra, es la que nos revela la verdadera altura de esta extraordinaria religiosa, Sor Ludovica, cuya heroicidad en la virtud rogamos a Dios se digne clarificar para ejemplo de muchos.

CAPITULO XVII

EL TRANSITO AL PADRE

El cristiano debe tener el pensamiento siempre en la trascendencia, pues no es ciudadano de este mundo, sino de la patria celestial. ¡Cuánto más una religiosa y en qué medida Sor Ludovica! Ella aspiraba sólo llegar al seno del Padre.

Sin embargo, nunca olvidaba su desempeño y misión en la tierra, como medios para alcanzar el abrazo eterno del Amado.

Como hemos visto, aunque siempre tenía la mente en Dios, fue más bien una mujer de acción, que veía a Cristo en cada uno de sus hermanos, incluso en los más pequeños.

Sus obligaciones culturales y comunitarias como religiosa no le hacían entrar en éxtasis, sino que enseguida tomaba el rumbo de ir a trabajar, de dedicarse a servir a sus hermanos.

"A Dios rogando y con el mazo dando" es el refrán español, y nunca fue más apropiado que en ella.

Nos cuenta Vicente Bianchi: "Me parece verla recorrer desde hora temprana las salas, consultorios, despensa, cocina, en fin todos los rincones de la casa para que funcionara a la perfección como ella quería. Nada debía faltar y si algo se requería había que agotar los medios para conseguirlo".

"Luego el largo trajinar por las reparticiones públicas, pidiendo y gestionando lo que soñaba para su Hospital, hasta verlo crecer, cual es hoy la realidad".

Sin embargo a la hora de los aplausos ella pasaba a la sombra. Sirva esta anécdota de ejemplo. Sigue hablando el mismo testigo:

"Con el concurso de artistas locales y a veces aprovechando el paso por la ciudad de algún artista consagrado de la capital,

se organizó un sinnúmero de festivales para recaudar fondos para las obras. Muchas damas relevantes de la ciudad colaboraron en las tareas. La Superiora ayudaba y estaba en todos los preparativos de la organización, para que esa fuera perfecta, pero en el momento culminante siempre prefirió pasar desapercibida y nunca se presentaba a los actos".

Hasta de noche trabajaba y esa era también oración. Cuenta la Hna. María Natividad Visconti: "En una noche de guardia, vi el velador encendido y me acerqué a preguntarle si necesitaba algo, y la encontré sentadita en una silla bajita, apoyada sobre la cama cosiendo y me dijo: 'no, no, gracias a Dios que no duermo, porque así puedo coser ropa para las Iglesias quemadas en Buenos Aires' (era el año 1955)".

"No era la primera vez que lo hacía, pues siempre que se desvelaba, cosía purificadores, corporales, puntillas, vainillas, para las capillas, inclusive la nuestra. Siempre pensaba en las necesidades de la Iglesia. Era muy adicta a las autoridades eclesiásticas".

Tenía ella bien los pies en la tierra. Cuenta la Hna. María Juanita Pastorino: "Cuando salí del Noviciado, en el año 1934, la obediencia me destinó al Hospital de Niños de La Plata. La Superiora me dio como empleo la atención de las salas ocho y nueve de enfermos de cirugía. Tenía que hacer el trabajo de enfermería, higiene de la sala, vigilar la limpieza. Con bastante frecuencia visitaba las salas para ver cómo cumplíamos las Hermanas con nuestras responsabilidades, lo mismo que las enfermeras. Pasaba por las salas, conversaba con los chiquitos, tenía una gran capacidad de observación".

"Al retirarse de la sala, en una oportunidad, iba caminando y al llegar a una escalera por donde bajaba, me llamó y me dijo: 'Suor Giovannina, no tiene que estar siempre con los ojos bajos, como en el Noviciado, mire las cortinas que están colgadas del techo' (eran las telas de araña).

Su enfermedad fue muy breve y, como había trabajado tanto, más bien fue el desgaste y el pleno cansancio de la vejez los que la postraron.

Cuenta Sor María Lilia Tamborini: "Durante su breve enfermedad, su pequeña pieza, en una ubicación cerca de la portería. estaba siempre llena de médicos, de sacerdotes, gente de las más conocidas que habían sido beneficiadas por ella".

Durante los últimos tiempos de su vida fue atendida médicamente por el Dr. Cavazzutti, Dra. Carbonari y al final el Dr. Carlos Blanco, como médico de cabecera, y el Dr. Ricardo Sabbione.

Nos narra ampliamente el último período la Hermana María Encarnación Cosoli, quien estuvo a su lado: "Vivió toda su enfermedad con esa entrega, con esa aceptación a la voluntad de Dios; con una paz, con una serenidad, tranquilidad de espíritu, de que todo era permitido por Dios, de que todo iba a salir como Dios quería, siempre dispuesta a la voluntad de Dios".

"Un día la vi muy pálida, descompuesta y le pregunté qué le pasaba y contestó: 'quédese tranquila, ya va a pasar'. Me fui a mi empleo. Pasadas unas horas, me vienen a buscar porque la Superiora estaba muy mal. Llego y le pregunto: 'Superiora, ¿qué pasa?'. Me respondió: 'No se aflija, esto ya va a pasar, tengo mucho frío'. Entonces le puse una bolsa con agua caliente Llamé al Dr. Carlos Blanco y me dijo que no la descuidara, pues era algo gravísimo, y la Superiora, mirándonos, nos dijo: 'pero no, esto también va a pasar'. Estaba segura de su mal y estaba segura de su entrega a Dios. "Me pidió que le llevara un poquito de té con chatré. Lo tomó como un tónico y la reconfortó. A los pocos días mejoró y fue a Mar del Plata.

"De regreso de esta ciudad, a la altura de Dolores, tuvieron que llevarla al Hospital local, pues hizo un edema de pulmón. La atendieron y lo comunicaron al Dr. Blanco, a efectos de que no viajara sola, sin auxilio médico, a La Plata. Ante esto decía: 'pero no, nunca viajo sola, siempre voy acompañada de la Virgen y San José que no me abandonan'.

"Los últimos meses me decía: 'vaya preparándose porque mi salud va mal'. Y cuando venían algunas personas a buscar medicamentos o a otros trámites me decía: 'atiéndalos Vd., para que la gente se vaya acostumbrando pidiéndole las cosas a Vd.,

para que el día de mañana o dentro de poco no les cueste pedírselas'.

"Tres o cuatro meses antes de su muerte, la presentía, sobre todo cuando comenzó a tener descomposturas con frecuencia. En los últimos días que la pusieron en cama dijo: 'Esto no va'. Pero estaba en todo, así ordenaba que no le pusieran su sello a las notas y expedientes que debía firmar ella. No lo tomaron en cuenta, pues igual se los llevaban a firmar, pero llegó un momento en que se opuso y dijo: '¿no ve que el pulso no me da, Hermana?'. Entonces se dejó de hacerlo".

"Cuando se agravó, venía Monseñor Segura diariamente y le decía Sor Ludovica: 'prepárese, prepárese, porque esto va a pasos de gigante'. Monseñor Segura le contestaba: 'No, Superiora, no piense así'. Mas ella respondía: 'No sabemos lo que Dios tiene decretado, porque todo está decretado por El'.

"Unos quince días antes de su muerte vinieron de una tienda con una caja y me dijo: 'Mire lo que hice preparar'. La caja tenía medias color bordó, un solideo, o birrete para Monseñor Segura y él todavía no tenía ningún aviso de que iba a ser Obispo. Pero la Superiora tenía una intuición extraordnaria. Así le hizo preparar todo para cuando fuera consagrado Obispo. Ya fallecida la Superiora, al elegirlo Obispo se le llevó la caja preparada por ella: alba, museta, solideo, etc. Imposible decir con palabras la emoción hasta las lágrimas de Monseñor Segura".

"Cuando ella tuvo que guardar cama y se veía que llegaba su fin, arreglaba los cajones y acomodaba las cosas".

"La Comunidad comenzó a rezar la novena a la Virgen de Lourdes por su salud y ella decía: 'pidan la gracia de que se haga la voluntad de Dios'. Se terminó la novena y se agravó y, a la noche, me llamó y me dijo: 'posiblemente necesiten pronto esto que dejo preparado. No tienen más que abrir el cajón, aquí están las llaves y tienen todo lo que Vds. van a necesitar'. Era el pasaporte, la libreta cívica, el título de la bóveda del cementerio. Todo estaba en fila en el segundo cajón de la cómoda".

"Los últimos tres días, sufrió muchísimo. Ella con anterioridad me había avisado: 'cuando Vd. vea que estoy inquieta, rece jaculatorias, no deje de rezar y póngame siempre el rosario en mano'. Y así fue, murió con el rosario en la mano".

Esos tres últimos días quiso levantarse y no pudo. Me decía: 'mire esto, es la última de las novedades, consecuencia de la operación del riñón, acá tenemos el punto final —era una gran tumoración— y ellos —lo decía por los médicos— no se dan cuenta'. Le dolía muchísimo, se movía, la acomodaba yo y cuando la veía muy inquieta rezaba jaculatorias. Siempre tenía una paz extraordinaria".

"El último día, cuando llegó Monseñor Segura que iba a rezar Misa a las dieciocho, le dijo con la voz entrecortada: 'Espere un rato, no salga todavía, espere un rato más, que ya va a saber para quién va a ser esa Misa'. Tal ocurría a las dicisiete".

"Monseñor Segura le hizo la recomendación del alma (todavía conocía y hablaba entrecortado). La Superiora Ludovica respondía a todas las oraciones con voz apagada con esfuerzo".

"Luego llegó también el Señor Arzobispo Antonio José Plaza, quien le dio la bendición y ella le hizo una mirada como de saludo, porque ya no podía hablar".

"El 24 de febrero a la noche, estando el Dr. Blanco y otros alrededor, la Superiora Ludovica me dijo: 'Hermana Encarnación, ¿falta mucho todavía?'. A mí me salió de dentro: "No Superiora, ya viene el Señor a buscarla'. Hizo entonces un suspiro y se quedó tranquila. Pocas horas después, ya el 25 de febrero, hizo un quejido fuerte y expiró".

Expiraba al caer la tarde del 25 de febrero de 1962.

Como termina diciendo la Hna. Encarnación: "El Dr. Blanco dijo que había sufrido terribles dolores, porque además tenía una trombosis en la arteria mesentérica".

Todo el tiempo que pasó en cama, pese a sufrir tantos dolores, estaba rezando siempre y, cuando la visitaban los sacerdotes, rezaba también con ellos. Nunca aceptó que le pusieran morfina, por los grandes dolores, aunque indicada por los médicos. Sólo aceptaba calmantes suaves, los comunes".

"Mientras tuvo conocimiento, tuvo la certeza de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios; jamás se quejó, ni se le oyó decir algo como 'Dios mío, ¿por qué?'. Sólo: 'Dios lo quiere, cumplamos la voluntad de Dios. El todo lo tiene decretado'.

Monseñor Segura, entonces canónigo platense y poco después Obispo y Secretario general del Episcopado argentino dejó estas frases que resumen admirablemente su actuación:

"Una vida consagrada por entero a la gloria de Dios y al servicio de sus semejantes".

"Una vida consagrada por entero a la gloria de Dios y al servicio de sus semejantes".

"Una vida consagrada por entero a los niños, en los cuales veía al Maestro que djio: 'lo que hiciereis por cualquiera de mis pequeños, por Mí lo hacéis' (Mt. 25, 40).

"Una vida consagrada a la caridad cristiana, a través de cincuenta y cuatro años de trabajos heroicos, en que siempre se olvidó de sí misma y se hizo toda para todos, para consolarlos a todos".

"Más de medio siglo de profesión religiosa, en que como su celestial modelo, fue una Madre de misericordia para todos aquellos que se acercaron a ella".

"Levantó el Hospital de Niños, el Solarium de Punta Mogotes, la capilla de City Bell. Administró cinco décadas el Hospital con maravillosa eficacia. Curó enfermos de cuerpo y alma. Hizo el bien sin mirar a quién. Enseñó. Aconsejó. Pacificó. Más con el ejemplo que con la palabra. Supo aunar las voluntades de todos sus colaboradores, contagiarles su celo y abnegación, hasta hacer del Hospital de Niños un establecimiento modelo".

"Este es el fruto externo y visible de su larga y fecunda vida. Pero lo más admirable es lo invisible: su amor inextinguible a Dios; su celo por la Iglesia; su adhesión a la Jerarquía; su consagración a la vida religiosa; su piedad inagotable. Siempre rezaba y siempre le parecía que había rezado poco, aunque toda su vida era una continua oración".

"De ese amor a Dios brotaba esa inigualable caridad para con el prójimo, que fue su característica más admirable. Fue el paño de lágrimas de todos los afligidos. Fue madre cariñosisima de muchas generaciones de niños. Fue amiga y colaboradora de muchas generaciones de médicos. Fue consejera y maestra de muchas generaciones de platenses. Fue ejemplo de muchas generaciones de religiosas. Fue y seguirá siendo para todos 'La Madre Ludovica'.

"Dios se la llevó cuando estaba como un árbol maduro: cargada de frutos. Como el siervo fiel y prudente, había multiplicado los denarios, y tenía bien ganado el merecido descanso".

"A nosotros nos queda su recuerdo y una responsabilidad que dimana de la felicidad de haberla conocido: imitar sus virtudes, practicar sus enseñanzas y continuar la obra de su vida. A nosotros sólo nos toca tomar la Cruz que ella ha dejado, y con esa Cruz en el corazón y en las manos, continuar la obra de la Madre Ludovica, para que el Hospital de Niños siga siendo lo que ella quiso y lo que ella hizo".

Las Hermanas nos hablan de la pobreza a su muerte. Nada tenía. Lo que había recibido lo había dado. Apenas sus propias ropas. Afirma la Hna. María Marta Dimele: "De la pobreza puedo decir que tenía lo estrictamente necesario".

"No se compraba nada para ella, vivía pobremente, pero prolija y limpia. Pobre en cuento a vestimenta y cosas de su uso. No aceptó nunca una alimentación distinta de la de la Comunidad".

"Cuando falleció, los armarios estaban vacíos, sólo tenía el ajuar con que se la amortajó... Cuando la vestimos no tenía nada más que lo necesario".

"Vivió pobremente y murió pobrísima, pero rica en méritos, virtudes y obras. Practicó en grado heroico las obras de misericordia hasta su muerte. Esto es vivir la pobreza, el desprendimiento. Fue un alma de oración. Siempre rosario en mano y en cualquier momentito libre o cuando pasab adelante de la Capilla hacía su visita a Jesús Sacramentado".

"Vivió para todos, se desveló por todos, trabajó en todo e incansable".

Y la Hna. María Encarnación Cosoli lo confirma: "Era una mujer tan piadosa, tan desprendida de sí, tan pobre, que todo el tiempo que yo estuve a su lado, nunca vi una ropa tan pobre, tan zurcida, pero prolija. Sor Ludovica tenía un amor grande a la pobreza y no dejaba perder nada".

"Me acuerdo que la Madre Provincial Sor María Ernesta Trigati vino una vez que guardaba cama a visitarla y la encontró con un camisón muy limpio pero también muy pobrecito y muy zurcido, diciéndome edificada: '¡Qué cosa, en vez de tener ropa buena, ella que maneja todo podía tener de mejor calidad, pero mire qué camisón de pobre tiene!'.

"Siempre prefirió lo más pobre en todas las cosas, en la ropa, en la comida, en el calzado. Jamás se la oyó quejarse en la comida, porque estuviese fría o caliente, o sin sabor, o mal hecha; para ella estaba siempre bien. Nunca se la oyó quejarse en esto, cosa que sí exigía para sus enfermitos, deseando que todo fuera lo mejor. Fue un ser extraordinario".

Desde el primer instante la ciudad se agolpó a honrar los restos de la Superiora Ludovica, como la conocía todo el mundo.

Muchos sacerdotes pasaron por la capilla ardiente durante toda la noche para rezarle responsos y rosarios.

El Director del Hospital de Niños, Dr. Carlos Boffi, resolvió adherir al duelo y otro tanto el Ministro de Salud Pública.

Al día siguiente, veintiséis, hubo a las dieciséis una Misa de cuerpo presente celebrada por el Señor Arzobispo Antonio José Plaza y luego se formó un cortejo fúnebre por muchas cuadras con escenas de verdadero dolor que acompañaron sus restos hasta el cementerio local, hasta la bóveda de las Hijas de la Misericordia. Pocas veces la ciudad ha contemplado una manifestación de duelo tan importante. Parecía más bien una procesión solemne.

Desde su santa muerte el pueblo fiel acude a ella como antes lo había hecho en vida, teniendo la certeza de que se halla desde el instante en que cerró los ojos a este mundo en el seno del Padre.

Podemos ofrecer estos testimonios, aunque dejamos el juicio de la calificación de milagro para la Santa Iglesia.

Cuentan los padres del niño Juan José Sabaria: "El día 21 de julio del corriente año —1985—, día que cumplía seis meses Juan José, se enfermó con mucha fiebre y se quejaba muchísimo llorando con llanto de dolor. Los padres sabemos distinguirlo del llanto común. Lo atribuíamos a grandes dolores de cabeza por los movimientos y el calor de la misma".

El día 25 lo internamos en el Hospital de Florencio Varela y el 27 lo trasladan de allí, porque nos dijeron que no tenían nada más que hacerle, y lo derivan a terapia intensiva de lactantes del Hospital de Niños 'Sor María Ludovica' de La Plata".

"Cuando lo dejamos, los médicos nos dijeron que el estado era gravísimo, pues además había pasado muchos días mal, y no nos daban esperanza alguna, pues, si se salvaba, quedaría con grandes secuelas neurológicas, porque era una meningoencefalitis con muchos días de evolución".

"La Hermana Natalina, encargada de la sala, nos sugirió encomendarnos a la Superiora Ludovica y nos dio una oración para pedir su curación. Yo, la mamá, le hice una novena; y el papá, todos los días durante los meses que Juan José estuvo internado en grave estado, acudía a la capilla a rezar a la Superiora Ludovica por la salvación de nuestro hijito".

"A fin de setiembre le dieron el alta y el nene se recuperó completamente, sin quedarle secuela alguna".

"Como Juan José había nacido el 21 de enero de 1985, hoy tiene diez meses de edad. Come bien, duerme bien, conoce perfectamente a las personas. A mí —refiere el papá— me sigue, me reconoce bien, se ríe como antes de enfermarse".

"Hoy venimos a dar gracias, por la curación de nuestro hijito, que lo atribuíamos a la querida Superiora Ludovica, pues

cuando comenzamos a pedirle con mucha fe y confianza, el nene fue mejorando hasta su curación, sin quedarle ninguna secuela, porque ella en vida sanó y cuidó a muchos enfermitos".

Otras personas cuentan favores similares por su intercesión y se animan a rogar a Dios por su intermedio, incluso fuera de nuestro país.

Las Hermanas Margarita, Angela y María Manuela, Hijas de la Misericordia del Hospital de Bukavu, en el Zaire (Africa) refieren con fecha 15 de febrero de 1986 el siguiente caso: "...con gozo puedo decirles que también nos acompaña desde el cielo la querida Superiora Ludovica, pues esto nos ha dado una prueba que les cuenta:

"Antes de Navidad encontramos a una mujer que había sido mordida por una serpiente. Hacía ya dos días y ya tenía el brazo muy inflamado y con fiebre. La llevamos al Hospital de Bukavu, pero no nos dieron esperanza, pues quienes la vieron afirmaron que era demasiado tarde. Pero Dios nos dio la gracia de mantenernos firmes en la certeza de qu para El no hay nada imposible. Por la intercesión de la Superiora Ludovica hemos pedido la gracia de la salud para nuestra pobre hermana en Cristo y después de algunos días tuvimos la gran alegría de verla completamente sana y llena de gratitud. ¡Gloria a Dios!".

Ya en vida de Sor Ludovica hay quien habla de su intervención milagrosa o extraordinaria.

Cuenta Sor María Lilia Tamborini:

"En otra ocasión, envenenamiento por el bacilo del botulismo, que se desarrolla en las latas de verduras o frutas no cerradas perfectamente. El Hospital de mamá Ludovica se transformó de pronto socorro. Se debía proceder con suma urgencia para evitar la muerte en el giro de pocas horas. Se trataba de un numeroso almuerzo de bodas, ordenado en un restaurante donde verdaderamente se comía muy bien. Encontrándose desprovistos de una clase de legumbres pedida para el menú, compraron algunas latas del mismo tipo, sin darse cuenta que

estaban averiadas por sólo un pequeño abultamiento en algunos puntos de las latas. Inmediatamente después de la ingestión fueron atacados de atrocísimos dolores abdominales, con una sintomatología que se complicaba cada vez más, agravando la condición de aquella pobre gente. Naturalmente acudieron de inmediato a nuestros dos hospitales, el Policlínico y el de Sor Ludovica".

"Se atribuyen a las plegarias de esta Superiora los resultados casi inmediatos de la diagnosis, el secuestro de toda la partida de conserva y el retorno de la salud a todos. Además, la inocencia de los dueños, cuyas hijas frecuentaban nuestro Colegio, que en vez de pagar indemnizaciones hubieran sido procesados y puestos presos, y suspendido su trabajo por no sé cuanto tiempo".

Nos refiere también Vicente Bianchi esta travesura con D. S. Corneli, terminada en tragedia y su feliz desenlace, atribuido a la mediación de Sor Ludovica: "Por el año 1933 ó 1934, después del almuerzo —como lo hacíamos diariamente con mi amigo Sergio Diómedes— nos dispusimos a jugar a la pelota. El juego se realizaba en un pequeño patio en forma de 'U' que daba a la salida de nuestras habitaciones".

"En la pared del fondo había colocado un brazo de luz que iluminaba el lugar y nosotros al mismo tiempo lo aprovechábamos para practicar el deporte en la noche. Nosotros mismos habíamos roto el artefacto de los pelotazos y para que proyectara luz había que colocar una escalera o subir al techo para acomodarlo".

"Una tarde a Sergio Diómedes se le ocurrió tratar de solucionar de inmediato el problema, contra mi opinión de que lo dejara para más tarde. En determinado momento aprovechó mi distracción y subió al techo tendiéndose en el mismo para acomodar la luz".

"Como él diría años más tarde, salvó dos veces la vida. La primera porque la descarga que recibió lo despidió del techo y

la segunda creo firmemente por obra de milagro. A mis gritos terribles acudieron empleados y con rapidez lo trasladamos a la sala de curaciones donde el practicante Lizarrague ya tenía cargada la jeringa con aceite alcanforado y cafeína —estimulantes de la época— y aplicó los primeros auxilios. La gravedad del caso (fractura de cráneo) hizo que al enfermo se lo derivara a una habitación para medicarlo con suero y medicamentos aconsejados. Nadie daba un céntimo por su vida y, por si fuera poco, a las treinta y seis horas el paciente se agravó".

"Llamados en consulta el cirujano Dr. García Díaz, el director, Dr. Oyuela, y el Dr. Giordano Cavazzutti, decidieron operarlo".

"Al comunicarle la decisión a Sor Ludovica, ésta se negó rotundamente a la intervención. De nada valieron los argumentos y consejos de los facultativos. La respuesta fue terminante: 'Si Diómedes tiene que morir, se morirá así. Yo me opongo terminantemente a la operación'. Los profesionales salvaron su responsabilidad, diciendo el Dr. Cavazzutti, vocero de los consultores: 'Si Vd. así lo decide, así se hará. En este momento Vd. tiene la maternidad del enfermo'.

"Ya a las cuarenta y ocho horas, Sergio Diómedes había salido del estado comatoso y recobraba el conocimiento, acentuándose su mejoría rápidamente. Cuando alguien le preguntaba a la Superiora Ludovica, ya fueran médicos u otras personas, el motivo que la había impulsado a semejante decisión, aplicaba su sabiduría interior: 'Dios me dijo que no era necesaria la operación'.

"¡Cuántas veces más había aplicado en tantas obras y hechos del Hospital esa sabiduría!".

Y añadimos esta otra anécdota, por más de simpática, contada por la propia madre y tía del niño Alberto Palacios: "Siendo el director del Hospital de Niños el Dr. Alejandro Oyuela, amigo de nuestra familia, frecuentábamos por problemas de salud el Hospital de Niños".

"Habiendo sido llamado por nuestra madre el Dr. A. Oyuela a prestar su atención médica a domicilio al niño Alberto Palacios (hijo y sobrino respectivamente de las que firman este testimonio), de casi cuatro años de edad, diagnostica peritonitis gangrenosa al último grado. Es trasladado al Hospital de Niños para una intervención quirúrgica de urgencia. Lo interviene el doctor Carlos Boffi, médico cirujano del Hospital. Cuando terminó la operación, salió del quirófano y nos dijo que solamente la Providencia lo salvaría. Estuvo toda la noche y toda la mañana siguiente delirando y con alucinaciones. Hablaba permanentemente".

"La Superiora Ludovica salía a realizar un trámite a la calle y pensó ir a visitar a este chiquito, porque tal vez no lo encontraría cuando regresara".

"Al entrar la Superiora Ludovica en la pieza donde estaba internado el niño, este le dijo: '¿vos sos la Hermanita que venís a salvarme?' Ella le respondió: 'sí'. En ese instante hizo salir de la habitación a los familiares, se quedó sola con el enfermito y a los diez minutos salió de la habitación dejando al niño tranquilo y dormido. Desde ese momento no tuvo ninguna complicación, se fue mejorando y fue dado de alta en su oportunidad. Hoy es padre de familia, con dos hijitos. Tiene cincuenta años de edad".

"Este hecho nos dejó impactados a todos los familiares presentes, no podíamos creerlo. Esto es obra de un milagro, dijimos entre nosotros". (12 de julio de 1985)".

Sin duda la Iglesia tardará en expedirse, pero para la gente que obtuvo su protección siempre habrá la fe en su intervención.

Si queremos, en serio, ver glorificada a Sor Ludovica, pidamos a Dios que siga manifestando Su poder y se produzcan los milagros comprobados que la Iglesia requiere para beatificar a los humanos.

Muchos juicios valorativos de la santidad de Sor Ludovica podíamos presentar de quienes la conocieron. Elijo estos dos.

Expresa el Dr. Carlos A. Bocalandro, como hemos dichos varias veces, ex-ministro de Salud Pública de la Prov. de Buenos Aires, que conoció muy bien y trató a Sor Ludovica: "Ya en sus últimos momentos de su vida pensé: 'a la Madre Ludovica hay que canonizarla. Su obrar fue sincero sin dobleces, como los apóstoles que siguien a Cristo sin intereses personales".

Y el Sr. Raúl Romero, ex-director general de administración de dicho Ministerio, que, como hemos referido también, trató en muchísimas oportunidades a Sor Ludovica: "No sé si la Iglesia podrá canonizarla, llevarla a los altares. No sé si podrá lograr la resurrección de un muerto o la salud de un deshauciado. Eso no lo sé, pero de lo que estoy seguro es que Sor Ludovica es una santa y, si no logra esos milagros prescriptos, en cambio pueden registrarse por millares otros tipos de milagros, sencillos, humildes, pero de gran valor; milagros de fe, de amor, de caridad".

"Esos milagros, Sor Ludovica los ha realizado diariamente desde ese Hospital de Niños, que constituyó el amor de su vida, y sólo por amor a Aquel que dijo: 'Dejad que los niños vengan a Mí, porque de ellos es el reino de los cielos...' ".

CAPITULO XVIII

EL HOMENAJE DE LA CIUDAD

Varios han sido los homenajes que la ciudad de La Plata ha rendido a Sor Ludovica, además de los hechos en vida, que ella rehuyó y pasó en silencio.

En 1945 recibió una medalla al "buen vecino", otorgada por el II Congreso de Instituciones de bien público, "destinada a honrar la memoria y tributar justiciero homenaje a todas aquellas personas que hayan acreditado su permanente vocación por el bien común, demostrando su espíritu amplio y generoso y dado ejemplo de su amor al prójimo".

El Rotary Club de La Plata, en 1956, en el mes de febrero le tributó un justo homenaje "como reconocimiento a su actuación benéfica y vocación de servicio a la comunidad".

Cuando la parcela de la Parroquia del Sagrado Corazón de City Bell pasó al Arzobispado y la propia Sor Ludovica le hizo entrega de la casa parroquial, el párroco, el santo sacerdote desaparecido ya, José Dardi, le escribe con fecha 12 de mayo de 1961, proponiéndole que sea ella la que fije la fecha para el acto de bendición que haría el Señor Arzobispo Antonio José Plaza. En otra del 15 de mayo le propone el mismo sacerdote hacer un solemne acto público para dejar patente el agradecimiento del Señor Arzobispo y él mismo. Según testimonio del Señor Arzobispo citado, ella no se avino a ello.

En la despedida de los restos de Sor Ludovica en el cementerio, el 26 de febrero de 1962, hablaron el director del Hospital, Dr. Carlos Boffi, el Dr. Santiago Gorostiague, del cuerpo médico del Hospital, y el Dr. Giordano Bruno Cavazzutti.

Se hallaban presentes la Madre Provincial de las Hijas de la Misericordia, Sor María Ernesta Trigatti, el Intendente Municipal interino Sr. Eugenio Logulo, representantes de los ministros de Gobierno, el Vicario General de la Arquidiócesis, el Canónigo Ernesto Segura, Padres Franciscanos y muchos sacerdotes y religiosas.

Entresacamos estas frases de los oradores. Del Dr. S. Gorostiague: "Ante el trance ya inevitable por gravitación de inexorables leyes, la dimensión del desgarramiento ya no se atenúa y una angustia incontenible nos invade defraudando la reflexión y la cordura que nuestra mente en vano reclama. Es que percibimos que todo lo que en vida nos brindara, como bien natural, inextinguible, hoy lo hemos perdido, y para siempre".

"Para muchos fue consejera excepcional por su experiencia en la vida, su inteligencia y su conocimiento de las virtudes y de los defectos humanos. Nadie salió defraudado cuando su causa era noble y los fines honestos".

"Pero por sobre todas estas cosas, fue buena, modesta, abnegada y comprensiva; fue una amiga incomparable. Entre tantas cosas bellas y ejemplares, ella ha sido el nexo afectivo que con lazos fraternales congrega a la gran familia que formamos en el hospital, que ha crecido al amparo de su exquisita y maternal personalidad, imprimiéndole su sello característico".

"Cuando reanudemos nuestra tarea en el hospital, su ausencia nos confirmará la realidad de su partida. Pero todos los ámbitos se poblarán con su recuerdo; evocaremos su figura baja, de andar suave y silencioso; su rostro sereno nimbado en blanco y negro; esbozará su melancolía sonriente al contemplarnos; advertiremos entonces que no ha partido; que el recuerdo de su alma generosa seguirá para siempre entre nosotros asegurando nuestra unión y asegurando nuestra armonía en la consecución de nuestro fin".

"Superiora, bajo el símbolo de su nombre seguiremos desarrollando nuestra acción en bien de sus queridos niños, amparados por su recuerdo y por su ejemplo".

Y del Dr. Boffi: "Ninguna frase... el dolor no tiene idioma, ni se expresa con palabras. Se siente en lo más profundo del corazón. Ante el luto del alma es el silencio la plegaria inmortal que alcanza el cielo...".

"Madre Ludovica, extraordinaria y maravillosa mujer, nos ha muerto. Tu obra toda, el Hospital de Niños, el Solario, la capilla de City Bell y el recuerdo permanente de tus hijos que aquí nos congregamos, cualquiera sea la jerarquía, será imperecedero".

Ahora sí, que Dios ha querido darnos la ocasión que no encontramos jamás, podremos honrarte como bien te lo has ganado".

"Ejemplo estupendo de modestia, de altruismo y de abnegación, fecunda y laboriosa vida de cincuenta y cinco años de administradora... de pie a las cinco y recostada para poder dormitar a las veinticuatro horas... así todos los días...".

"Hablando anoche con los monseñores Gil Rosas y Segura, viejos amigos del Hospital y por ende de la Superiora Ludovica y de nosotros, insinuaba la posibilidad de su beatificación...".

"El Hospital ha perdido a su madre espiritual".

"Nadie negará lo que esto constituye como dolor, no creo que pueda haberlo más hondo, ni más grande... Se asocia ella indefectiblemente con la otra madre, la que nos dio el ser, y hasta por razones de trabajo cotidiano, es la madre espiritual la que veíamos todos los días, lo que no siempre sucede con la propia madre".

"¡Qué ejemplo de amor, comprensión y tolerancia nos dio durante los muchos años que estuvimos a su lado...! ¡Qué hermosa lección humana y cristiana...! Aprendámosla también nosotros como la graban los niños y que no se borre jamás...".

"Sepamos perdonar, como ella perdonaba, sepamos ser buenos como ella era santa".

"Entreguemos un poco de bondad, ya que toda, como lo hizo ella, no lo conseguiremos".

"Así sólo se gana el cielo, y aquí la tierra, viviendo así, sintiendo así, sintiendo la humildad como fuera habitual en su con-

vivencia, tal vez podamos verla allá arriba cuando nos llegue la hora".

"¡Madre, Madre... Madre Ludovica! Los que hemos vivido tanto, sufrido tanto, pero, con la cobardía que vos jamás tuviste, nos ha ganado el tiempo, pero te juramos solemnemente que estarás siempre en nuestros corazones y Dios nos ayudará a pronunciar tu nombre en el postrer instante" .

El mismo día del fallecimiento de la Madre Ludovica, el Director del Hospital de Niños, Dr. Carlos Boffi, entre otras cosas dispuso gestionar la imposición del nombre de 'Sor Ludovica' al establecimiento, tal cual fue dispuesto por Decreto del Gobierno Provincial y que quedara en suspensión a pedido de la extinta.

Ese mismo año, el 1º de octubre, el propio director del Hospital dictó la siguiente disposición:

"Atento a que por Decreto Nº 18.675 de fecha 4 de setiembre de 1951 se impuso a este Hospital de Niños el nombre de Superiora Ludovica, lo que oportunamente no pudo efectivizarse en razón de que se opusiera a ello la exquisita bondad e infinita modestia de la beneficiaria y,

"Considerando que, como póstuma recordación debe mantenerse latente tan justiciero homenaje que perpetúe su memoria",

"El Director del Hospital de Niños 'Superiora Sor María Ludovica' dispone":

"Artículo 1º A partir de la fecha, en todo trámite, actuación, documentación, etc. que se efectúe y que tenga atingencia con este Hospital, como así también toda papelería impresa del mismo, deberá llevar como encabezamiento o membrete la denominación: "Hospital de Niños Superiora Sor María Ludovica".

"Artículo 2º Por la oficina de administración se harán confeccionar sellos con dicha denominación para estampar en la papelería en general que se tenga en uso o en existencia en el Hospital, hasta tanto se haga su reimpresión en forma indicada en el artículo 1º".

El Decreto 18.675 que en vida se quiso ejecutar reza así:

"Considerando que Sor María Ludovica cumple desde hace cuarenta y tres años una fecunda labor como Superiora y Administradora del Hospital de Niños de esa ciudad, lapso durante el cual ha alentado con la fuerza de su espíritu hondamente cristiano la función asistencial del establecimiento";

"Que desde el comienzo consagróse con verdadera devoción al cumplimiento de la elevada misión que se le confiara, dando muestras de un dinamismo, perseverancia y firmeza en su acción que cristalizó en obras de positivo valor";

"Que fueron frutos de sus desvelos y constante preocupación el Solarium de Punta Mogotes de Mar del Plata, el actual pabellón de cirugía, la capilla de City Bell y otras salas, obras estas que nos la presentan como la auténtica creadora de lo que en su mayor parte constituye hoy el Hospital de Niños";

"Que en el presente continúa desenvolviendo su sagrado apostolado en el que se transparentan la fe y la caridad como las virtudes esenciales de su vida";

"Que dotada de un corazón henchido del amor a Dios y a las almas, ha contribuido a mitigar el dolor de los que sufren reconfortándoles su espíritu con la bondad y dulzura de su palabra";

"Que siempre ha derramado los beneficios de la caridad con austeridad y sencillez, inspirándose en los principios del Evangelio que nos mandan el amor al prójimo y que constituyen la esencia de esta virtud cristiana".

"Que, si bien es cierto que las almas consagradas al Divino Maestro no aspiran a los bienes de este mundo, es propósito del Poder Ejecutivo tributar testimonio de reconocimiento en el orden espiritual y temporal, que la señalan como una vida ejemplar";

"Por todo ello, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, Decreta:

"Artículo 1º: Impónese el nombre de 'Superiora Sor María Ludovica' al Hospital de Niños de esta ciudad".

Artículo 2º: El Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social adoptará los medios correspondientes para el cumplimiento del presente Decreto".

"Comuníquese, dése al Registro y Boletín Oficial y archívese".

Otro homenaje se llevó a cabo en el cementerio local, a la entrada, el 23 de diciembre de 1967.

La Municipalidad de La Plata, por ordenanza 3524 que sancionó el Gobernador Francisco Imaz, concedió a perpetuidad en la entrada del cementrio un lote de 3x3x4 metros, para erigir un busto a Sor Ludovica.

El Señor Arzobispo Antonio José Plaza rezó ese día una Santa Misa en la Iglesia del cementerio, Santo Cristo. Luego hablaron nuevamente el Dr. Santiago Gorostigue y el Dr. Vicente Albano, a la sazón Director del Hospital.

Rescatamos estas frases del Dr. Albano: "Los que hemos vivido más de un cuarto de siglo, al lado de Sor María Ludovica, compartiendo el difícil quehacer hospitalario; los que hemos sido en infinitas circunstancias sorprendidos por la luz del alba, al lado de su titánica ayuda en nocturnas y angustiosas jornadas de lucha para evitar la tragedia de inocentes almas, sabemos perfectamente que nuestra homenajeada estaba dotada de excepcionales condiciones para la acción que efectuaba en amplio sentido humano y fe religiosa. Responsabilidad, organización, ayuda a sus semejantes y aspiraciones para un futuro mejor, fueron sus puntos de mira que todos le reconocíamos".

"Su preocupación por la niñez enferma le apasionaba con clarividencia. Su profunda acción desbordó los límites hospitalarios; se adentró en la comunidad con espíritu de solidaridad".

El recuerdo de Sor Ludovica y la admiración de la ciudad por ella no murieron nunca.

El 1º de octubre de 1969, al celebrar el Hospital de Niños su 75º aniversario, nuevamente, como no podía ser menos, se recordó también a Sor Ludovica.

Hubo una Misa en la capilla del Hospital que celebró Mons. Rafael Trotta y luego se formó una escolta de enfermeras alrededor de la estatua de Sor Ludovica que estaba cubierta de flores.

Ante varias autoridades ministeriales, de profesionales y religiosas, habló el presidente de la Asociación de profesionales del Hospital de Niños, Dr. Julio Poce, quien recordó a los pioneros que levantaron desde abajo el Hospital.

Luego agregó: "Un espíritu de esos quilates fue Sor María Ludovica, extraordinaria mujer que ingresó al hospital en 1908 y dedicó 52 años de su actividad en beneficio de esta casa, siendo admirable su labor en favor de los niños, si tenemos en cuenta los precarios elementos de que disponía. Alcanzó a lograr una cohesión espiritual a su alrededor, basada en la responsabilidad y el afecto, que han determinado que su espíritu de solidaridad y su vocación de servicio sigan tutelando el desarrollo del Hospital. Ello dio lugar a que su cumpleaños, que era una fiesta para todos, se convirtiera en el día del Hospital. Con ella cursó una etapa de trascendentes realizaciones". (El que nos ha leído desde el principio notará alguna falla en las fechas, pero respetamos sus palabras).

Con motivo del centenario de la ciudad de La Plata, en 1982, la Municipalidad determinó poner placas recordatorias en las casas donde habitaron cincuenta y dos de los ciudadanos ilustres.

En el Hospital de Niños se colocó una placa que dice:

"Aquí vivió
Sor María Ludovica
benemérita de la caridad".

En el corazón de muchos platenses y de otros que tuvieron oportunidad de conocer, tratar, o convivir con Sor Ludovica, conservan vivo su recuerdo, aún los mueve su ejemplo y no se ha eliminado su admiración y reconocimiento.

Resultó una verdadera afluencia de personas quienes se presentaron en 1985, ante una inquietud de las religiosas de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia para reunir testimonios de Sor Ludovica.

Varios de estos testimonios los hemos usado para apuntalar nuestros asertos y otras veces han hablado por sí mismos más elocuentemente.

Esta fue la apoteósis de la ciudad y de los ciudadanos de este mundo. A su muerte fue a recibir la corona de los justos por sus trabajos en la tierra. Sólo falta que Dios disponga su glorificación en los altares.

Como dice el Señor Arzobispo Antonio José Plaza: "Creo que, si Dios se digna glorificarla, será un verdadero ejemplo de piedad, modelo de caridad y una valiosísima intercesora en el cielo".

Roguemos, caro lector, por esta intención.

RETRATO DE SOR MARIA LUDOVICA

Como síntesis de todo lo expuesto en esta biografía y basándonos en los testimonios y juicios de los que la conocieron y trataron podemos describirla así:

Bajita, robusta, más bien gruesa. Cabeza esbelta, ojos vivaces. Hombros y brazos fuertes. Ancha espalda. De precaria salud. Rosario al costado izquierdo y gran cruz al pecho.

Inquieta, nerviosa, de andar rápido, aunque un poco defectuoso. Agil, pese a sus achaques y edad. Incansable, siempre activa. Decidida, nada perezosa al caminar, al levantarse, al atender a las personas. Ejecutiva, expedita, desembarazada en emprender cualquier labor. De asombrosa y luminosa vitalidad. Muy disciplinada en el cumplimiento de su deber. Tesonera y emprendedora. Ejemplo de voluntad de trabajo.

De trato agradable, amable, aunque un poco serio. Nunca de mal humor. Aunque en apariencia enojada, cuando retaba, lo hacía con verdadero dominio de sí y llena de amor. Cariñosa, bondadosa, toda afecto, pero a la vez exigente, inexorable a la hora del cuidado a los niños. En los retos, adusta, pero sumamente amable un instante después.

Aunque sin instrucción intelectual, con sabiduría natural y sentido común admirables, que la convertían en mujer, administradora, madre y consejera inteligentísima. Con gran capacidad de observación. Responsable hasta el heroísmo. Muy equilibrada, sencilla naturalmente. Productora de confianza. De mucha reserva y prudencia. Extraordinaria consejera espiritual.

Completamente servicial, muy humana. Pronta a atender las necesidades de los demás, sin discriminación de categorías. Gran amiga de amigos. Muy afectuosa.

Religiosa ejemplar, piadosísima. Alma de mucha oración y profunda vida interior. Humilde. Muy pobre en lo personal. Des-

prendida, sin nada propio, pródiga. Gran amor a Cristo Crucificado, al Sagrado Corazón de Jesús, al Santísimo, a Nuestra Señora de la Misericordia, a San José, a Santa María Rossello, su Madre Fundadora. Con gran celo por la Iglesia. Amable con los sacerdotes, seminaristas, religiosas. Heroica en sus personales sacrificios. De gran fortaleza en el dolor. Paciente sin queja ante la incomprensión y la calumnia.

Angel de caridad con todos los desposeídos, abandonados, necesitados. Madre de huérfanos. Centinela en guardia siempre. Vigía de noche para todo el que golpeaba el Hospital. Arquetipo de solidaridad. Siempre rodeada de niños, para quienes se desvivía y desvelaba. Llena de generosidad, de largo e inmenso bolsillo.

Toda una institución en la ciudad de La Plata. Querida, amada, respetada, admirada y hoy reverenciada como una santa, toda caridad.

O R A C I O N

Para obtener el reconocimiento de las virtudes heroicas de Sor Ludovica y pedir gracias por su intercesión

SEÑOR JESUS:

Tú llamaste a la Superiora María Ludovica, Hija de Nuestra Señora de la Misericordia, para servir a los pobres y a los más necesitados. La elegiste a una vida consagrada por entero a tu gloria y al servicio de sus semejantes, a una vida consagrada por entero a los niños, en los cuales te veía a Tí, Señor, que dijiste: "Lo que hiciereis por cualquiera de mis pequeños por mí lo hacéis".

"Tú le diste la fuerza para entregarse con alegría y sin descanso a sus hermanos enfermos".

"Tú la llamaste a ser madre cariñosa de muchas generaciones de niños; amiga y colaboradora de muchas generaciones de médicos; consejera y maestra en muchas generaciones de platenses; ejemplo de muchas generaciones de religiosas. Bienhechora de sacerdotes necesitados".

"Tú la hiciste una mujer piadosa que supo vivir fielmente tu Evangelio en el trabajo cotidiano y en el sacrificio de su obra humilde y silenciosa".

"Te pedimos, Señor, la alegría de ver brillar en el cielo de tus santos a Sor María Ludovica y que también nosotros seamos testimonio de tu luz".

Amén

"Te pedimos por su intercesión la gracia de

Con aprobación eclesiástica. Arzobispado de La Plata, 3 de mayo de 1985).

Este libro se terminó de imprimir en la segunda quincena del mes de agosto de 1986, en Editorial y Talleres Gráficos de la Universidad Católica de La Plata, calle 115 Nº 552, La Plata.

"VEN, NOS HAREMOS SANTAS"

(Santa María Josefa Rossello)

"Fundadora de la Congregación de las Hijas de Ntra. Sra. de la Misericordia"

NO HAY AMOR MAS GRANDE QUE:
DAR LA VIDA POR CRISTO EN CADA:

ENFERMO IGNORANTE
POBRE ALEJADO SOLITARIO
TRISTE
HUMILLADO ENCARCELADO
ABANDONADO
ANCIANO
NIÑO

Esto es hacer
Misericordia
con el corazón lleno de Dios,
y las manos en el TRABAJO